

COLECCION

DE

HISTORIADORES DE CHILE

Y DOCUMENTOS RELATIVOS

A LA

HISTORIA NACIONAL.

(TOMO VI.)

CRONICA DEL REINO DE CHILE, ESCRITA POR EL CAPITAN
DON PEDRO MARIÑO DE LOVERA.



SANTIAGO,

IMPRESA DEL FERROCARRIL, Calle de la Bandera, núm. 39.

= 1865 =

11. 822

PARTE 3.^a

DE LA REBELION JENERAL DE LOS INDIOS DE ARAUCO Y TUCAPEL.

CAPITULO XLI.

Del acuerdo que los estados de Arauco y Tucapel tuvieron confederándose contra los españoles, y elijiendo capitan jeneral.

No sé qué tienen los refranes antiguos que por mas que nos desdenamos de usar de ellos por tener poco follaje de retorica, y tratar las cosas con aquella llaneza de los siglos pasados, al fin cuando ménos pensamos nos traen las ocasiones a lances, en que conocemos ser ellos unas verdades mui macisas, y admirables sentencias tanto mas comprensivas, quanto mas suscintas; digo esto porque en la materia que comienzo a tratar en esta parte, no veo otra cosa desde el principio al cabo, sino el cumplimiento de los proverbios que dicen, que quien todo lo quiere todo lo pierde, y que la cobdicia rompe el saco, y que quien demasiadamente apura saca sangre: a los cuales añado otro, que aunque no es del número de los antiguos en las palabras eslo empero en la sentencia y estilo: esto es que el no contentarse el hombre con mediano bien le trae a términos en que se contentaria con mediano mal. Por cierto mui digna de lamentar es la insaciable sed que los hijos de los hombres tienen deste negro mas y mas sin limite, que no hai riqueza que los harte hasta que por mucho hurgar dan con todo al traste. No se yo que razon tenian para no quietarse sin buscar gollorias unos hombres que pocos años ántes estaban en sus tierras, no como duques ni condes, y se vian ahora jentes de tantas tierras, siendo obedecidos y venerados, como si cada uno de ellos fuera un monarca del universo. Harto era el callar los indios despues de tan irritados

con agravios, y aun robos, sin querer apurarlos mas con cargas y opresiones hasta hacerlos reventar, y dar al fin con todo en tierra: y no era ménos el verse ya los españoles libres de batallas, pues habian ya pasado tres años de tranquilidad, en que el reino todo estaba de paz sin jénero de inquietud, ni zozobra; sin quererse meter en nuevos ruidos, los que debieron tener por felicidad el verse fuera dellos con todo el regalo, y comodidad que pudieran desear en esta vida. En efecto el apetito del oro que habia sido el postillon en su viaje, estaba tan en su punto, que apenas habian comenzado a gozar la paz, cuando comenzaron a dar guerra a los indios, porque sacasen mucho oro con notabilísimo dispendio suyo, sin tener otro cuidado, sino daca daca como si se les debiera de derecho, y llegó a tanto la estorsion con que aflijian a los pobrecillos, que en solo las minas de la Concepcion echaron veinte mil indios: lo cual era lo mesmo que echarlos a todos, pues así como sacar veinte mil hombres de pelea, es necesario que haya mas de trescientas mil personas de donde entresacarlos, así el sacar veinte mil mineros es ocupar medio reino, pues los que restan son sus hijas y mujeres, que ni aun esas dejaban en la ocasion presente, ultra de que es inexcusable el remudarse por sus tandas, por ser el trabajo excesivo, y haber ellos de ir a sembrar lo que habian de comer so pena de morir de hambre, de suerte que acudiendo siempre veinte mil, venian a ser mas de cien mil al cabo del año que es lo mesmo que decir todo el reino; pues los demas que quedaban servian a los españoles de caballeros, pajes, y hortelanos, de beneficiar sus sementeras, y guardar sus ganados, si suyos pueden llamarse, que no sé con cuan justo título lo poseen.

Estas molestias y vejaciones, y otras semejantes juntas con las que se han arriba referido provocaron tanto a los indios, que ya no podian llevarlo; ni me parece hubiera yunque tan recio que con tales golpes no quebrara. Andaban los pobrecillos como atónitos en verse en tan poco tiempo hechos esclavos de señores, y admirados de sí mesmos en dejarse ir así, pudiendo poner remedio facilmente. No se juntaban vez en sus rincones, donde no se les fuese todo en tratar desta desventura. Uno decia: hermanos mios de donde nos ha venido tal infortunio? quien nos ha traído a nuestras tierras estos verdugos? estos lobos hambrientos? esta plaga tan inopinada? este yugo tan pesado? que les hemos merecido? o que les debemos para que se aposeñonen de nosotros, y de nuestros reinos? que provecho nos viene de su venida para no procurar su vuelta? si es porque nos han hecho cristianos, ya veis que las obras que ellos hacen no son conformes a lo que nos dicen. Por tanto, hermanos mios, ved lo que os parece conveniente que no es razon dejarnos echar barbuquejos como a béstias, pues no lo somos. Otro decia: por cierto hermanos yo estoi corrido y afrentado de ver que nos hayamos dejado engañar como niños, y captivar como cobardes, y sobre todo de que estos españoles deben de estar haciendo burla de nosotros viendo que les bailamos el

agua delante, como si nacieramos esclavos suyos teniendo nosotros fuerzas y bríos para muchos mas que ellos y otros tantos. No sé quién nos tapa la boca, y ata las manos, para dejarnos tratar como salvajes, o como jente que les sirve a mas no poder, como quiera que podamos mui bien por nosotros, y nuestra honra. Decia otro: mui ciegos debemos de estar pues no acabamos de conocer a estos hombres, que nos tienen sujetos y avasallados, de que al principio nos espantasen, no me espanto, de que nos, admirasen no me admiro de que nos rindiesen del todo, no me maravillo, porque entónces no era mucho que la voz del clarín, nos erizase los cabellos, siendo cosa que jamas habiamos oído; ni que el ruido de las escopetas nos aterrassen pareciéndonos que solo el tronido era el que nos mataba, pues no sabiamos hasta entónces el secreto; ni que los españoles puestos a caballo nos fuesen formidolosos, pues se nos figuraba que el hombre y el caballo eran de una pieza, y los teniamos por monstruos, y cosas del otro mundo. Mas agora que habemos entrado con ellos en tantos encuentros y guazavaras, y habemos conversado con ellos tres años, estando de paz; en los cuales habemos vivido, en sus casas, y dormido en sus retretes; y vemos que comen, duermen, y caen enfermos, y tienen las demas pasiones comunes a todo el jénero humano; y en efecto son hombres como nosotros y no dioses como ellos se representan; y vemos que el son de trompeta es aire, y el caballo es caballo, y el arcabuz es un instrumento, a que correspondemos con nuestros arcos y flechas. Y que ya que en esto nos hacen alguna ventaja se la hacemos nosotros mui incomparable en el excesivo número de jente, y en nuestras fuerzas y valentia; yo no sé por cierto que esperamos, ni en que estamos embelesados, dejándonos estar hechos unos tontos; qué tenemos? de qué nos espantamos? en qué lei vivimos? qué aguardamos hermanos míos para no redimir nuestras vejaciones? lata que es vergüenza y confusion del nombre Chilense no restaurar nuestra libertad y señorío: que es ignominia el dejarnos tratar al estricate: que es afrenta el no darnos a conocer a los extranjeros.

Estas y otras pláticas tenian entre sí cada dia de suerte que el año de mil y quinientos, y cincuenta y tres, habiendo ya corrido los tres de paz que en él se remataron, vino el negocio a términos en que los que entre ellos eran hombres de sangre en el ojo, como los Araucanos y Tucapelinos acordaron de volver por sí, procurando recuperar la libertad, con que habian nacido, y tenian heredado de sus progenitores. Y para salir con esto de todo punto dieron traza en que el alzamiento se hiciese fundadamente, tomando este negocio de veras, y no con solos ásaltos a hurtadillas, sino juntándose todos aquellos estados, para acabar con ello de una vez; y convocando jente de otras provincias comarcanas de las cuales concurren las mas principales cabezas, con poder de los que en ellas quedaban para hacer y deshacer segun les pareciese ser espediente a la universal libertad de sus personas. No podré referir aquí puntualmente el grueso número de señores que

se juntaron a esta consulta por no prolongar nuestra narracion. Solo digo que todos ellos entraron en acuerdo, usando primero de sus ceremonias y ritos que suelen ser comunes entre ellos; donde invocan el favor del demonio, y echan suertes sobre las elecciones y adivinanza de los sucesos. Como lo hacian los atenienses en las fiestas consuales hechas en honor de Conso dios de los consejos. Todo lo cual se suele hacer en medio de grandes banquetes, y embriaguez, que es el vicio, que mas predomina en todos los indios universalmente a la manera que lo hacian los griegos en las fiestas bacanales, llamadas orjía. En esta consulta determinaron que se señalasen doce electores; los cuales nombrasen segun su arbitrio al que habia de ser jeneral de todo el ejército con absoluto gobierno de todo el reino, y así lo pusieron luego en ejecución nombrando allí doce hombres, los mas prudentes y principales que se hallaron; los cuales se conformaron poniendo los ojos en el mas idóneo para tan preeminente oficio, por ser personas desinteresadas, y que no dejaban llevarse de pasiones y propios intereses, y respectos que suelen ser principios de grandes disensiones, viniendo al cabo a echar mano de alguno que lo destruya todo. En efecto estuvieron estos doce electores tan unánimes, que sin contradiccion alguna eligieron a un indio noble y rico llamado Caupolican de tantos bríos quanto parece significar aun la misma hinchazon del nombre, y de tanto valor, sagacidad y prudencia que mas parecía de senador romano que de bárbaro chilense. No quiero dejar de advertir al lector sobre este punto, que si acaso leyere la historia llamada *Araucana*, compuesta por el ilustrísimo poeta don Alonso de Ercilla vaya con tiento en el dar el lejítimo sentido a las palabras con que pondera el largo tiempo que este Caupolican tuvo en sus hombros un pesadísimo madero, arrojándole despues un grande trecho de sí como cosa en que consistia [sic] su eleccion por estar determinado que el que mas tiempo sustentase aquel madero, fuese electo; en lo cual me refiero a su historia avisando aquí al lector que entienda que este caballero habla como poeta con exajeracion hiperbólica, la cual es tan necesaria para hacer excelente su poesía, como lo es para mi historia el ser verdadera sin usar de las licencias que Horacio concede a los poetas. Pues no es ménos subido de quilates Virjilio, por haber dicho que Polifemo el de Sicilia tomó en la mano una gran viga, y se fué entrando por la mar, llevándola por báculo. I que cuando se movia el gigante Encélado sepultado en el monte Ethna movia a todo el monte, ni pondrá alguna tacha en Marcial por haber escrito que Milon Crotonita tenia tan fuertemente un mastil en la mano que ningunas fuerzas eran bastantes para sacársele de entre los dedos, y llevó a cuestas un toro grande un largo trecho, y le mató de una puñada: ni es ménos famoso Lucano por haber dicho que Mónico arrojaba en lugar de dardos los árboles, y peñascos en lugar de piedras: ni tampoco Juvenal es de ménos cuenta por haber escrito lo mesmo: ni finalmente Ovidio por no haber escrito casi otra cosa en sus metamórfosis sino fábulas, y así miéntras la exajeracion es mayor tanto mas se debe ala-

bar a don Alonso de Ercilla: poniendo empero resguardo a que entienda el lector que no por esto deja de ser verdad comunmente lo que escribe, pues una ficción no quita el crédito a la poesía. Y así verá el lector que en las mas concuerda con lo que aquí se escribe, que es lo que pasó en efecto de verdad. Digo pues que ni el indio tuvo tal madero tanto tiempo como allí se refiere, ni tampoco fué este el negocio en que consistia el ser electo por capitán jeneral porque no son los indios araucanos y tucapelinos tan faltos de entendimiento que viniesen a reducir todas las buenas partes necesarias para tal oficio a una sola y de tan menuda prueba como era el sustentar un árbol siendo cosa que podia caer en el indio mas incapaz de todas para tal cargo, y así se debe entender, que esta prueba se hizo no sola, ni como la única que calificaba al jeneral sino entre otras muchas, como correr, saltar, luchar, blandear una lanza, y otras para que se diese el cargo a aquel en quien mas partes concurriesen atendiendo en primer lugar a la sagacidad, y prudencia; y por ser Caupolican tan aventajado en todos los requisitos concernientes a tal oficio, fué nombrado y recibido por jeneral. Pues ya que no fué tal como Scinis, que doblegaba a los altísimos árboles juntando las puntas de arriba con las raíces, fué a lo ménos tan valeroso y esforzado como Smerdis hermano de Cambises, que encorbaba un arco, que ninguno podia doblegar. Y como Timoleon, capitán Corinto, que libró a los siracusanos, del poder de Dionisio cuya ciudad tenia tomada por fuerza, venciénzole en la batalla, y saliendo con otras no ménos insignes victorias.

CAPITULO XLII.

De algunos encuentros que hubo entre los indios y españoles, por donde fué descubierto el alzamiento de Arauco.

Estando el gobernador don Pedro de Valdivia en la ciudad de la Concepcion, sin imaginacion ni sospecha del alzamiento, envió al capitán Diego Maldonado con cinco soldados a la casa fuerte de Tucapel; los cuales caminaron sin jénero de recelo como por pasos seguros, segun lo habian sido hasta entónces; y ya que habian pasado por la casa fuerte de Arauco en prosecucion de su jornada estando una noche descuidados, salieron de traves algunos indios armados, y dando en ellos de improviso mataron cuatro ántes que pudiesen ponerse en defensa, ni aprovecharse de sus armas y caballos. Con todo eso el capitán Maldonado, con otro soldado de los cinco tuvo maña para subir a caballo, y escabullirse con su compañero, poniéndose en salvamento, ayudados de la lijereza de los caballos, a que los indios no pudieron dar alcance. Habiendo caminado a todo correr grande rato vinieron a llegar a la casa fuerte de Arauco, de la cual habian salido: y allí dieron nueva del mal suceso, así con palabras, como con las heridas que lo manifestaban. Llegó esta mala nueva a la casa fuerte de Puren donde estaban por caudillos Sancho de Coronas; el cual con gran diligencia procuró hace

eserutinio sobre el caso, descubriendo de raíz el motin que se tramaba. Para esto mandó que se trajesen allí ante él ocho caciques cuyos nombres eran Guaito, Pangué, Lincuo, Guaicha, Paineli, Renque, Llai-po, Toraquin, Millanque, a los cuales examinó con gran cuidado, dándoles un cruel tormento, que fué ponerlos sobre muchas brasas, tendidas por el suelo, amonestándoles primero que dijese verdad si querian escusar aquel dolor tan intenso. Pero son los indios de este reino tan hombres en sus cosas, que ni por esas ni por esotras quisieron declarar cosa delante de aquel caudillo. No fué menor el tormento que don Francisco Ponce de Leon dió a un indio de su repartimiento, que era de la provincia de Nivico, donde él a la sazón residia y fué que hizo derretir mucha manteca, y atando al indio de piés y manos, le mandó asperjar con un hisopo empapado en ella, cuyo ardor fué tan eficaz, que el desventurado indio murió en el tormento, sin haberle hombre sacado palabra de todo cuanto se le preguntaba. No sé qué me diga acerca destes hechos, pues otros de no mayor impiedad, tienen nombre de crueldades entre los antiguos, no siendo cristianos: como el de Quinto Mucio Sévola, que hizo quemar nueve senadores; y el de Tiberio tercero, que a un pescador que dió una mula, sin jénero de malicia, a otra persona que le maquinaba cierto enredo, hizo refregar el rostro con los mismos peces que sacaba. Con toda esta entereza de los indios, tuvo maña Valdivia para descubrir por el rostro el alzamiento, estando él en la ciudad de la Concepcion, con no poco regocijo de la grande riqueza de aquellas minas, que se acababan de descubrir. Mas como sea maña antigua de la fortuna no dar larga rienda al placer, sin acudir presto a echar en todo algun azar; con que se vuelva amarga la dulzura; dió al gobernador aqueste tártago, que no fué pequeño, el verlo que se tramaba al cabo de tantas guerras, y trabajos, cuando ya se comenzaba a gustar de los efectos dellos. Derramó esta triste nueva los solaces, de manera que el gobernador salió con solos quince hombres de a caballo, de los cuales fué uno don Pedro de Lovera, de cuyos papeles saqué esta historia; y no quiso Valdivia sacar mas jente, por dejar la ciudad con fuerza, y tambien por tener muchos soldados en las tres casas fuertes, y en la tierra de las minas, de los cuales se pensaba ayudar para la guerra.

Estando, pues, el gobernador cenando dos horas ántes de la noche para partirse llegó el comisario jeneral frai Martin de Robleda de la orden de San Francisco, que era recién llegado de España, y el primero que entró en este reino; al cual pidió Valdivia su bendicion despidiéndose de él no con poca ternura de los dos, y con esto se partió con propósito de ir a la casa fuerte de Arauco; aunque perdiendo el camino con la obscuridad de la noche, llegó al cuarto del alba a las minas; donde estaban cuarenta españoles de a caballo haciendo escolta al oro que se sacaba; por haber en aquel asiento mas de veinte mil indios. Mas como los españoles llegaron allí a ver al gobernador; y saber la causa de su venida y entendieron ser tan infelice, y peligrosa comenzaron a

temer viendo que se queria partir luego dejándolos allí entre tanta jente bárbara en tiempo de alzamiento, y así le hicieron instancia que se detuviese hasta edificar allí un fuerte donde se recojiesen los mineros y soldados en caso de necesidad. Condescendió Valdivia con ellos, quedándose allí por espacio de ocho dias; en los cuales se fabricó una fortaleza y en el ínterin ordenó quese diese mandato a los españoles que estaban en diversos puestos, para que acudiesen algunos allí a estarse en aquella fuerza, y otros a la casa fuerte de Tucapel; a donde pensaba partirse luego con su jente. Aquella mesma mañana en que llegó a las minas trajo el mayordomo del gobernador llamado Rodrigo Volante, una fuente de plata con seis libras de oro en polvo, y se la puso delante diciéndole que aquel oro habian sacado sus indios el dia ántes, y que cada dia le sacaban otro tanto; por otra parte, le trajeron una hermosa fuente llena de diversas conservas, mas él estaba tan amargo, que ni lo primero le alegró el corazon, ni lo segundo endulzó el gusto, ántes mirando el oro dijo: yo alabo aquel que tal cria, y con esto mandó quitarle de delante; pues era tiempo de tomar las armas, y no de cobdicia de riquezas, y de las conservas tomó una tajada de diacitron, el cual al parecer se le atravesó en la garganta, donde parecia tener un nudo que lo impedia. Habiendo estado aquí ocho dias salió con veinte españoles, de los que en las minas estaban, quedando los demas en la fuerza; y con estos fué caminando a Tucapel, en cuyo camino se le juntaba alguna jente hasta que se vió con sesenta españoles, contando entre ellos sus criados. Iban allí algunos caballeros, y muchos hijosdalgos, como eran el capitan Diego Oro; el capitan Francisco Gutierrez Altamirano; Pedro de Valdivia; Juan de Lomas; Antonio de Bobadilla; Juan de Villaruel, y otros valerosos soldados. Con estos llegó aquella noche a dormir a un lebo, y república que se dice Labalebo, de donde envió seis corredores con Antonio de Bobadilla su caballero, para que fuesen descubriendo el campo, mandándoles que volviesen allí aquella noche, mas como amaneciese, y no hubiesen acudido al real, tuvo mala sospecha de lo que podia ser, y echando como dicen, la sogá atras el caldero despachó otros seis con el capitan Diego Oro, pero ni los unos ni los otros volvieron. I fué el caso que los primeros seis corredores, y al mejor tiempo que iban su camino, sin hallar, casa que les estorbase se hallaron repentinamente cercados por todas partes de enemigos, sin poder volver atras, ni pasar adelante, y así fueron forzados a pelear, hasta que descansados y heridos, y muertos los caballos murieron todos sin escaparse alguno que volviese a dar la nueva; y como los otros seis no sabian el mal suceso dieron ellos en la misma fosa, de suerte que tampoco escapó hombre de ellos, habiendo peleado tan varonilmente, los unos y los otros que dejaron el campo sembrado de cuerpos muertos haciendo gran matanza en los enemigos como despues se supo afirmándolo los yanacunas, que llevaban en su servicio de los cuales escaparon algunos.

CAPITULO XLIII.

De la memorable batalla de Tucapel entre Caupolicán y Valdivia; donde murió él con todo su ejército, haciéndole traición el famosísimo indio Lautaro.

El paso mas lastimoso que me parece hai en este libro es este donde la historia agora llega: pues se escribe en este capítulo la desastrosa muerte de uno de los mas valerosos capitanes de nuestro siglo, y conquistador de todo Chile; cuyo suceso, hace se me caigan las manos de compasion en tal extremo, que estaba por no prolongar el capítulo mas que lo que el mismo título significa. Pero por ser cosa tan circunstanciada de muchos puntos tan notables como el principal de que se trata, no quiero perder punto de los que deben apuntarse siguiendo el hilo hasta dar en el extremo donde está añudado. Siendo, pues, tan demasiada la tardanza de los unos, y otros corredores, que corrió el sol en el interior un hemisferio entero y se asomaba ya por cima de los collados a vista del desventurado ejército, causó a Valdivia tantas nubes en el corazon quanto resplandor, y alegría a la mesma tierra en cuyas yerbas y plantas esparcía sus rayos abriéndose un dia mui fecundo. Entonces intentó Valdivia volverse a la casa fuerte de Arauco, sospechando el lazo que estaba tendido en el camino, como hombre experimentado en topar muchos lances y romper muchas lanzas. Mas como algunos de los suyos fuesen hombres de poca edad, recién venidos de Europa de no ménos fervorosa que noble sangre, deseaban ocasion en que estrellarse, para mostrar sus bríos y ganar fama; y así procuraron animar al gobernador, diciéndole: aquí estamos nosotros en servicio de vuestra señoría: y en particular el capitán Martín Gutierrez de Altamirano le habló algunas palabras para incitarle a pasar adelante, representándole entre otras razones el manifiesto riesgo de la jente que habia mandado le acudiese de la Imperial, que debia ya estar cerca, y daria de improviso en manos de los rebelados. No fué menester mas de media palabra para que Valdivia subiese luego en el caballo, como hombre que jamas habia mostrado rastro de pusilanimidad, ni queria hacer cosa que se le atribuyese a ella: y así les dijo brevemente: señores míos; la causa que me movia a intentar la vuelta hágoles saber, que no es cobardía ni temor, pues en mi vida me lo puso la demasiada fuerza de adversarios: pues como todos saben me suelo arrojar entre mui grandes huestes de ellos, sin que me impida su mucha fuerza, ni la poca jente de mi parte. Mas parecíame a mí agora, que el hacer alto en la casa de Arauco para convocar suficiente número de soldados, y ordenar el ejército segun la oportunidad lo pide, fuera cosa expediente, y acertada para dar mas al seguro sobre los indios, que ya no son los que solian: pues eran ántes conquistados y acometidos, y agora son rebelados y agresores. Mas, pues, vuestras mercedes son de otro parecer no hai para qué dilatarlo un punto: pues el llevarme a la guerra es encaminarme a mi centro: y ha dias que no peleo. Por tanto caminemos luego: que

aunque estoi viejo, soi Valdivia: y no dejo de ser Valdivia aunque soi viejo. Apenas hubieron caminado dos tiros de arcabuz cuando toparon a un indio yanacona mui despavorido y cansado, que les dió la triste nueva de la muerte de los corredores por haber él ido en su servicio; y juntamente un indio llamado Agustin de mucha razon, y experiencia que servia a Valdivia desde el Perú, y le amaba tiernamente se incó de rodillas delante de él pidiéndole con muchas lágrimas que retrocediese, porque los indios que le esperaban eran innumerables, y mui bien aderezados, y resueltos en morir o vencer, haciendo en ello lo último de potencia. Pero ningunas palabras pudieron ser tan eficaces, como aquellas que clavándole el corazon, le habian motejado de hombre poco determinado; por las cuales rompiera con todo el mundo ántes que volver el pié atras un solo instante.

A poco trecho que hubieron caminado se hallaron en un sitio lleno de arboleda por ámbas bandas del camino, y no ménos de indios belicosos, emboscados en ella; aunque es difícil determinar si las matas cubrian a los indios; o los indios a las mismas matas: ni tampoco es mas fácil de resolver cual de los dos números llegó a ser mas copioso el de las matas, o el de las matanzas. Pero por mas jente que via el gobernador no interrumpió su viaje, como quien no hacia caso de ellos; los cuales con no menor astucia se fueron retirando y cebando a los españoles hasta llegar al sitio donde estaba todo el ejército con disposicion como de jente que habia trazado sus cosas mui despacio. Eran los indios que se hallaron juntos aquel dia poco ménos que aquellos que llevó Vectiges rei de los godos, cuando fué a dar batalla a los romanos: pues (segun Volaterrano) eran doscientos mil los que llevaba: y los de Caupolican pasaban de ciento y cincuenta mil, que aunque no eran godos eran valerosos araucanos.

Estando los dos ejércitos frente a frente a pique de arremeter de ámbas partes se apeó el gobernador, postrándose en tierra en voz alta con hartas lágrimas profesando y haciendo protestacion de nuestra santa fé católica, y suplicando a nuestro señor le perdonase sus pecados y favoreciese en aquel encuentro interponiendo a su gloriosa madre, y diciendo otras palabras con mucha devocion, y ternura, como lo hizo el rei Josafá, cuando vinieron contra él los moavitas y amonitas con opulentos escuadrones, que segun dice el texto sagrado convirtió todo su corazon a Dios, diciendo: si vinieren sobre nosotros todos los males el cuchillo del juicio, la pestilencia, y hambre estaremos firmes en el acatamiento del Señor, invocando sin cesar su santo nombre, y acojiéndonos a él en nuestras tribulaciones. Hecho esto ordenó que saliesen veinte de a caballo a un escuadron donde estaban veinte mil indios que salia a mil indios por un español; estos tenian gran suma de piquería por entre la cual rompien los de a caballo saliendo de la otra parte del escuadron, y revolviendo luego sobre el mismo sin que dejasen de quedar algunos tendidos en estos encuentros. Y era cosa de ver que aun no habia bien caido el hombre en el suelo cuando ya estaba sobre él gran multitud

de indios que acudian a porfia a ver quien podia cortarle la cabeza. Al mismo tenor tornó Valdivia a enviar otros veinte hombres por el otro lado; a los cuales sucedió lo mismo que a los primeros que mataban, y morian ganando los indios siempre tierra. Viendo el gobernador el pleito mal parado procuró animar al resto de su jente entrándose con ella entre las grandes huestes, donde por gran espacio de tiempo anduvo la refriega sangrienta sin cesar de morir jente de ámbas partes. Pero como la fuerza del sol iba creciendo, y refrescándose los enemigos, quiero decir entrando siempre jente de fresco, comenzaron a desmayar los pocos españoles que quedaban, de suerte que ya la victoria casi estaba por de los indios. Entónces el gobernador se hizo afuera con los españoles, y en dos palabras les dijo razones de mucha substancia esforzándolos con tanto valor y demostracion de ánimo y esperanza, que los nuestros sacaron mas socorro, y fresco de sus mismos ánimos, que los indios de la jente que para ello tenían diputada. Y así acudiendo con nuevo impetu se estrellaron tanto en los indios que les hicieron perder todo el sitio de la batalla sin quedar en él hombre de su bando fuera de los muertos a quienes iban derribando los españoles. —

A este tiempo se envistió un espíritu, no sé como le llame; pero no se puede dejar de presumir haber sido extraordinariamente pernicioso, pues ha sido total causa de que en mas de cuarenta años continuos nunca haya faltado guerra dentro de Chile: cosa que dudo haber sucedido en el mundo; pues dentro de un mismo reino, y en unos mismos sitios conservarse tanto tiempo, y con tal teson la guerra, que un punto no haya de quietud (excepto un año poco mas en que allanó la tierra don Garcia de Mendoza) cosa es cierto que dudo estar escrita, en historia alguna antigua ni moderna. Digo, pues, que se revistió este espíritu en un indio llamado Lautaro, que era caballero de Valdivia, y actualmente le tenia los caballos que remudaba: este ha sido la total destruccion de Chile: este la causa de tantas mortandades, que deben de pasar de dos millones: este la ocasion de que se hallan perdido tantas almas, así de los indios que eran ya cristianos y murieron como bárbaros, como de los que van naciendo, y se quedan en su infidelidad sin recibir el santo bautismo: este el que viendo el suceso de la batalla en tal punto se pasó a la banda de los indios sus coterraneos, i dando una voz, les dijo desta manera. ¿Qué cobardía es esta valerosos araucanos? ¿qué infamia de nuestra tierra? que oprobio de nuestra nacion? qué dirán los que supieren que de cuatro hombres medios muertos vais huyendo ciento i cincuenta mil esforadísimos soldados? Ya veis que hasta ahora he estado de parte de los españoles, i no pensaba mudar propósito, si viera que iban vencidos, aunque muriera yo entre ellos, o ya que vencieran fuera a otros tantos como ellos, o poco mas o a lo ménos no tantos como vosotros: pero que una infinidad de araucanos se rindan a unos hombres tan desmayados, y pocos en número; esta es como una afrenta, y aun mas que ignominia del nombre araucano, y que redunde en mi, que soi uno de los des-

te apellido: por lo cual, si vosotros quereis admitir mi consejo, yo os lo daré presto en las manos; y si nó, aqui están las mias, que bastan para quien ya no puede tenerse en pié: y si Caupolican no quisiere resolver con el ánimo, que la mesma cosa nos está poniendo, aquí está Lautaro.

Y con estas razones diciendo, y haciendo hechó mano de una lanza de treinta palmos, y como un leon desatado se vino para los españoles, trayendo por secuaces las gruesas catervas que habian retrocedido; lo cual puso en el corazon de Valdivia, el concepto que enjendró en el de David el ver que Achitofel se habia pasado a la parte de Absalon que fué la cosa que le dió mas pena. Pero como ya estaba echada la capa al toro, era el postrero remedio humano, el pelear como lo hicieron de ámbas partes trabándose por largo rato nueva refriega hasta que viendo Valdivia que no quedaban mas que cinco o seis de los suyos volvió las espaldas escabuyéndose lo cual pudo hacer por la polvareda que se habia levantando; y llegando a un lugar cosa de un tiro de arcabuz de donde habia partido se halló con el padre Pozo que era su capellan y con él, y Agustín el indio intérprete comenzó a huir; aunque luego fué alcanzado de los enemigos; los cuales mataron al sacerdote y cojieron a manos a Valdivia, y al intérprete en las cuales fueron los dos en volandillas, llevados delante de Caupolican y Lautaro.

Lo que hicieron del gobernador, i el jénero de muerte que le dieron no se ha sabido con certidumbre hasta hoi: porque fué tan desastrado el suceso que ninguno de los sesenta y tres españoles que entraron en la batalla salió con vida del sitio de ella: a la manera que le aconteció al opulento ejército de Siro rei de los persas que entrando en batalla con los Scitas no quedó un solo hombre de su parte que pudiese llevar la infelice nueva con haber metido doscientos mil hombres en campo. Pues ya que no fueron tantos los que acá murieron, con todo eso valian por muchos escuadrones, como se habia vista hasta entonces, i la pérdida fué la mayor que pudo tener aquel reino. Y aunque el dia era propio de historiador, y mas lleno de coronista que de guerra por ser el propio del glorioso evangelista San Juan a los veinte i siete de diciembre de 1553: con todo eso no hubo uno que pudiese dar razon del fin último desta desventura ni aun la hubiera dado don Pedro de Lovera de quien saqué lo que escribo si no se hubiera quedado, en el asiento de las minas el dia ántes entre los demas que allí dejó Valdivia; donde por dichos de los indios yanaconas que iban saliendo de la refriega, y huian despavoridos iban sabiendo por momentos el estado destes infortunios, así allí como en los demas lugares del reino.

Con todo eso se vino a saber con el tiempo todo casi lo que allí pasó sin quedar cosa, parte por la mesma falta de los españoles que no volvieron hasta hoi; parte por el sitio de la batalla que se halló tan lleno de cuerpos muertos que estaban unos sobre otros; y no ménos por haberse pasado Lautaro al otro bando; al cual vian cada dia los españoles; pues era el que sustentaba la guerra contra ellos. Tambien se sabe que llevaron los indios muchos despojos así de las joyas y armas de los nuestros co-

mo del bagaje y vajilla del gobernador y los demas caballeros dejada aparte la pérdida de los caballos, que valian mas de doscientos mil ducados: y tambien es cierto que murieron famosos capitanes araucanos que se conocieron muertos en el campo, como Triponcio, Gameande, Alcanabal, Manguié, Curilen, Layan, Ayanquete, y otros de mucha fama. Y aun lo que toca al modo de la muerte de Valdivia ya que no se sabe puntualmente a lo ménos, tiénese por cierto, fué uno de los dos que diré; en los cuales han convenido todos los indios que se hallaron a su muerte, que aunque a la sazón eran enemigos, han venido en el discurso del tiempo gran parte dellos a manos de los españoles unos reducidos, y otros cautivos, y todos ellos sin discrepar alguno han concordado que el linaje de muerte que le dieron fué uno destos dos, de donde parece que se infiere haber sido cierto el segundo, por ser tal que demas de ser mui conforme a la pasión de los indios, y original ocasion de la guerra no era cosa que los indios podian hallar tan a la mano, para inventarla sino la hubieran visto. Y el haber tantos que conviniesen en el otro que diré primero, debió de ser porque buscaban trasa con que la culpa cargase sobre uno solo, y ese algo escusable. Esto fué que estando Valdivia en presencia del jeneral Caupolican, pidiéndole la vida con promesas de que se iria del reino con todos los españoles, apoyando esto el indio Agustin con darles a entender que desta matanza no medrarian otra cosa, mas de la venganza de los españoles que irritados con la muerte de su cabeza vendrian a dar en las suyas, vino a titubear el jeneral, y poner el negocio en consulta, y aun a estar inclinado a otorgar la vida al gobernador. Y viendo esto un cacique llamado Pilmaiquen; a quien él habia hecho vasallo de una criada suya que era Juan a Jimenez, y tenia pasión con su encomendero, y aun contra quien le habia hecho súbdito suyo, sin aguardar mas embites leyó una gran porra que tenia en las manos, y la descargó con gran furia sobre el infelice Valdivia, haciéndole pedazos la cabeza; a cuya imitacion el indio Lautaro atravesó la lanza por el cuerpo de Agustin el intérprete con quien andaba a malas, como persona que vivia con él dentro de una casa segun es costumbre entre jente de servicio.

Esta manera de matanza refiere don Pedro de Lovera, y va con esta lectura sin hacer mencion de otra alguna; pero por ser la segunda tan verosimil y tan digna de saber, y proporcionada a las trazas del cielo la escrebiré aquí aunque no tengo autor cierto dello, mas de que se dice comunmente. Y es que estando los indios con extraordinario regocijo viendo en sus manos al gran capitan de los españoles, hicieron con él muchas fiestas por burla y escarnio, y por remate trajeron una olla de oro ardiendo, y se la presentaron diciéndole: pues tan amigo eres de oro hártate agora dél, y para que lo tengas mas guardado abre la boca y bebe aqueste que viene fundido, y diciendo esto lo hicieron como lo dijeron, dándoselo a beber por fuerza teniendo por fin de su muerte lo que tuvo por fin de su entrada en Chile. Y no es cosa esta que se deba tener por increíble; pues demas de las circunstancias que

la verifican; no es la primera vez que se ha hecho en el mundo cosa semejante, segun leemos en las historias donde se refiere que habiendo el rei Ciro muerto en batalla a un hijo de la reina de los escitas llamado Thomyris con todo su ejército y jente de la ciudad, procuró ella en lugar de lágrimas derramar la sangre de su enemigo, poniendo algunos escuadrones sacados de otras ciudades de su reino en una emboscada en el territorio Masagetico, cuyo suceso fué, quedar todos los persas muertos sin escapar hombre, y el rei Ciro entre ellos; cuya cabeza tomó la reina Thomyris y la echó en una odre llena de sangre diciendo: hártate de sangre humana, pues has sido toda tu vida tan sediento della. Desta manera acabó en manos de aquellos a quienes tantas veces habia subyectado el valeroso Valdivia: y desta tambien acabaron los Césares; Márco-Antonios; Pompeyos; Atilios; y otros famosísimos capitanes, que habiendo salido con insignes victorias, vinieron finalmente a morir vencidos.

CAPITULO XLIV.

De la prosapia, y discurso de la vida de don Pedro de Valdivia.

El gobernador don Pedro de Valdivia fué hijo lejítimo de Pedro Oncas de Melo portugues mui hijodalgo y de Isabel Gutierrez de Valdivia natural de la villa del Campanario en Extremadura de mui noble linaje; fué casado con una señora llamada doña Marina Ortiz de Gaete en Salamanca. Despues pasó a Italia dejando a su mujer y tuvo conducta de capitan con mucho nombre. De allí volvió a España: donde con el rumor que andaba del descubrimiento del Perú, y su gran riqueza se determinó a pasar a él, y sirvió a su majestad en la conquista de los Charcas, donde fué maestro de campo del marques don Francisco Pizarro, el cual le dió una encomienda de indios que le rentaba muchos dineros. Pero como tenia tan altos pensamientos, y vió que don Diego de Almagro habia desamparado el reino de Chile, tomó él esta empresa haciendo de nuevo su conquista como está dicho. En esta obra salió con las hazañas, y padeció los trabajos referidos en esta historia por espacio de trece años, que fueron corriendo desde el de 1540 en el mes de octubre, que se comenzó la conquista hasta veinte i siete de diciembre de 53 en que murió. Tambien se ha dicho como volvió al reino del Perú, y se halló en la famosa batalla donde el cruel tirano Carbajal fué preso por industria suya; pues era tanto su valor que el mesmo dia que llegó le entregó el presidente Gasca el campo del Rei, al cual dispuso de manera que el mesmo Carbajal, por ser hombre extraordinariamente industrioso, reconoció que no era posible ser traza de otro sino de Valdivia; con saber que estaba en Chile; y así dijo en viendo la disposicion del ejército o en este campo anda Valdivia, o el demonio; tanta era su prudencia, industria y sagacidad. Su estatura era mediana; el cuerpo membrudo, y fornido: el rostro alegre, y grave; tenia un señorío en su persona y trato, que parecia de linaje de príncipes. Juntaba con gran prudencia la

afabilidad con la gravedad, y el brio con la reportacion; no era nada vengativo en cosas que tocasen a su persona, mayormente con quien se le rendia; y mucho ménos cobdicioso, ni sabia guardar el dinero por ser naturalmente amigo de dar: y aunque jugaba mui largo no se reservaba cosa para sí, gustando mas de darlo de barato, aun lo que ganó al capitan Machicao, que fué tanto que en sola una mano fueron catorce mil pesos de oro al juego de la dobladilla. Lo cual quiero que no se haga difícil de creer a los que en Europa lo leyeren, pues han sucedido muchas veces en las Indias, como se vió de seis años a esta parte en la villa de Potosí: donde jugando dos hombres ricos paró el uno dellos veinte i cinco mil pesos a una mano, y el otro envidó un ingenio suyo donde se beneficiaban los metales, que valia mas de cuarenta mil: aunque estando ya para descubrir las cartas se las quitó de la mano el correjidor que estaba presente el cual era don Pedro Zores de Ulloa, que aunque es harto magnánimo y maniroto, no quiso pasar con este lance pareciéndole que lo seria mal contado haberse ejecutado en su presencia. I por no acabar en cosas de juego la vida de un hombre tan sustancial y valeroso le doi remate con decir que toda ella es juego por mas estimada que haya sido; por mas cosas heróicas en que se haya empleado, por mas estátuas que deje levantadas en su renombre: si no se emplea toda en el servicio del señor universal del mundo, y en las batallas de los enemigos invisibles del linaje humano: y en las victorias que se premian con la corona de eterna gloria: la cual sea nuestro señor servido de dar por los méritos de su hijo Jesucristo: y a nosotros gracia para conseguirla por los mismos.

CAPITULO XLV.

De la memorable batalla entre los catorce de la fama y los indios araucanos, y de la pérdida del fuerte de Tucapel.

En este capítulo me siento por casi necesitado a prevenir al lector con persuacion a la credulidad por ser las cosas, que en él se refieren tan grandiosas que podrian tener sonsonete de las que se cuentan en los libros de caballerías, sino sanjásemos bien este punto en un argumento manifiesto, y es que al tiempo que estoi escribiendo estos renglones están muchas personas a la mira que se hallaron a la sazón en los Estados de Arauco; las cuales son fidedignas y concordés en las cosas que en los papeles de don Pedro de Loyera haya escritas de los cuales saco yo las que aquí refiero. Estando pues el jeneral Caupolican con su ejército puesto al paso por donde habian de ir concurriendo los españoles de diversas parte a formar el suyo, y teniendo aviso que venia por el mesmo el gobernador, acordó de enviar jente que se aposeñase de la fortaleza de Tucapel, que era la mas cercana; para que los españoles no hallasen refugio en que acogerse. Y así el dia ántes de entrar en la batalla con Valdivia, que fué el de San Estevan, escogió algunos indios de muchas fuerzas, y les dió todas las dagas que halló entre los

indios para que las metiesen en algunos haces de yerba, y cargados con ella se entrasen en la fortaleza entre los demas indios de servicio, pareciéndoles que no se repararia en ello, por no estar hasta entónces declarado del todo el alzamiento. Estaba a la sazón por capitán de la fortaleza Martín de Ariza con doce soldados mui bien apercibidos, y no mui seguros por lo que habia sucedido en la matanza de los cuatro españoles, que habian los indios cojido descuidados cuando mataron a Diego Maldonado; con todo eso tuvieron oportunidad de entrar los araucanos disimulados con un capitán mui animoso, llamado Chinchepillán y yéndose derechos a la caballeriza con la yerba en lugar de dársela a los caballos comenzaron a darles la muerte. Estaba entónces un soldado puesto de centinela el cual viendo entrar tanto número de indios, y no de los que salian que eran siempre muchachones, tuvo mala sospecha y acudiendo a la caballeriza echó mano a su espada y comenzó a pelear con los indios dando voces; a las cuales despertaron los soldados que estaban durmiendo la siesta, y acudieron con tanta presteza, que hallaron al centinela en la refriega hecho una centella, y dando todos en los indios mataron muchos dellos, echando a los demas fuera de la fortaleza, en cuyo seguimiento fueron peleando algun trecho. Era tan prevenido el jeneral Caupolicán que apénas habia despachado a los indios con el capitán dicho, cuando envió tras ellos otros dos mil, para que les acudiesen al tiempo de la necesidad; y así lo hicieron en este lance que viendo a los españoles desencastillados acudieron de tropel a dar en ellos. Pero fué tanto el esfuerzo de los nuestros que sin jénero de sobresalto pelearon como si fueran muchos mas; y viendo que iban siempre entrando enemigos de refresco se fueron retirando con mucha reportacion, sin dejar de pelear un solo punto, hasta entrarse en el fuerte y muchos indios con ellos a continuar la pelea dentro de la fortaleza. Pero alzando los españoles la puente levadiza dieron en los contrarios que estaban encerrados sin dejar hombre a vida; y para destruir o ahuyentar los que estaban fuera jugaron la artillería; y usaron de las escopetas con grave estrago de los indios; los cuales así por esto como porque cerraba la noche se retiraron, alojándose en lugar de donde pudiesen acudir a la madrugada.

Viendo el capitán Martín de Ariza el manifiesto riesgo que allí corria así por la gran fuerza de enemigos como por el mucho temor, de los suyos, que flaqueaban mucho y le insistian a que huyese, tanto que temió le habrian de matar si no lo hacia, se resolvió en desamparar la fortaleza; y así lo hizo dejando toda la artillería bastimentos y alhajas sin sacar cosa mas que los caballos en que iban, ni aun indios que los guiase. Desta manera partieron cerca de media noche con harto temor invocando el auxilio de Dios N. S. y su Santísima Madre con cuyo favor llegaron al amanecer a la ciudad de los Infantes que era la mas cercana de aquel puerto. A la mesma hora acudieron los indios al fuerte con muchos tablones y machinas para escalarlo, y con propósito de cegar el foso para entrar mas a su salvo: mas como llegasen con sus acostumbrados alaridos,

y no hallasen resistencia, ántes la puente tendida y la puerta abierta temieron mucho mas sospechando, que habia algun extraordinario ardid, y lazo armado para cojerlos. Mas por no mostrar cobardía se determinaron algunos de los mas esforzados, a entrar de tropel, como lo hicieron hasta los últimos ricones de la casa con tanto regocijo por haber hallado mucho en que hacer presa quanto digusto en habérseles ido los españoles, en los cuales pensaban esconder los hierros de sus lanzas, y descubrir las fuerzas de sus brazos. Mas no poco contentos con los despojos se fueron a donde estaba su jeneral con todo el ejército dando mil saltos por el camino, y llegando a él se solemnizó la fiesta de la muerte de los españoles con su gobernador Valdivia, y la huida y preceas que tomaron de estos doce.

Estando pues celebrando estas victorias con grandes banquetes y borracheras llegó un mensajero a dar aviso, de que por el valle de Licura iban entrando algunos españoles: cuya nueva puso en alboroto a todos los que estaban muy metidos en su fiesta y.... Mas el jeneral Caupolicán como hombre valeroso y reportado, dijo en voz alta que se estuviesen todos quietos, y pasase adelante el regocijo: y con mucha serenidad habló aparte a algunos capitanes señalándoles cuatro mil hombres para que fuesen en sus compañías marchando hasta encontrarse con la jente española en sitio donde pudiesen pelear cómodamente. Llegando, pues, a las riberas de la laguna de Licura, divisaron a los españoles que venian hácia ellos que eran catorce hombres los cuales salian de la fortaleza de Puren convocados de don Pedro de Valdivia, de cuyo desastrado suceso estaban ignorantes. Estos catorce hombres luego que vieron la multitud de indios tan adunados, y que por otra parte no habian topado indio en todo el camino como solian, luego tuvieron mala espina imaginando lo que podia ser poco mas o ménos. Y comenzando a apercibirse para la pelea vieron salir un indio del escuadrón contrario llamado Punpun: el cual se fué para ellos, y les dió un pliego de cartas, las cuales entendieron ser del gobernador, y abriéndolas a gran priesa hallaron ser sus mismas firmas, y que era el pliego que ellos habian despachado al mismo Valdivia, el cual no llegó a sus manos por haber venido a la de los indios, y en particular a las de este Punpun que lo cojió disimuladamente, por ser cosa en que ellos no reparaban. Juntamente con esto les dió el indio la infelice nueva de los desastrados sucesos, que no poco los entristeció: pero el ver la muerte a los ojos les hizo tratar de lo que tenian ante ellos entrando en consulta con los suyos el caudillo que era Juan Gomez de Almagro con la brevedad que la ocasion presente requeria. —

Y aunque les era fácil volver las espaldas, y entrarse en su fortaleza sin ser alcanzados por ir ellos a caballo, y los enemigos a pié; con todo eso se determinaron de acometer abalanzándose al primer escuadrón de indios, y atropellándolos sin cesar de pelear y pasar adelante dando de una en otra escuadra, de suerte que pelearon los catorce como si fueron catorce mil dejando muchos indios muertos saliendo todos ellos

con vida aunque algunos con heridas peligrosas. Fué tan extraordinario su valor que los indios se conocieron por vencidos, y como tales despacharon a gran priesa mensajeros a su jeneral para que enviase jente de socorro: el cual mandó luego salir al capitán Lautaro con treinta mil hombres bien pertrechados de armas defensivas y ofensivas, así de las que ellos usan como de las que habían despojado a los españoles: y marchando a toda priesa, aunque con puntual orden en su ejército, alcanzaron a los españoles en la tierra de Tomé. Cuando los españoles vieron tal espectáculo, quién dirá que no se espantaron, i perdieron el ánimo? mas en efecto, de las palabras que dijeron, se podrá coleccionar lo que en tal trance pasó por sus corazones: porque diciendo uno de ellos (1) o si fuéramos cien hombres,—qué matáramos de jente—respondió otro mas valiente: no te turbes ni te asombres con los que tienes de frente;—igual fuera ser dos ménos—quedando en una docena,—que así fuéramos mas buenos;—aunque desta jente ajena—fueran los campos mas llenos,—este fuera menor daño,—ántes ventura mui rara,—porqué el mundo nos llamara—los bravos doce del paño,—y así en mas nos estimara. Y diciendo y haciendo partió a todo correr hácia los indios, y los demas españoles en su seguimiento: y dieron principio a la batalla tres horas ántes de la noche sin interrumpirla en todo el tiempo que les duró el día, hallándose al fin dél todos los españoles vivos, y no pocos indios muertos; pero como la multitud de los enemigos fuese tan excesiva, que los tenían cercados por todas partes, no poseían los nuestros mas tierra que la que ocupaban con sus caballos. I como viesan que la noche les desayudaba, y los indios se iban cerrando para cojerlos a manos, acometieron de cuando en cuando rompiendo por entre los indios, y tornándose a recoger con el mejor orden que podian. En estos encuentros mataron a Pedro Niño, a don Leonardo Manrique, y a Pedro de Neira, y los demas que vian su perdición acordaron de huir cada uno por su parte arrojándose a un rio, que allí estaba; muriendo en el camino en manos de los enemigos un valeroso soldado, que se llamaba Diego Garcia; i otro llamado Gabriel Maldonado; y finalmente Sancho de Escalona.

Pasaron los demas el rio, como mejor pudieron, hallándose juntos cinco hombres de la otra banda; los cuales se fueron a la laguna de Licura por donde habían entrado: y en el camino hallaron a su capitán Juan Gomez de Almagro; y al capitán Gregorio de Castañeda, que estaban a pié: y todos siete comenzaron a proseguir su viaje sin cesar de encontrar enemigos con quien peleaban; por lo cual se hubieron de quedar en el camino los dos de a pié, el uno por no poder tener con los demas, y el otro, que era Andrés Hernandez de Córdoba por haber rodado con su caballo por una ladera abajo donde quedaba mui

(1) La exclamacion del uno y la respuesta del otro están en verso, como podrá notarse fácilmente, aunque en el manuscrito se hallan escritas como si estuvieran en prosa.

lastimado. Los otros cinco que restaban, llegaron con harto trabajo a la fortaleza de Puren que estaba dos leguas del sitio de la batalla: y hallaron al capitán don Pedro de Avendaño, que había llegado con treinta españoles, pensando ser vivo don Pedro de Valdivia, a quien iba a dar socorro para la guerra. Sabida por todos los de la fortaleza la desastrosa nueva, y perdición de la tierra acordaron de salirse del fuerte, y acogerse a la ciudad Imperial, que estaba doce leguas de allí, y así lo hicieron partiéndose luego que salió el sol a punto que llegaba otro soldado de los catorce que no habían podido llegar allí hasta entonces. En este ínterin venía caminando por otra parte el capitán Juan Gomez de Almagro a pié y solo, habiéndose escapado de los enemigos en un bosque donde estuvo escondido toda la noche. I quiso su ventura que a cabo de rato topó a un indio yanacona que estaba escondido con el mismo temor que él. Y lo envió a la fortaleza de Puren a dar aviso de como quedaba a pié, y mui fatigado para que fuesen a socorrerle. Llegó este indio al fuerte a tiempo que ya se habían ido los españoles, y no había en él mas que un cacique llamado Alemanque con algunos indios; el cual mandó al yanacona que fuese luego tras los españoles con el aviso que llevaba; y por otra parte despachó a un hermano suyo en busca del capitán Almagro para que procurase ponerle en salvo. Apenas habían partido estos dos indios, cuando llegaron algunos escuadrones de enemigos, y pusieron fuego a la fortaleza, estando ellos mas encendidos en él por no hallar en ella a los cristianos. Cuando los españoles oyeron la embajada del indio yanacona se determinaron en que algunos dellos se volviesen al fuerte, a socorrer al capitán Almagro. Pero como hallaron tantas huestes de enemigos que estaban poniendo el incendio fueron forzados a emplearse en otro asunto, que fué el trabar batalla con ellos sustentándolos por gran rato hasta que de mui cansados hubieron de dar la vuelta en prosecucion de su viaje. Dentro de poco tiempo alcanzaron a los demas españoles que lo estaban esperando, y con ellos el capitán Almagro, que ya había llegado a donde ellos estaban con la buena industria del indio que los guiaba: y todos juntos se fueron a la ciudad Imperial a dar las nuevas de los desastrosos sucesos de aquellos tres dias. Murieron en esta batalla siete españoles; que fueron don Leonardo Manrique, Juan Cortes, Escalona, Pedro Niño, Andres Hernades de Córdoba, Diego García, y Andres de Neira, quedando vivos otros siete que fueron el capitán Juan Gomez de Almagro, el capitán Gregorio Castañeda, el capitán Juan Moran que salió con un ojo, Martín de Peñalosa, Gonzalo Hernandez, Sebastian Martinez de Vergara y el capitán Maldonado.

CAPITULO XLVI.

De la destruccion de algunas ciudades de Chile, y eleccion de Francisco de Villagran por gobernador.

La grande novedad del estado de las cosas de Chile dió mucho que

pensar así a los indios como a los españoles sobre el entablar cada bando sus negocios segun los sucesos iban enseñando, y hablando primero de los indios, es cierto que casi todos ellos se determinaron en no hacer alto sino seguir con sus ejércitos hasta las ciudades que estaban fuera de Arauco sin alzar mano de la guerra en tanto que quedase en el reino un solo español. Pero algunos indios prudentes y experimentados como Peteguelen, Colocolo, Villarapue, y Labapié fueron de parecer de que no saliese hombre de Arauco y Tucapel; porque la insigne victoria con que en tres dias habian muerto al gobernador, y su ejército, y destruido dos fortalezas sin dejar español en sus provincias, aunque por una parte convidaba a proseguir la guerra a fuego y sangre; por otra daba que temer, pues éra cierto que los españoles habian de echar el resto procurando vengarse con todo su caudal y fuerzas. Cuadró este parecer a todos los demas indios: y así de comun acuerdo se estuvieron quedos y a la mira hasta ver el rumbo que tomaban los españoles. Habia en este tiempo grandes sementeras de trigo en los Estados de Arauco que pasaban de cien mil hanegas sembradas por los españoles: y como los indios no sabian el modo en que se suele usar del trigo no hacian mas que cocerlo, y así lo comian hartándose luego de agua: lo cual fué causa de gran mortandad en todo Arauco: pero ellos por disimular su barbaridad, y por no dar ánimo a los españoles con su nenoscabo lo tuvieron tan oculto que no se supo en los demas lugares del reino hasta haber pasado muchos meses.

La perplejidad de todos los españoles de Chile en esta coyuntura, fué la que se podrá pensar en un negocio que les puso en tanto aprieto. I el primero que comenzó a tratar del remedio fué el mariscal Villagran que a la sazón, andaba visitando los términos de Valdivia, el cual acudió luego a la ciudad, y trató con los rejimientos de ella de que se eligiese cabeza para todo el reino miéntras su majestad o el virrei del Perú proveian de gobernador: y que él seria el primero que obedeciese a cualquiera que fuese el electo para tal oficio: y sobre esto hizo un largo razonamiento a toda la jente principal con palabras de tanta ponderacion y sentimiento quanto el caso y tiempo lo requeria. Juntáronse a esto los rejidores, tomando pareceres de los hombres mas substanciales del lugar, y todos unánimes nombraron al mesmo mariscal Francisco de Villagran; el cual habiendo dado el mejor orden que pudo en las cosas, se partió a la ciudad Imperial, y de allí a la Concepcion siendo en todas partes recibido sin contradiccion alguna por otra parte enviaron a llamar los de las ciudades primeras del reino al jeneral Francisco de Aguirre que estaba en el reino de Tucuman en pretension del gobierno de aquella provincia, el cual acudió luego a la ciudad de Coquimbo donde tenia su casa: y comenzó a tratar de que se le encargase el gobierno de Chile por estar nombrado para ello en un testamento cerrado que se halló de don Pedro de Valdivia. Sobre lo cual duraron por algun tiempo algunas disensiones en el reino. Miéntras se puso esto en ejecucion en las ciudades que habemos dicho estaban en

grande affixion los de la Villarica por ser la jente poca y estar mui cerca de los enemigos. Y así se resolvieron en desamparar la villa, como lo hicieron acojiéndose a la ciudad Imperial donde estaba Pedro de Villagran por correjidor y teniente jeneral. Tambien los del asiento de las minas viéndose en el mesmo peligro dejaron su poblacion desierta y se fueron a la ciudad de la Concepcion, que tambien estaba en no pequeño conflicto. Y finalmente los moradores de la ciudad de los Confines que era recién fundada en el Lebo de Angol despoblaron su ciudad, y se fueron a la de la Concepcion con el temor que tenian a los enemigos de suerte que pudo tanto la rebelion de los indios, que al primer lance se despobló medio Chile: cosa que hasta hoy no se ha acabado de restaurar.

CAPITULO XLVII.

De algunos desasosiegos que hubo entre los españoles, sobre el gobierno; y una batalla que apercibieron contra ellos los indios araucanos.

Luego que se supo la muerte de Valdivia en Santiago, trataron sin dilacion los rejidores; y otras cabezas de la ciudad, de enviar socorro a la Concepcion teniendo por cierto, que los enemigos habian de dar en ella de recudida por ser la ciudad mas expuesta a sus tiros que a la sazón habia en Chile. Para esto enviaron con gran brevedad al capitán Francisco de Riveros con alguna jente de socorro el cual cuando llegó a la ciudad halló en ella al mariscal Villagran recibido por gobernador, como las demas ciudades de arriba. Y aunque el capitán Riveros llevaba poderes del cabildo, y justicia mayor de Santiago, como de la cabeza del reino para que recibiesen a Rodrigo de Quiroga por gobernador nombrado por tal en el mesmo cabildo con harta repugnancia suya; con todo eso no quiso este capitán exhibir los poderes ni tratar de ellos por evitar las disensiones que podrian resultar dividiéndose la jente en bandos contrarios unos por Villagran y otros por Quiroga.

En este tiempo llegó a Chile el jeneral Francisco de Aguirre dejando el gobierno de las provincias en que actualmente estaba de los Diaguitas y Juries, por haber sido llamado de algunos amigos suyos para que entrase en el gobierno de este reino, en cuyo oficio le dejó nombrado Valdivia en un testamento cerrado que se halló suyo. Llegado Aguirre a la ciudad de la Serena donde tenia su casa, y habia siempre sido cabeza del pueblo comenzó a juntar alguna jente, que se le llegaba, intitulándose gobernador, y dejándose llamar señoría, por ser título consiguiente a tal oficio de manera que en las tres primeras ciudades de Chile, que eran entre sí inmediatas habia tres gobernadores como quiera que no hubiese alguno de derecho. Y pretendiendo Villagran allanar este barranco envió a la ciudad de Santiago cuatro personas principales con el capitán Maldonado, para que tratasen de este negocio dando traza en que le recibiesen, como en las demas

ciudades lo habian hecho. Mas como en esta ciudad habian nombrado por gobernador a Rodrigo de Quiroga, con quien estaban contentos no quisieron innovar cosa acerca de esto dando por respuesta a los embajadores, que no era razon deponer tan presto a Rodrigo de Quiroga sin demérito suyo habiendo sido lejítimamente nombrado en el oficio, por ser las personas que le nombraron, a las que derechamente incumbia hacer esto: por ser las del rejimiento y poder de la ciudad, que es cabeza de todo el reino. Oyó Villagran esta respuesta con igualdad de ánimo, y sin mudar semblante: por ser hombre de mucha prudencia, y sufrimiento; y tenia por mejor disimular todo lo posible en razon de no causar mas inquietud que la que el reino se tenia de suyo. Y con grande discrecion, y miramiento acordó acudir a los negocios del gobierno como quien tenia cargo dellos, haciendo lo que convenia sin ponerse a deslindar, ni sacar en limpio la resolucion del caso que se trataba. Y así apercibió su jente para ir en busca de los enemigos sacando ciento sesenta y dos hombres de a caballo mui bien aderezados y bastecidos de lo necesario dejando en la ciudad noventa hombres que la defendiesen. Y así mismo llevó por delante ocho tiros de bronce con la municion necesaria para ellos, y todos los demas pertrechos, instrumentos y vituallas, que podian ser de momento en la jornada. Y para proceder en todo con mas órden, nombró por maestre de campo al capitán Alonso de Reinoso; hombre anciano versado en cosas de guerra: y por alferes jeneral al capitán Juan de Alvarado, haciendo así mismo eleccion de otros capitanes y oficiales de guerra con los cuales partió de la Concepcion en fin del mes de febrero de 1554.

En este ínterin estaban los enemigos durmiendo: pues tenian por cosa cierta que los españoles habian de volver por sí, y vengar la muerte de su cabeza: y en particular un cacique llamado Peteguelen y otro cuyo nombre era Colocolo, que tuvieron noticia de nuestro ejército, procuraron estar con recato, apercibiéndose para su defensa, y convocando toda la jente que pudieron de las provincias comareanas. Y aunque los hombres de pelea que tenian en su tierra estos dos caciques, pasaban de doscientos mil; con todo eso acudió jente de todo el reino aun del archipiélago de Chiloé que es lo último descubierto. Y habiéndose concertado todos estos indios, se distribuyeron por sus escuadrones bien formados y opulentos situándose en la entrada de Arauco, junto al rio de Laraquete aposeñándose con tiempo en el sitio mas cómodo que habia para su intento. Pero todo esto no fué parte para que Villagran se detuviese en la ciudad, que está siete leguas del sitio, que ocupaban los indios: ántes sabiendo que le esperaban salió con mayor presteza dejando por su lugar teniente a Gabriel de Villagran, habiendo despachado a Gaspar Orense natural de Burgos con papeles de importancia para verse con su majestad y darle cuenta de la muerte de Valdivia y del estado de las cosas de Chile.

CAPITULO XLVIII.

De la batalla de Arauco entre el mariscal Villagran y los dos capitanes índicos Peteguelen y Colocolo.

En este tiempo acertó a llegar a la ciudad de Valdivia, el capitán Francisco de Ulloa, con los navíos y jente que habia llevado al descubrimiento del Estrecho sin haber hallado otra cosa, que trabajos i calamidades innumerables de hambre, sed y tormentas, y aun enemigos bárbaros en cuyas manos dió, viniendo desbaratado a tomar refresco en sus pueblos, que están en la mesma costa de Chile aunque muchas leguas mas arriba. Y si no fuera por la diligencia que tuvo en recoger su jente a gran prisa embarcándose con ella ántes que se juntara mas fuerza de indios, quedara sin duda preso en sus manos: porque apénas habian entrado en los bateles, cuando ya estaban en la playa innumerables bárbaros, puestos a punto de pelea. Y como supo Ulloa la muerte de Valdivia, y sucesion de Villagran en su oficio acudió luego a donde él estaba, a verse con él, y ayudarle en lo que se ofreciese. Alegróse mucho el gobernador con la llegada de Ulloa, y los navíos para aprovecharse de ellos en tal ocasion que era mui urgente. Y así despachó luego a Gabriel de Villagran a la ciudad de Valdivia para que cargase un navío de aquellos de todos los mantenimientos que pudiese recoger, y los pusiese en el puerto de la Concepcion para el sustento de la jente que andaba en la guerra. Efectuó esto Gabriel de Villagran mui cumplidamente basteciendo al campo del rei de las vituallas, municion y jente, que pudo recoger para su socorro; poniéndole el gobernador por capitán y justicia mayor de la Concepcion se partió con su ejército en busca de los enemigos. Fué el ejército marchando con mucho orden caminando una legua cada dia, hasta el séptimo en que hicieron alto, no para descansar de las obras de trabajo, sino para poner las manos en la labor acometiendo a los enemigos. Llámase el lugar donde paró el ejército, el valle de Chivilingo: donde siendo informado el mariscal del sitio, donde los indios estaban, salió en busca de ellos por la cuesta de Aveman, que es algo montuosa; aunque no de suerte que impida el paso a los caballos. A este punto fueron los enemigos ocupando el camino, por donde acababan de pasar los nuestros: los cuales como le hallasen cerrado al tiempo de dar la vuelta, procuraron de echar por la vereda ménos embarazada; recojiéndose al mesmo valle de Chivilingo, para dar principio a la batalla. I llevando la vanguardia el maestre de campo comenzó el ejército a subir con mucho orden por una loma, de donde se hacian señores de los enemigos, que estaban ordenados en la llanada del valle. Habiendo llegado a lo alto de la loma, se plantó la artillería en ella, estando en guarda suya veinte soldados de a pié con espadas, y rodelas y algunos con montantes, para que estuviese mas segura. I como los nuestros diesen ojeada al contorno para divisar por qué parte venian los indios a dar batalla, no pudieron discernirlo, por ser tantos, que a donde

quiera que volvian los ojos, no veian pedazo de tierra que no estuviese cubierta dellos, en todos los cerros y collados, y el gran valle que tenia de largo mas de dos leguas. Todos estos fueron llegando poco a poco hácia la loma: y algunos escuadrones comenzaron a subir por ella, con grandes alaridos y fieros blandiendo las lanzas y tirando saetas; ultra de otras muchas especies de armass que meneaban; las cuales eran nuevamente inventadas, sin haberse jamas visto en Chile ántes desta coyuntura. Fué el espectáculo mas pavoroso y horrendo que se vió jamas en Chile, este de que tratamos: así por ser el número de los indios mayor que jamas lo habia sido ántes, ni despues acá se ha visto, como por los furibundos brios y bravatas; con que se contoneaban tanto, que muchos de ellos desafiaban a los españoles llamándoles por sus nombres para que saliesen uno a uno, al modo que lo hacia Goliath restando a los israelistas, para que saliese con él la persona mas esforzada. Comenzóse la batalla a fuego y a sangre andando por buen rato trabada la refriega con extraordinario mormollo, y voceria: y aunque al principio hubo escaramuza por un rato mas, viendo Caupolican que perdian mucho los suyos en este jénero de pelea, mandó que ninguno saliese de los escuadrones, ni se menease del puesto a que estaba diputado. Viendo esto los de nuestro bando jugaron la artillería con grandísimo daño de los contrarios; aunque no se podia discernir por entónces por la innumerable multitud en que cualquiera mella era casi imperceptible: y por la sagacidad de los indios, que en llevando alguna bala diez o doce, o mas hombres de un escuadron los echaban luego por entre los piés cerrando la escuadra con tal presteza que no se divisaba el menoscabo, y aunque era mui notable, se notaba.

Con todo eso sentia mucho Caupolican el grave detrimento, y destruccion de su jente, que para él era manifiesto, y pareciéndole que convenia guiar el negocio por otro rumbo envió gran suma de indios, que impidiesen el camino cortando muchos árboles con que cegar las veredas, de suerte que cuando los españoles fuesen a pasar, no tuviesen por donde, y quedasen en manos de sus adversarios. De mas de lo cual les mandó hacer con gran presteza un fuerte en medio del camino en lo mas alto de la cuesta de Areman para oponerse a los nuestros mas a su seguro. Y por estar cierto de que allí tenia mas segura la victoria, mandó que los escuadrones se retirasen dando lado a la batalla. Pero viendo que los españoles tomaban deste motivo para engreirse y dar tras ellos, revolvió otra vez con mas cólera ordenando a los suyos que se acercasen a nuestros reales, no parando hasta lo alto de la loma. Y por la cuesta que bajaba al camino real envió dos escuadras, que ganasen la artillería miéntras los demas se entretenian en la refriega. Grande fué la aflixion de Villagran en este trance: mas como era tan brioso y esforzado procuró animar a toda su jente y en particular a los que estaban con la artillería. Y viendo venir hácia ella un capitán bárbaro, llamado Millaren, con grande orgullo, y denuedo adelantándose como vencedor y triunfante, dijo Villa-

gran a un soldado de grande ánimo y conocido por tal: Ah Diego Cano! por amor de mí que abajeis los brios a aquel capitanejo, que viene mui arrogante. Apénas lo hubo dicho, cuando el soldado arremetió al indio, y le atravesó con la lanza de parte a parte ántes que acertase a revolverse. A esto acudieron todos los enemigos, y se trabó la batalla cuya furia sentian la tierra y los vientos, señalándose dos españoles mas de lo que acertare a escribir en esta historia: y tanto como los que se leen en cualesquiera otras por memorables que sean, mayormente por haber durado gran parte del dia hasta que ya los caballos no podian rodearse encalmados del calor del sol, y molidos del cansancio de correr a todas partes, sin serles alivio el pisar siempre en blando, esto es en los cuerpos muertos que no dejaban tierra descubierta. Y como toda la ánsia de Caupolican era ganar las piezas, que hacian piezas a los suyos mandó una vez que acometiesen innumerables indios todos a una a la jente, que estaba en su guarda, aunque muriesen muchos dellos a truco de matar aquellos pocos. Y por ser este señor tan obedecido acudieron todos puntualmente a su mandado, y se abalanzaron a los nuestros con tanto ímpetu que con solos los cuerpos sin usar de armas bastaron a ahogarlos. Y matando once del primer encuentro pusieron en huida a los otros nueve, quedando señores de los tiros, que fué el mayor tiro que pudieron hacer a los españoles en castigo de su tirania; que por tal tenian el haberse aposesionado de sus tierras. Fué gradísimo el regocijo de los bárbaros en ver la artillería ganada con tal arte; y alzaron un alarido que parecía undirse los cerros, y valles del contorno, y caerse un pedazo del cielo abajo. Y teniendo el negocio por concluso, comenzaron a pelear sin órden, y concierto desbaratando los escuadrones y no dando oidos a la direccion de los capitanes. En este trance desmayaron los españoles: aunque procuraron recuperar la artillería perdida acometiendo a ella sin sacar otra cosa que heridas y muerte, viendo Villagran el juego perdido mandó a su jente que se bajase a la marina, para probar la mano a ver si les iba mejor que en el lugar alto; lo cual pudieron hacer algunos quedando los demas sin fuerzas para romper por entre tantas escuadras. Acudieron entónces los indios a cerrar con los nuestros; y llevándolos de vencida los hicieron subir hasta el remate de la loma, arrinconándoles en un despeñadero que cae sobre el mar de mas de dos mil estados en alto, de suerte que fueron forzados a hacer rostro o precipitarse. Ya que Villagran reconoció la victoria de parte de los enemigos, mandó a los suyos, que se retirasen en órden: mas aunque el retirarse fué puesto en ejecucion no lo fué en guardar órden: ántes cada uno huia por el lugar que hallaba mas desembarazado, sin mirar donde iba a parar, ni si iba solo o acompañado. Con esta infelicidad volvieron los nuestros las espaldas muriendo muchos en el encuentro de los indios que hallaban por delante. Y los que llegaban al camino pensando ser mejor librados, hallaron la cuesta de Aveman cuajada de enemigos, y cerrado el camino con la multitud de matas, que los mataban, y troncos de árboles que les troncaban las piernas

a los caballos. Demas de lo cual estaba ya la fortaleza armada en medio del camino de mui fuertes estacas, fajina, i otras muchas albarrañas, en que iban tropesando los caballos. Y como faltaba ya la fuerza a los españoles, no pudiendo atropellar tantos estorbos dieron guiñadas muchos dellos, desechando el camino, entendiendo que suele ser la mejor traza para acertar en lances perdidos el ir el hombre perdido y descaminado. Todos estos fueron seguidos y acosados de los indios hasta dar en la altura de un precipicio donde por ir tan ciegos de temor, i furia de los caballos se despeñaron todos sin quedar hombre encontrándose en el aire unos con otros con no poca envidia de los indios que la tenian al aire el cual bebian por ver muertos a sus manos, los que vian morir en las plumas del viento. Por otra parte iba Villagran con solos treinta hombres que seguian el camino real seguidos de todo el ejército de los contrarios, que muchas veces iban a las colas de los caballos hiriéndolos a gran priesa. Y ultra desto llevaban unos lazos armados en las puntas de las lanzas, los cuales echaban a los españoles para sacarles de las sillas tomando los nuestros por remedio el travesar las astas por las celadas para impedir la entrada de los lazos. Ya iban los cristianos tan de caida, que estaban a pié algunos dellos perdidos y desarmados; entre los cuales hubo hombre tan sagaz, y animoso, que sacó a otro de la silla subiéndose él en ella con presteza para valerse mejor con la lijereza de su caballo. Desta manera fueron peleando cinco leguas, hasta Andalicaú, que es lugar mui llano, y raso; en el cual descansaron los pocos que salieron vivos habiéndolos dejado los indios por cobdicia de los despojos que volvieron a buscar al sitio de la batalla. Y en efecto hallaron muchos de grande precio, como plata labrada, joyas de oro, vestidos ricos tejos de oro, espadas lanzas y arcabuces, ultra de las ocho tiros que fué la mayor pérdida de todos. Murieron este dia en la batalla y alcance noventa y seis españoles cosa nunca vista en Chile entre los cuales fué un sacerdote llamado Pedro de Vades; y el capitan Juan de Zamano; el capitan Diego Maldonado; el alcaide Alvaro de Zamora; Alonso de Almaras; Alvaro Nuñez; Hernando de Alvarado y otros caballeros de mucha estima. Y de parte de los indios murieron pasado de cien mil y entre ellos los famosos capitanes, Raiveno; Quilan; Millanque; Aliavaro; Ayete; Unpillan; Talcapillilbo; Aillupan; y Quinchau, ultra de los heridos, que fueron en mayor número.

CAPITULO XLIX.

De como se despobló la ciudad de la Concepcion.

Pocas veces sucede contentarse la fortuna con dar un trabajo solo al hombre a quien ha tomado de propósito por toreros de sus lances. Habíanse escapado algunos destes pobres soldados, que eran sesenta y seis de las manos de los enemigos con pérdida de su sangre y armas: y quando llegaron a refrijerarse al rio de Biobio, el refrijerio fué no hallar en que pasarlo por estar la barca rota, siendo tan necesaria la pasada, que

el quedarse allí no era otra cosa que entregarse a sus contrarios, los cuales sin duda alguna habian de sobrevenir dentro de pocas horas, habiendo recojido los despojos. Por otra parte, habia gran necesidad de curarse todos de sus heridas y alojarse en lugares abrigados, por ser grande el peligro que corrían en aquel campo. No tuvo Villagran otro remedio sino enviar algun soldado a la ciudad por jente de socorro, que acudiese con algunos indios yanaconas a dar traza en hacer algunas balsas para pasar el rio. Mas como todos los soldados estaban tan heridos y destrozados, no hubo hombre que se atreviese a pasar el rio, ni el jeneral quiso hacer a nadie fuerza para ello, viendo la razon que tenían y que no era mas en su mano. Finalmente el capitán don Pedro de Lovera se ofreció a este peligro, cuya oferta no queria Villagran admitir por estar tan mal herido, que corria manifesto riesgo de la vida; mas viendo que no habia otro remedio hubo de condescender con él, el cual salió a media hora de la noche, y cuando se halló de la otra banda era cerca del alba, habiendo tardado ocho horas en pasarlo; y sin dilacion fué a la ciudad que está a dos leguas del reino, y juntando con gran brevedad sesenta indios yanaconas y treinta hombres de a caballo, los llevó a la orilla donde hicieron balsas de carrizo en que pasó todo el ejército. Aun no habian llegado a esotra banda cuando ya asomaban los indios de guerra, pero como estaba agua en medio quedaron refriados, y así se volvieron a celebrar despacio la victoria.

Cuando los españoles se vieron de esotra parte del rio comenzaron a llorar la pérdida de su jente y hacienda y de todo el reino, y a sentir las heridas que habian recibido porque hasta entónces en nada de eso habian reparado, solamente en poner sus personas en lugar seguro. Pues es cosa ordinaria en los que se ven en algun trance donde predomina alguna pasion con grande exceso, como de cólera o temor no atender a otra cosa sino al objeto que está delante de los ojos hasta verse libres del tal aprieto. Pero todo este dolor y agonía se dobló al tiempo que estos soldados iban entrando por la ciudad, y salian por las calles las mujeres preguntando a voces por sus maridos, hermanos, hijos y padres, y se les daba tan infelice respuesta de sus desastradas muertes. Donde fué espectáculo tan doloroso el de aquel dia, que no hai pluma bastante a escribir cosa que le parezca, porque ninguna otra se oía con los oídos ni via con los ojos, sino eran voces endechas, lágrimas y mesarse los cabellos, sin cesar los alaridos en todo el dia ni la noche. Y fué tanto el pavor que se apoderó de todos los corazones de las mujeres, y aun de muchos hombres y casi todos, que trataron luego con grande ahinco de salirse de la ciudad, dejándola desamparada, entendiéndolo que no podrian resistir a tan gran pujanza y fuerza de enemigos. Procuró mucho Villagran atajar esto a los principios, haciendo todo cuanto pudo por sosegar la jente. Para lo cual mandó a su teniente que pusiese todo su conato en la guarda de la ciudad, ayudándose de las personas que estuviesen para tomar armas, y juntamente puso atalayas por todos aquellos cerros que hai entre la ciudad y el rio, sin descuidarse

en todas las prevenciones y resguardos convenientes para defenderse de tan opulento ejército de araucanos. Mas estaba la jente popular tan temerosa, que sin dar oídos a ningun género de remedio, se resolvieron en salirse del pueblo, y andaban todos alborotados aliñando sus cargas para sacar las mas alhajas que pudiesen. Sintió esto el jeneral íntimamente, y con intencion de impedirlo, mandó pregonar que nadie saliese so pena de la vida. Mas como todos la tenian por perdida si se quedaban en aquel asiento, no se curaron de hacer caso de tales amenazas, y así ejecutando de hecho su voluntad se comenzaron a salir a gran priesa, cada uno por donde mejor podia. Viendo Villagran que el negocio iba en derrota batida, envió un capitán con alguna jente que se pusiese en el camino de la ciudad de Santiago, para detener a los que por él iban caminando, y que al que resistiese a su mandamiento se ahorcase luego sin mas consultas; por otra parte andaba el mesmo jeneral dando voces por las calles para que la jente no hiciese tal desatino, poniendo todos los medios posibles para impedir ese destrozo y principio de destruccion del reino. Pero todas sus diligencias fueron de ningun efecto porque cada cual se fué por su parte, quedando él con solo los hombres de a caballo sin poder impedir la fuerza de todo el pueblo. Acertaron en este tiempo a estar en el puerto dos barcos grandes de pescar, a los cuales se acogió mucha jente en especial las mujeres y niños, llevando consigo solamente lo que podian sufrir sus hombros, y aun deso dejaron mucho en la playa por la gran priesa con que se iban a embarcar. Desta manera se despobló la ciudad yéndose cada uno por su parte a la de Santiago, dejando los ciudadanos sus casas llenas de muebles y alhajas, los mercaderes las tiendas llenas de ropa, los relijiosos y clérigos sus conventos y templos con todos sus ornamentos y riqueza; los soldados gran parte de sus armas, y todos universalmente sus moradas y haciendas. Y con esta desventura quedó desierta y desamparada la ciudad que era la flor del reino, y estaba en medio de todo el porloasis de su conservacion y sustento de la guerra para refrenar a los indios, teniéndole tomado el sitio mas conveniente para hacerlos estar a raya. Fué esta una permission de Dios por los pecados del reino, tanto mas manifiesta quanto mas ciega estuvo la jente deste pueblo en moverse tan arrebatadamente sin considerar lo que hacian. Porque si se detuvieran dos dias gozaran del socorro que les venia de la ciudad de Santiago con el licenciado Julian Gutierrez Altamirano, al cual toparon habiendo caminado solas dos jornadas. Con el cual i la jente que habia en la ciudad pudieron muy bien defenderse de los enemigos, con los reparos, fortalezas y baluartes que habia hechos y podian hacerse fácilmente.

Mas como en efecto el mariscal fué forzado a desamparar la ciudad como los demas dello, no pudiendo quedarse sola y topó en el camino esta jente de socorro en el valle de Toquigua, mandó hacer alto para comunicar con las personas mas calificadas, los remedios de que podria usarse para que no se acabase de destruir el reino. Y el que pareció ante todas cosas necesario, fué dar aviso a todas las ciudades del desas-

tre sucedido para que estuviesen alerta, teniéndose por cierto que habían de dar sobre ellas los contrarios. Y habiéndose nombrado doce caballeros los cuales se ofrecieron de su voluntad a esta jornada, se tomó otro acuerdo echando de ver que para pelear eran pocos y para llevar la nueva eran muchos. Y así fué la última resolución que fuese un soldado solo y a pié para no ser sentido, cayéndole la suerte a uno llamado Alonso Chica, al cual dió luego el gobernador una encomienda de gruesas rentas, y le metió la provision della en el seno para que fuese mas contento. Caminaba este soldado de noche escondiéndose de dia en los lugares mas montuosos, aunque por el rastro de las pisadas andaban siempre los indios en su busca y pesquisa hasta que finalmente dieron con él, sin que le aprovechase la provision que llevaba en el seno, para que los indios no cenasen usando del casco de su cabeza en lugar de taza. En este ínterin iban caminando los desventurados hombres que habian salido de la Concepcion con hartos trabajos y desconsuelo, aunque llegados a la ciudad de Santiago se recuperó en gran parte el bien perdido con la mucha caridad de la jente deste pueblo, cuyos moradores salieron gran trecho a recibir a los que se acogian a ellos como a refugio y albergue, y demas desto los hospedaron en sus casas agasajándolos con tanto amor y regalo, quanto era necesario para aliviar el peso de la congoja, y alegrar jente con tanta razon desconsolada.

CAPITULO L.

Del acometimiento que el capitan Lautaro hizo a la ciudad despoblada y la disension que hubo entre Villagran y Aguirre sobre la pretension del gobierno.

Aunque la jente que habia salido de la ciudad de la Concepcion entró en la de Santiago como queda dicho, con todo eso el mariscal Villagran se quedó fuera por no poder entrar con la autoridad de gobernador, pues no estaba recibido por tal en el cabildo, y para esto envió personas que tratasen dello con la mayor eficacia que fué posible: pero ningunos medios fueron bastantes para que la ciudad lo admitiese a tal oficio. Por esta causa hubo de entrar sin aparato como persona particular, y pareciéndole que estando dentro haria mas obra, echó todos los soldados que pudo para su intento, hasta venir a hacer requerimientos a los rejidores, de que si no le daban doscientos hombres para socorrer con ellos las demas ciudades se perderia todo el reino totalmente. Pero como todas sus trazas se quedasen sin efecto, trató en secreto su determinacion con todos sus soldados y otros muchos amigos suyos, que un dia a cierta hora estuviesen todos en la plaza a pique para acudir cuando él llamase, y finjiendo que estaba enfermo envió a rogar a todos los rejidores y personas que tenian voto en cabildo, que se juntasen en la casa del capitan Juan Jofré, donde él posaba, para tratar con ellos un negocio de grande importancia. A esto acudieron los del cabildo como él lo pedia, y teniéndolos todos juntos les persuadió a que acabasen ya de admitirle en el gobierno, pues lo contrario era gran desór-

den por estar el reino sin cabeza que lo rijiese. Mas como ellos no quisiesen condescender con su voluntad, y el maestro de campo Alonso de Reinoso que estaba a la puerta viese que se habia pasado gran parte del dia en demandas i respuestas sin efectuar cosa, entró en la casa con mucha jente de la que estaba apercebida, y hablando palabras altas y desabridas les hizo fuerza a que firmasen en el libro de cabildo el nombramiento de Villagran por gobernador del reino aunque intervinieron hartas pesadumbres y requerimientos de ámbas partes. Y deseando el mariscal poner luego las manos en la obra, mandó sacar de la caja real do el oro que en ella habia para la espedicion y avio de los soldados que habian de ir para defensa de los pueblos que estaban en mayor peligro. No quisieron los oficiales reales obedecer a este mandato, y en particular el tesorero llamado Juan Fernandez de Alderete que era hombre de muchas canas y pecho varonil en cualquier lance. Y viendo el gobernador que no habia remedio de convencerlos por otra vía, fué él mesmo en persona a abrir la caja sobre la cual se sentaron los tres oficiales no dando lugar a que la abriese, tanto que Villagran hubo de tomar una hacha y quebrar la caja a puros golpes sacando della el oro que habia, que eran cantidad de cien mil pesos, con el cual apercibió la jente para la guerra.

Todo esto vino a oidos del jeneral Francisco de Aguirre que estaba en la ciudad de la Serena en pretension del gobierno, y alborotándose del caso, se trataba con mas autoridad de gobernador que hasta entónces llamándose señoría, y procediendo en todo como quien tenia el cargo deste reino; sobre lo cual hubo dichos de una y otra parte, y le decia al uno que venia el otro sobre él con mano armada interviniendo en esto gran desasociago por muchos dias. Finalmente teniendo Villagran formado su ejército de doscientos hombres para subir a las ciudades de arriba, tomó el rumbo contrario bajando con ellos a la Serena, que está setenta leguas de Santiago, para averiguar el negocio con Aguirre; el cual aunque tenia consigo cien hombres no quiso ponerse a tiro, y así dejó la ciudad yéndose a Copiapó donde estaba su encomienda, que son cincuenta leguas de camino. Con todo eso no hubo remedio con los de Coquimbo que recibiesen a Villagran en el oficio por mas dilijencias que intervinieron, y así se volvió a Santiago habiendo caminado ciento y veinte leguas de ida y vuelta. Y como entrasen personas graves de por medio, como fueron Rodrigo de Quiroga y el bachiller Rodrigo Gonzales, que fué despues obispo en este reino, vinieron por vía de paz a poner el negocio en manos de dos letrados, que fueron el licenciado Julian Gutierrez Altamirano y el bachiller Antonio de las Peñas. Este no quiso dar parecer en cosa tan grave, sino era con dos condiciones, la una que se le habia de pagar mui bien, y la otra que al tiempo de darlo por escrito habia de estar metido en un navío que iba al Perú, desde el cual habia de enviar el papel firmado despues de levadas las anelas y tendidas las velas. Porque siendo cierto que uno de los pretendores habia de quedar frustrado de su intento, tambien lo era de que habia de dar sobre

él procurando tomar venganza, y habiendo recibido cuatro mil y quinientos pesos que le dió Villagran por este dicho, vino a determinar que se estuviesen así las cosas por espacio de seis meses; en los cuales se ordenaria en la audiencia de la ciudad de los reyes lo que fuese mas conveniente acerca desto. Habiéndose hecho a la vela el navío, envió el papel en una chalupa y él se fué a la ciudad de Lima, donde sabiendo lo que pasaba por informacion de los que iban en el navío, le quitaron el dinero que recibió por la sentencia, dejándole tan pobre que se hubo de volver a Chile, en cuyo camino le hubo a las manos el jeneral Aguirre, por cuyo mandato le cortaron las narices y le dieron muchos palos y cuchilladas, que fué la última paga que sacó del parecer que habia dado.

Por otra parte, el mariscal Villagran deseando cimentar su pretension usó de los medios mas eficaces que pudieran inventarse para consecucion de su designio, y fueron granjear las voluntades de todos jeneralmente casando huérfanas, favoreciendo a los necesitados, manteniendo a los pobres, y repartiendo las encomiendas de indios que estaban por distribuir en la ciudad de Valdivia, Tucapel y Arauco, que pasaban de seiscientos mil, en que habia paño para satisfacer a doscientos vecinos. Lo cual aunque por haberlo hecho en tal coyuntura lo atribuyeron algunos a industria para tener benévocos a los del reino; pero andando el tiempo se vinieron a desengañar, viendo la continuacion con que perseveró en las obras pías.

En tanto que los españoles tenian entre sí estas diferencias andaban los indios en fiestas y regocijos contando cada uno las hazañas con que se habia señalado en la batalla, y blasonando con la memoria de los trofeos de que eran testigos los despojos que gozaban. Y habiendo pasado ocho dias en solemnnes banquetes, recibiendo favores envueltos en palabras regaladas del jeneral Caupolican, les pareció conveniente acabar con todo de una vez destruyendo la infelice ciudad desde los cimientos. Y para efectuarlo así, salió el capitán Lauro con cinco mil hombres, y recojió todas las riquezas y muebles de que estaban llenas las casas y tiendas, desenterrando muchas cosas de precio, que por la priesa habian sus dueños enterrado. Y no dejando cosa de codicia se puso incendio a todo el pueblo; en el cual estuvo por espacio de tres dias al fin de los cuales no quedó piedra sobre piedra: y como estaban estos bárbaros regastados de la sangre de los enemigos, y no ménos de los despojos que les habian tomado, no quisieron parar en negociar, en que vian serles favorable la fortuna, y así habiendo Lautaro descansado pocos dias en su pueblo, comenzó a ordenar ejército para dar sobre la Imperial para sacarla del real imperio. Estaba a este tiempo en ella por correjidor el capitán Pedro de Villagran, el cual dispuso las cosas con el mejor orden que fué posible barreando la ciudad, y previniendo los demas pertrechos necesarios para defenderse de tan innumerables huestes. Y teniéndolo todo puesto a punto enviaba corredores por el distrito a destruir los rebelados que en él habia, para que los demas entendiesen que los españoles ni estaban dormidos ni medrosos.

CAPITULO LI.

De la batalla que hubo junto a la Imperial entre Pedro de Villagran y el capitan Lautaro; y cómo los indios se comieron unos a otros.

Habiéndose aprestado el campo del capitan Lautaro, fué marchando con mucho órden hácia la ciudad Imperial pareciéndole que la tenia ya sumerjida debajo de la tierra diciendo algunas bravatas semejantes a las que decian los portugueses que iban con el rei don Sebastian sobre las Molucas, cantando por aquellos caminos al son de las trece mil guitarras que llevaban (si es verdadera la fama): haga Dios otra Moreria, que ya está rendida. Y miétras ellos caminaban con este orgullo, estaban los españoles de la ciudad puestos en consulta sobre si seria acertado salir al encuentro a los lautarinos o estarse a pié quedo en defensa de sus casas. Y pareciendo ser mejor acuerdo el aguardar a los agresores, se pusieron en órden de pelea doscientos y cincuenta y dos hombres que se hallaron aptos para ello; entre los cuales habia muchos que habian tenido conductas, y otros caballeros de calidad y esperiencia en las cosas de consejo y armas, y en particular en este reino. Y estando todos aguardando por horas a los contrarios con deseo de que llegasen para mostrarse quien era cada uno, sucedió un caso con que fué la obra bien mojada a fuerza de fuego; y fué que estando el ejército contrario cerca de la ciudad cayó del cielo un copo de fuego, que anduvo un rato por entre los indios con no pequeña admiración y espanto suyo, y comenzando los agoreros a adivinar dando en mil dislates y devaneos, sobrevino un animal de especie incógnita a manera de algalia, que hizo sudar mas gotas de algalia a los adivinos, viéndole zarcear entre ellos sin poderle cojer a manos, ni aun habia hombres que no las tuviese caidas para cojerle. Con esto se dobló su temor, y cayeron en mas ansiosa perplejidad, así en acertar con el pronóstico como en lo que dello resultaba, que era determinar si convenia retroceder desistiendo de la guerra o pasar adelante a efectuarla. Y fué tanto el miedo de los hechiceros que lo pusieron a los demas, persuadiéndoles a que se volviesen a sus casas sino querian ser todos perdidos. Obedecieron los capitanes puntualmente y sin réplica a los hechiceros, y sin aguardar mas perentorias se volvieron en el mesmo órden que llevaban, sin otro fruto mas que el cansancio y gasto que habian hecho. Supo esto Pedro de Villagran y salió tras ellos con cien hombres de a caballo, por ser tal el temor que llevaban metido en las médulas que un escuadron de niñas bastara a desbaratarlos. Y alcanzándolos brevemente fué picando en la retaguardia, de suerte que se fué huyendo cada uno por su parte teniéndose por mejor soldado el que era mas lijero en este lance. Con esta victoria se volvieron los nuestros a la ciudad habiendo muerto gran suma de enemigos, y dieron gracias a Nuestro Señor, animándolos a ello tres relijiosos de Nuestra Señora de las Mercedes que fueron los primeros que entraron en el reino,

cuyos nombres eran frai Antonio Correa, frai Antonio de Olmedo y frai Antonio Rondon, el cual salia siempre a las batallas a favorecer a los soldados, y en espeial a los de ésta que tratamos, de cuyo número fueron don Miguel de Velasco, don Pedro de Avendaño, el capitan Peñalosa, y los capitanes Gregorio de Castañeda, Gonzalo Hernandez Buenosños, Alonso de Miranda el viejo, don Francisco Ponce de Leon y Gregorio de Oña. Los cuales y la demas jente que estaba en la ciudad se sustentaron tres años con grandes calamidades por estar siempre en medio de los enemigos, y con las armas en las manos.

De aquí procedió una monstruosidad estupenda; y fué que por andar todo a rio vuelto dejaban los indios de poner las manos en el arado ocupándolas en los arcos, lanzas y macanas. Y así vino la fierra a tanta esterilidad y hambre, que lo lastaban los españoles y tambien sentian la falta los mismos indios. En resolucion vino la cosa a términos que se andaban matando unos a otros, para comer el matador las carnes del que mataba; lo cual duró por algunos meses con tanta fiereza, que causaba no ménos lástima que espanto. Y aunque despues se comenzó a dar maiz i trigo, y otros mantenimientos en abundancia, con todo eso no cesaba el fiero abuso cumpliéndose la comun sentencia que dice: no me pesa de que mi hijo enfermó sino de las mañas que tomó: de suerte que todo el año de 1554 y el siguiente de 55, habiendo tanta abundancia, que se quedaron por cojer doscientas mil hanegas de trigo por no haber quien las quisiese, estaban los indios tan regastados a comer carne humana que tenian carnicerías della, y acudian a comprar cuartos de hombres, como se compran en los rastros las del carnero. Y en muchas partes tenian los caciques indios metidos en jaula, engordándolos para comer dellos. Y tenian ya los instrumentos necesarios para el oficio de carniceros como tajones, machetes y perchas, donde colgaban los cuartos. Llegó la gula a tal extremo que hallaron los nuestros a un indio comiendo con su mujer, y un hijo suyo en medio de quien iban cortando pedazos y comiendo. Y hubo indio que se ataba los muslos por dos partes y cortaba pedazos dellos comiéndolos a bocados con gran gusto. Finalmente estando un indio preso en la ciudad, se cortó los talones para poder sacar los piés del cepo, y con ser tiempo de tanta turbacion por ponerse en huida de los españoles no se olvidó de los talones: ántes lo primero que hizo fué irse al fuego para asarlos en él aunque con insaciable apetito los comió ántes de medio asados.

Acontecieron en este tiempo cosas extraordinarias y memorables. La una fué que habiendo en un lugar llamado Peltacavi cerca de la ciudad, una gran junta de enemigos, acudió a dar en ellos Pedro de Villagran con su compañía, y habiendo dádose de las hastas por un rato, se retiraron los indios a su fortaleza yendo los españoles en su seguimiento hasta entrarse por la puerta a caballo con sus lanzas y adargas. Y habiendo peleado en el patio del fuerte y vencido a los enemigos, quisieron salir por donde habian entrado y hallaron la puerta tan estrecha que apenas cabia por ella un hombre a pié; lo cual se tuvo por manifiesto milagro

de la divina Providencia que abrió capaz camino a su pueblo por medio del mar Vermejo, cerrándose luego para los contrarios. Y entendiéndose esto con mas fundamento por estar aquella casa fuerte llena de ollas de carne humana puestas al fuego, y muchas piezas de hombres colgadas para el mismo efecto. Tambien salió otra vez Pedro de Villagran a las orillas de una laguna llamada Pirlauquen; la cual está a tres leguas de la ciudad y mui pegada con el mar. Está en medio de esta laguna una isleta donde se habian recojido cinco mil indios de pelea; contra los cuales envió la mitad de su jente quedándose él con el resto en la mesma playa, y cuando se acercaban a la isla los que iban en las canoas, salió delante un caballo a nado el cual se entró por medio de los escuadrones, y fué bastante para desbaratarlos. De suerte que cuando los nuestros llegaron fué menester poco para rendir a los bárbaros, los cuales se echaron a nado y vinieron a salir donde Villagran estaba con su jente. Trabóse allí una refriega mui reñida donde sucedió una cosa de grande espanto, que estando los indios con las espaldas a la mar salió una ola de sus límites con tanto exceso que arrebató dos mil dellos, y los tragó sin que alguno se escapase.

Y el año de 56, llovió en la ciudad Imperial cierto licor a manera de leche que caia gota a gota, y de cada una se producía luego una rana de manera que vinieron a estar las calles tan llenas de ellas que no se podía pasar sin hollarlas, por estar cubierto el suelo un jeme en alto por espacio de quince dias. Y en cesando esta plaga vino tanta multitud de ratones que hervian por las casas y calles, de suerte que les pusieron pleito, dándoles su defensor que alegase de su derecho, y habiéndoles convencido en juicio los escomulgaron, y al instante murieron todos sin parecer alguno vivo en muchos dias.

CAPITULO LII.

De un milagro que nuestro Señor obró en casa de Mencia Marañon, y las cotidianas guerras de la Imperial y Valdivia.

Ynesplicables son las calamidades que en este desventurado reino consumian de ordinario, así a los indios como a los españoles. Porque la hambre era comun en todos, y la desnudez mui propia de los nuestros en estos años, de suerte que las doncellas mas galanas no escapaban de muchos remiendos, y los caballeros mas pulidos tenian por ornato las cotas que no se les caian de los hombros de dia ni de noche, y no era la menor afliccion el miedo de los enemigos, mayormente para las mujeres que se vian cercadas de trescientos mil bárbaros, que tantos eran, las que habia en el distrito de la Imperial. A esto se acumulaba la grande lástima de ver a sus ojos morir de hambre a muchos indios ántes que llegase el tiempo en que dijimos haberse cojido los frutos mui de sobra; mas como la piedad de nuestro Señor es tan cierta en el tiempo de la mayor necesidad, manifestó en esta ocasion los tesoros de su poder, sa-

biduría y misericordia con una maravilla de las que su prudencia suele en semejantes ocasiones.

Estaba en la Imperial una señora llamada Mencia Marañón, mujer de Alonso de Miranda, que habian venido de junto a Burgos pocos meses ántes del alzamiento. Y como jente acostumbrada a vivir segun la caridad con que se procede en Castilla, tenian esta buena leche en los lábios, y se esmeraban mas en obras pías quanto mas crecian los infortunios desta tierra, de suerte que esta señora daba limosna a cuantos indios llegaban a su puerta, y recojía en su casa a los enfermos curándolos ella mesma con mucha diligencia y cuidado. Y saboreábase tanto en estas ocupaciones, que se metia cada dia mas en ellas hasta hacer su casa un hospital, y amortajar los indios con sus manos. Tenia demas desto en un aposento alto todo el trigo que habia podido recojer para dar limosna cada dia, no contentándose con acudir a los que tenia de sus puertas adentro, sino tambien a los que llegaban a ellas aflijidos. Y como los indios sintieron su deseo daban ordinaria batería en su casa, hasta que no quedó en ella de todo el trigo un solo grano. Mas no por eso dejaron de acudir despues de acabado a pedirle con su acostumbrada importunidad y ansia, de suerte que ella se affijió y mandó a su dispensera que escudriñase los rincones por si acaso quedasen algunas reliquias del trigo. Y hizolo ella con diligencia barriendo todo el aposento sin dejar en él un solo grano. Pero cargaron luego tantos pobres que tornó a mandar a la dispensera que hiciese nuevo escrutinio a ver si quedaban algunas sobras; la cual habiendo un rato porfiado que no habia rastro desto, fué finalmente gruñendo y resongando a puras persuaciones de su ama, y aun no habia bien llegado a la puerta del aposento del trigo, cuando volvió dando voces, diciendo que estaba lleno del y que fuesen de presto a apuntalar las vigas, porque con el excesivo peso no cayese el aposento abajo. A esta voz acudieron todos los de casa, y hallaron ser verdadero el dicho de la moza, y que el trigo iba creciendo a gran priesa, de modo que era menester descargar luego el aposento para que no se hundiese, como lo fué en la nave de San Pedro, cuando por la gran multitud de peces estuvo a punto de hundirse. Por donde se vé que el medio mas eficaz para todas las afficciones es tener grato a aquel Señor en cuya mano está todo, y en cuya voluntad hai mas bien para nosotros que pedimos ni entendemos. Y tambien se colije de aquí que si hubiese muchas Catalinas de Sena habria muchos milagros a éste semejantes; como por haber entrado en Chile muchos hombres desalmados hai tantas desventuras i miserias. ✕

Y viendo que eran tan innumerables, intentó Pedro de Villagran reducir la ciudad de Valdivia a la Imperial; porque estando la jente junta habria en todos mas fortaleza; y estando dividida ni unos ni otros estaban bien seguros. Resistieron los de Valdivia a este mando, aunque no pasaban de setenta hombres con tanto conato que hubo el mesmo Pedro de Villagran de ir desde la Imperial con doce soldados a efectuarlo. Mas como hallase constantes a los del pueblo y él era tan prudente

y enemigo de ruidos, contentóse con que lo reconociesen por teniente jeneral, y ellos se contentaron con recibirlo por tal a trueco de que se volviese a su casa como lo hizo no tratando mas de la mudanza, que hubiera sido acabar de perderse el reino por ser esta ciudad y su hermoso puerto de grande importancia y utilidad para todo Chile. Y lo que mas me admira en medio de tantas calamidades es la inflexibilidad que algunos mostraban en no amarisar con tantas amenazas de Dios ni ablandar con tantos golpes de fortuna; largo negocio fuera hacer mencion de las muchas crueldades que se usaban con los indios, como se entenderá por el modo en que se habia con ellos el capitan Juan de Villanueva, el cual saliendo a correr la tierra sajava a los que prendia, y de entre cada dos cuchilladas sacaba una tira de carne y se la daba a comer al indio en castigo de que comian comunmente carne humana. Y a otros ponía el arcabuz en la boca disparándolo en ella, y dándole a comer la bala por la mesma causa. Y mucho mas se echara de ver por lo que hizo un soldado del capitan Alonso de Benitez, que habiendo cojido una cuadrilla de indios de guerra los metieron en una casa para quemarlos con ella a todos juntos, y como al tiempo de contarlos hallasen noventa y nueve, dijo este soldado (cuyo nombre era Juan Macias) voto a tal que han de ser ciento, y echando mano de un yanacón de servicio le metió dentro donde se quemó con los demas. Por lo cual le dió su amo del yanacón una grandísima cuchillada, cuando echó a su indio ménos y supo quien lo habia metido en el incendio.

Entre todas estas calamidades y robos cuotidianos que hacian los indios por los campos, hubo algun regocijo en la ciudad de Santiago con ocasion de una mina que se descubrió, cuya veta tenia diez y seis piés de ancho y un estado de profundidad; de donde en diez y seis meses se sacaron quinientos mil pesos de oro. Descubrió este mineral Francisco Moreno, natural de Sevilla, en un cerro llamado Lamillo que está cerca de Santiago. A esta sazón estaba en la ciudad Francisco de Villagran sin atreverse a salir della a socorrer los de arriba por recelo que tenia, no acudiese el jeneral Francisco de Aguirre desde la Serena y le cojiese el puesto y oficio. Mas como se hubiese pasado un año sin salir fuera, y las ciudades de arriba estuviesen mui necesitadas, no pudo escusar el viaje. Y así salió con doscientos soldados hasta la ciudad Imperial, y visitó la provincia de Moquehua y otras comarcas, haciendo gran risa en los rebelados, y por otra parte envió a Pedro de Villagran con cincuenta hombres a los términos de Angol y Congoya, donde hizo no menores castigos y matanzas. Demas desto despachó al capitan Juan Alvarado con solo ocho españoles al sitio de la ciudad de la Concepcion, que estaba despoblada, donde le acometieron algunos escuadrones de indios por los cuales rompió, peleando siempre con ellos hasta llegar a donde estaban Pedro de Villagran con su jente, de la cual fué favorecido, de suerte que los enemigos se pusieron en huida. Tambien fué en este tiempo el licenciado Julian Gutierrez Altamirano desde la ciudad de Santiago a la de Valdivia, donde era correjidor, y habia salido a ne-

gocios de importancia dejando en su lugar a Francisco de Herrera Sotomayor, el cual procedió con gran prudencia mostrándose hombre idóneo para cualquier negocio de momento.

CAPITULO LIII.

De como el capitan Juan de Alvarado reedificó la ciudad de la Concepcion.

No fué vano el recelo de Francisco de Villagran sobre la pretension que habia de tener Aguirre de su oficio en volviendo la cabeza. Porque en efecto se puso a ello tan de veras, que intentó entrarse de hecho en la ciudad de Santiago para aposeionarse del gobierno. Y fué menester que Rodrigo de Quiroga saliese de su casa yendo sesenta leguas hasta la Serena para quitar a Francisco de Aguirre rogándole no alborotase la tierra. Mas como no hubiese efectuado cosa alguna se volvió a Santiago donde casi por fuerza le hicieron capitan, y a don Pedro Mariño de Lovera alferez para que defendiese la entrada al jeneral Aguirre poniéndose la ciudad en arma con el mismo intento. En esta ocasion recibió Aguirre una carta de la real audiencia de los Reyes en que le daban relacion del alzamiento de Francisco Hernandez Jiron, con que estaba el Perú en grandes alborotos, y le encargaban mucho la fidelidad, que a su majestad debia para no admitir ni ser favorables a los amotinados, ni permitir correspondencia en Chile si alguno se desmandase. De aquí tomó Aguirre asilla para decir que la audiencia de los Reyes suponía ser él gobernador de Chile pues le encargaba semejante negocio, que era propio de la cabeza del reino, y para concluirlo envió a su hijo Hernando de Aguirre con veinte arcabuceros a la ciudad de Santiago; donde los recibieron con las armas en las manos y los desarmaron a ellos, y aun hubiera mas alboroto si el obispo don Rodrigo Gonzalez no se metiera de por medio.

Despues desto llegó a la ciudad de Santiago el jeneral Villagran, y por otra parte vinieron cartas de la audiencia del Perú con orden de que se tornase a edificar la Concepcion, pues era la fuerza del reino y que se gastasen en ello todos los pesos de oro que se hallasen en las cajas reales. Para cuya ejecucion nombró la ciudad al capitan Juan de Alvarado con setenta y cinco pobladores, los cuales salieron de Santiago en veinte de noviembre de 1555 acompañándolos el jeneral Villagran hasta la concurrencia de los dos rios Ñube y Itata que están siete leguas de la ciudad que habia de poblarse.

Luego que llegaron al asiento de la desventurada ciudad hubo jeneral llanto en ver el grave estrago que en ella se habia hecho, y en especial mostraban gran sentimiento los vecinos della que veian sus casas hechas mostazales, y llenas de otras yerbas que habian nacido en aquel año. Mas diéronse tan buena maña con la ayuda de algunos indios, que acudieron pacíficamente, que en breve tiempo hicieron alojamientos en que meterse, y una razonable iglesia en que les decia misa un clérigo llamado Nuño de Abrego, que tambien los ayudaba en los ejercicios

militares, como se verá luego. Demas desto fabricaron un fuerte con la diligencia de los que iban señalados por capitanes que eran Hernando de Alvarado, Francisco de Castañeda, y del alférez jeneral llamado Luis de Toledo. Mas todo esto era edificar sobre arena, y un negocio considerado mas apriesa que convenia a la fundacion de una ciudad. Porque si quando habia doscientos hombres en ella, y esos mui pertrechados de lo necesario para paz y guerra la desampararon no atreviéndose a conservarse entre los enemigos; no habia nueva razon para atreverse a ello setenta i cinco, que habian de hacer las cosas expedientes, que los primeros tenian hechas. Y así tuvo esto el efecto que se podia esperar de un acuerdo tan acelerado; porque los indios advirtieron luego esta razon, que de suyo estaba manifiesta echando de ver, que si solo el temór habia rendido a doscientos españoles mejor los vencerian las armas de los mismos que eran temidos. Y así se resolvió el jeneral Caupolican en que fuese el capitan Lautaro con veinte i cinco mil hombres a destruir la ciudad y sus pobladores, pues era negocio tan fácil el salir con ello. Y fué ejecutado esto con tanta presteza que dentro de pocos dias llegó el ejército al rio de Biobio, y lo pasó sin resistencia, poniéndose dos leguas de la ciudad para dar luego en ella. Entónces se vieron perplejos los cristianos, dudando si seria mas acertado salir a los enemigos o aguardarlos en el fuerte. Y estando en esta consulta dijo un caballero llamado Hernando Ortiz de Caravantes que seria acertado meterse en un navío que estaba en el puerto, o por lo ménos poner en él todo el bagaje, y pelear con determinacion, de que en caso que les fuese mal se recojiesen todos a la nao, pues eran tantos los enemigos. A esto respondió el clérigo Nuño de Abrego: paréceme, señor que ya estais ciscado; de la cual palabra se picó el Hernando Ortiz y le dijo: pues padre, tened cuenta con mi persona, y conoceréis como no lo hacia por mí sino por toda esta jente que está delante. Y la resolucion de la consulta fué salir cincuenta de a caballo a oponerse a los contrarios quedando los demas en guarda de la fortaleza. Fué el capitan Juan de Alvarado en delantera de los que salieron al campo, y a poco trecho divisó huestes mui opulentas de indios que venian marchando en mucho mayor número de lo que Caupolican habia mandado. Porque fueron concurriendo tantos de su voluntad, que llegaron a setenta mil, habiendo sido veinte y cinco mil los convocados; de suerte que para cada español habia mil contrarios. Ya aquí no habia lugar de huir el cuerpo sino encomendar a Dios el alma, y acometer a los enemigos, y así lo intimó el capitan a los suyos diciéndoles, que hiciesen estas dos cosas poniendo en delantera la memoria del cielo y en segundo lugar lo que traian entre manos. No es tiempo (dice) señores míos de flaquear, pues el volver el pié atras no será ponerlo en lugar seguro, bien veo que la dificultad es suma, el peligro evidente, y el premio humano mui limitado o ninguno, pero pongamos a Dios delante de los ojos con pretension pura de introducir entre estas jentes su santo evangelio, y con esto será la cosa mas fácil, el peligro ménos formidaboso, y

la remuneracion mas infalible. Y si alguno hai aquí presente que haya entrado en esta tierra con fines diferentes, o contrario a este procure agora enderezarlos a Dios, pues que su clemencia está siempre tan pronta para suplir las faltas que proceden de la fragilidad humana que en cualquier instante que ofrezcamos a su majestad los trabajos que habiamos aplicado o otros blancos o siniestros los recibe piadosamente, para recompensarlos de contado, poniendo en olvido la ingratitude pasada como aquel que anda buscando asillas para ejercitar su misericordia.

Con esto partieron todos a una, con gran tropel, y estrépito a los escuadrones de los enemigos que estaban cerrados por todas partes con las picas caladas de modo que se les hizo poco daño. Y habiéndose cansado un tanto comenzaron a picar en algunos indios con los cuales anduvieron a la escaramuza, sin cesar el bando índico de ganar tierra ni de derramar sangre ajena y propia. Era esto como a las ocho y media de la mañana habiendo comenzado una hora ántes: y como Lautaro era tan sagaz y experto mandó tocar a recoger con intento de esperar a que el sol calentase mas la tierra, para que con su ardor se encalmasen los caballos y fuesen ménos de provecho, y cuando vió que estaba en su mayor fuerza acometió con bravoso ímpetu trabándose segunda vez la refriega mas encendida en la entrada de la ciudad, muriendo algunas personas de ámbas partes. A este punto salieron los arcabuceros de la fortaleza y con algunas rociadas hicieron notable daño a los enemigos aunque no notable merma por la multitud de los que andaban en su ejército. La cual fué tanta, que cerrando con los nuestros, con estupendo alarido los llevaron dando de ojos hasta la fortaleza; donde se metieron, y a vueltas de ellos algunos indios, que fueron los mas mal librados, porque descargaron en ellos los españoles el coraje que tenian contra todos juntos. Todo esto aprovechó poco por ser el número de los bárbaros tan incomparable, y su deseo de acabar con esto resuelto de todo punto. Y así combatiéron el fuerte con gran vigor y arrojamiento saltando dentro por diversas partes; donde anduvo la folla tan sangrienta que murieron allí quince españoles, y llegó a tanto el teson de los indios que vinieron a ganar la [sic] alcázar echando fuera a los españoles. A todo esto estuvo el clérigo Nuño de Obrego con su espada y rodela a la puerta de la fortaleza arrimado a un lado, y al otro Hernando Ortiz sin apartarse ninguno de los dos un punto de su puesto sobre apuesta; mas por estar picados entre sí que por picar a los enemigos aunque en efecto hicieron tal estrago en ellos que pudiera cualquiera de los dos aplicarse el nombre de Cid [sin] hacerle agravio. Mas finalmente vinieron los dos a ser del número de los cuerpos muertos que cerraron con su cúmulo el paso de la fortaleza como la habian cerrado estando vivos. Mas andaba ya el negocio tan roto que no faltaban portillos por donde salir los que iban de vencida; y así salieron a la playa continuando la pelea sin cesar de matar y morir hasta que ya se caian los brazos, y aun el ánimo. Y aunque hasta entónces habia mos-

trado mucho el capitán Alvarado poniéndolo a los suyos como valeroso caudillo, mas cuando vió ser imposible, animar mucho a pocos cuerpos comenzó a retirarse tomando el camino de Santiago; donde ni el cojo, ni el manco, anduvo tanto como dice el refrán por las muchas albarradas en que iban tropezando, y los enemigos que salían de traves ultra de los que seguían el alcancé. Por otra parte acudieron otros españoles a los bateles, que estaban en la playa metiéndose por la mar a caballo para arrojarlos en ellos con harta contradicción de los indios que se abalanzaban al agua tras ellos, y no dejaron hombre a vida si no fuera por dos soldados de mucho nombre, y valerosos hechos, que echaron mano de un batel, y lo defendieron favoreciendo a los suyos, que con este socorro llegaron al navío. Este fué el fin de la batalla, donde murieron cuarenta y un españoles; y mas de dos mil y quinientos indios. Y los que se escaparon con el capitán Juan de Alvarado fueron Gonzalo Hernandez de la Torre, Lope de Landa, Andres de Salvatierra Narbaja, Diego Diaz, Hernando Ibarra, Francisco Lucero, Francisco de Castañeda, y Hernando de Alvarado, los cuales no cesaron de pelear en todo el camino hasta llegar a la junta de los ríos Ñube y Itata. Y tambien se escapó por otra via Nuño Hernandez Ragura habiendo peleado como un César, segun acostumbraba en todas las batallas. No cuento aquí los que murieron, por haber sido mas que los vivos, contentándome con referir los capitanes de a caballo que fueron don Francisco Tello, don Cristóbal de la Cueva, y Juan de Cabrera que murieron habiendo peleado valerosamente. Los capitanes indios que vinieron a la batalla, fueron Manquecura, Nicoladande, Labapié, Colocolo, Puygani, Guanchoguacol, Pichena, Pivoboro, Piotiman, Pilon, y el famoso Lautaro. Y el dia de la batalla fué juéves a cuatro dias del mes de diciembre de 1555.

CAPITULO LIV.

Como el capitán Lautaro fué sobre la ciudad de Santiago con un copioso ejército y tuvo dos batallas con los capitanes Diego Cano y Pedro de Villagran.

No se debe tener en poco por ser de poco aparato de palabras aquel proverbio que dice: hoy por mí mañana por tí, mayormente cuando el hombre se engríe y envanece, con el buen rostro que hoy le muestra la fortuna con visita falsa; pues en llegando el dia de mañana habrá dado vuelta su rueda donde mostrará el otro rostro de dos que tiene, pues se sabe ser ella de dos caras. Mucho me alargué, y dije poco en decir mañana, pues siendo la rueda de su vanidad mas veloz que la del primer móvil no ha menester aguardar plazos de un dia para otro, ajustándose a la medida del curso del sol que causa los dias y las noches; pues sabe ella darse tan buena maña en apresurar su rueda que en un abrir y cerrar de ojos pone de alegre triste; de sano enfermo; de rico pobre; de vencedor cautivo; y finalmente de dichoso desdichado. Quién dijera viendo a Mitrídates rei del Ponto triunfador de los romanos, y

de toda Asia que por espacio de cincuenta años que habia de venir a tanta miseria en un solo dia que pusiese las manos en sí mismo, quitándose la vida desesperado de verse debajo los piés de sus triunfadores Luculo y Pompeyo. Y quién viera al arrogante Lautaro tan pomposo con sus ilustres victorias, i tan estimado y querido de los suyos que ponian en él los ojos como en su libertador, y toda su gloria: no de otra suerte que los israelitas amaban a David tiernamente por haber sacado a su pueblo del oprobio en que los tenia puestos el soberbio Goliath, contoneándose, y blasonando con desprecio de Israel : habia de venir a dar en bajo, o por mejor decir en manos de aquellos, que despreciaba y finalmente sus enémigos. Mas en fin el que apriesa sube apriesa cae : pues suele la fortuna entronizar pocas veces a hombres humildes en su prosapia, sino es para tener mayor espacio por donde vengan cayendo del pináculo donde los habia subido que eran las nubes ; sobre las cuales ellos se encaramaron sin fundamento sólido en que sustentarse. Harto ínfimo de natural era Ventidio Baseo ; el cual andaba mendigando de puerta en puerta, y tuvo gran ventura de que le admitiesen en casa de Caio Cesar por mozo de caballos ; mas con esta ocasion fué poco a poco cayendo en gracia del emperador hasta venir a ser el mayor del pueblo romano, i triunfar de los partos con excelentes títulos y renombre. No fueron diferentes en todo los pasos por donde subió Lautaro a tanta dignidad, y señoría pues habia sido mozo de caballos de Valdivia, aunque no subió a la preeminencia por haber caido en su gracia ántes por haberse desgraciado con él ; pues fué principio de su muerte, mas al cabo no se fué alabando, ni le duró el orgullo mucho tiempo por parecerle que ya era todo el mundo suyo o a lo ménos pretender que lo fuese. Viéndose pues este Lautaro puesto en tal punto que todos le reverenciaban y servian celebrando sus victorias con solemnes triunfos y banquetes largó las riendas al apetito del mas, y mas, donde comunmente anhela la naturaleza desahucible, y queriendo destruir la misma ciudad de Santiago ; ofreciendo su persona al jeneral Caupolican para esta empresa con solos cinco mil indios escojidos de todas las huestes araucanas. No salió el jeneral a esta oferta, teniendo por gran temeridad el pretender ir setenta leguas a buscar a los españoles ; donde ellos estaban tan de asiento, mas fueron tantos los intercesores, que interpuso Lautaro, que por no disgustarle a él y a tantas personas principales condescendió con sus ruegos. Mas no por eso quedó el negocio concluso, porque como habian de ser solos cinco mil los escojidos para esta empresa hubo entre ellos grandes diferencias tomando cada uno por punto de honra el no quedar por ménos hombre. Y vino a tanto rompimiento, que mandó Caupolican admitir otros tres mil mas de los nombrados, y aun esos se sacaron por suertes para que ninguno quedase quejoso.

Comenzó a marchar Lautaro con ejército de ocho mil hombres que lo llevaban en andas, y fué recibido en todos los pueblos por donde pasaba, con gran veneracion y aplauso hallando los caminos aderezados

a mano, y adornados con arcos triunfales, sin faltarle cosa de las que se pudieran prevenir para la majestad del mayor monarca del mundo. Mas cuando llegó a los lugares sujetos a Santiago comenzó a encruelcerse contra los indios haciendo en ellos grandes destrozos de suerte, que todos se despoblaron acudiendo los moradores dellos a la ciudad a pedir socorro, y ampararse con el favor de los españoles. Y el primer reparo que se puso a este daño fué enviar al capitán Diego Cano con cuarenta hombres de a caballo, los cuales hallaron a los enemigos alojados en Mataquito, donde tuvieron una guazabara con matanza de algunos indios, y pérdida de un español quedando finalmente Lautaro con la lanza enhiesta y Diego Cano desbaratado. Bien entendió el sagaz indio que no había de ser esta la postrera, y así se fortificó mas en el mismo sitio fabricando un castillo, y muchas albarradas, y baluartes para su defensa. Y para mayor seguridad mandó atajar los ríos, y acquias para que reventasen y se difundiese el agua por todo el campo haciendo grandes lodasales en que atollassen los caballos. Mas todo esto no fué para impedir a Pedro de Villagran que salió de la ciudad con cincuenta hombres, y tuvo algunas escaramuzas con los rebelados el mismo día, en que llegó hasta que el sol, y los brazos iban de caída. Hallóse allí un conquistador viejo llamado Marcos Veas que había estado en casa del gobernador Valdivia, y conocía mucho a Lautaro siéndole tan familiar, como persona que vivía con él de una puerta adentro este pidió licencia a su capitán para carearse con Lautaro, y persuadirle con algunas razones, a que desistiese de la guerra entregándose a los españoles fiándose de ellos, pues no habían de hacerle traición como él la hizo a su amo. Concedióle Villagran esto liberalmente, y poniéndose el Marcos Veas, en parte donde pudiese ser oído llamó a Lautaro; el cual salió a trabar con él plática por un rato habiendo entre los dos un pequeño intervalo de suerte que se oían las palabras distintamente. Y cuando el español llegó a tratarle de la traición que había hecho mudó el indio el tono de las palabras, hablando con gravedad de esta manera. No puedo dejar de maravillarme mucho el ver que un hombre tan anciano y prudente como tú eres, o a lo ménos te precias de ello, te hayas dejado de decir palabras tan fuera de concierto, en que has dado a entender, que no eres de mui corto entendimiento, o me tienes por hombre que lo soi. Porque intitular con nombre de traición a lo que mirado por todas partes es indubitable fidelidad, no sé de donde pueda proceder, sino de que tú estás ciego o me quieres cegar con palabras fundadas solamente en la vana aprehensión de tu fantasía. Si traición ha intervenido entre nuestra nación y la vuestra, cierto es que está de nuestra parte, aunque se debe llamar mas propiamente tiranía, pues estando nosotros seguros en nuestra patria vinistes engañosamente a desposeernos de nuestras tierras, despojarnos de nuestras alhajas, quitarnos a nuestras mujeres y enseñorearos de nuestras libertades. En lo cual no se puede negar que haya habido gran mezcla de traición, y alevosía pues entrastes con la voz de Jacob, y

las manos de Esau, predicándonos lei de Dios, y ejercitando ia del demonio para dorar vuestros engaños y cojernos el oro fino de nuestras minas. Y así aunque a los principios nos hubiéramos dado por amigos vuestros no tenemos obligacion de conservar la amistad para adelante, pues el dia que falta el fundamento de la cosa ha de faltar la mesma cosa. Y siendo la amistad fundada en que pretendiades nuestro bien, no debemos tenerla en pié el dia que se descubre que es todo envaimientos y traiciones, y que toda vuestra pretension, es hacernos el mayor mal que podeis, como se ve por esperiencia y si alguna amistad os debo a vos señor Marcos Veas por la buena voluntad que me habeis mostrado, en ninguna cosa os la pudiera pagar tanto, como en daros un consejo de amigo y es que os volvais con Dios a vuestras tierras así por la seguridad de las conciencias, como de las vidas porque las habreis de perder desta hecha, como las perdieron con la punta de mi lanza, vuestro capitan, y los de mi [sic] ejército. Mas este consejo no os lo quiero yo dar, por ser tan contra mi pundonor y estima, pues si os vais vosotros voluntariamente, no tendré yo ocasion de ganar la gloria, que se me ha de seguir en echaros por mis propias manos, verdad es que no seria para mi ménos honroso que me cobrades tanto miedo que solo él bastase a echaros sin venir a las manos, y por esta via me parece que quizá vendria yo a permitir que os fuédeses vosotros mesmos libremente con tal condicion que me habeis de servir con treinta doncellas escojidas a mi voluntad, para que asistan en mi cámara; y treinta caballos blancos con los mejores jaces que se hallaren entre vosotros, y otras tantas capas de grana fina, y una docena de perros grandes de esos con que vosotros soleis aperrar a los indios, y demas destos me habeis de dar esa medalla que traeis en el sombrero; la cual vos soleis llamar la medalla de Quinto Cursio. No pudo ya Marcos Veas refrenar mas la risa oyendo las bravatas de Lautaro, y no aguardando mas razones volvió las espaldas dejándole con la palabra en la boca sin esperanza de que por bien se habia de efectuar cosa. I estando los dos capitanes contrarios resueltos en llevarlo por punta de lanza, despachó Lautaro un indio principal llamado Panigualgo para recoger dos mil indios de socorro, y Pedro de Villagran recibió aquella noche veinte españoles que vinieron a lo mesmo; con los cuales llegó el escuadron a número de setenta. Estos salieron por la mañana a dar batalla a los ocho mil contrarios, donde pelearon tan valerosamente, que con pérdida de solo dos soldados mataron quinientos indios desbaratándoles el ejército con victoria reconocida de nuestra parte. Con esto quedó el fanfarron blasonador humillado aunque no humilde ántes encendiendo en mayor ira, y echando fuego por los ojos y palabras soberbias por la boca con juramento de no descansar hasta vengarse.

CAPITULO LV.

De la batalla que el jeneral Francisco de Villagran, y los capitanes Alonso de Escobar, y Juan Gudinés dieron a Lautaro, donde perdió la vida, en el valle de Mataquito.

La conexion de la soberbia i altivéz con los desastrados fines en que suele el hombre ser aterrado, ya queda apuntada en el capítulo precedente con ocasion del principio que tuvo el arrogante Lautaro de ir cayendo de su avilantéz, y demasía y en este se acabará de probar consumadamente con el miserable remate de su vida. Estando este indio picado de la pasada en que le fué tan mal, como queda dicho, se recojió de la otra banda del rio Maule, donde reforzó su jente que habia salido destrozada, y recibió la que de nuevo le trajo el capitan Panigualgo, con que vino a poner en campo diez mil soldados. Y deseando restaurar lo que habia perdido en el encuentro último, que referimos, se volvió al mismo lugar de Mataquito para que el gozo de la presente victoria borrara la memoria del menoscabo pasado. Digo presente: porque por tal la tenia el bravo capitan, así por el aumento de sus escuadrones, como por la fortaleza, que de nuevo fabricó con todos los pertrechos y reparos que se podian desear, para el menester que entónces se ofrecia. Mas quiso Dios que se contentase con poner muro, y antemural en la parte que caia al camino por donde habian de venir los españoles, no asegurando las espaldas, por parecerle que de suyo estaban seguras; de suerte que se dejó un gran portillo abierto para salir los suyos, cuando quisiesen, y entrar los nuestros cuando ellos no quisieron ni pensaron. Y fué así que acertó a venir a coyuntura el mariscal Francisco de Villagran de la ciudad de Valdivia, y sabiendo lo que Lautaro habia hecho, y donde estaba encastillado con su jente se determinó de ir sobre él con setenta hombres que traia para cojerle descuidado por la parte de que él ménos se recelaba, ni aun se acordaba della como si no hubiera Valdivia en el mundo ni Villagran que viniese de ella. Al mismo tiempo venia de la ciudad de Santiago el capitan Alonso de Escobar que era valeroso soldado, y maravilloso hombre de acaballo de ámbas sillas; el cual traia cincuenta españoles, y con ellos al capitan Juan Gudinés, para dar en la fortaleza, por la parte que caia al camino que era la que Lautaro tenia pertrechada. Mas como Francisco de Villagran tuviese noticia de su venida les envió a decir que acudiesen a cierto lugar donde todos se juntasen, para hacer la suerte mas al seguro. Y habiéndose hecho esto sin que los enemigos lo entendiesen se pusieron en órden los ciento i veinte españoles de ámbas compañías, y marcharon toda la noche a paso tirado, para dar a los contrarios la alborada con un rocío no del cielo sino de los arcabuces y mosquetes.

Levantóse acaso al amanecer el capitan Lautaro desperezándose de la carga del sueño no pudiendo gozar dél con la inquietud que le daba lo que habia soñado, y era que moria él y todos los suyos a manos de

los cristianos. Y con la angustia que se sentia despertó a una india que tenia consigo para darle parte de su aflixion, por ser esta jente mui crédula, y supersticiosa en todo jénero de sueños y agüeros. Llamábase la india Teresa Guacolda, la cual se habia criado, desde muchacha en casa de Pedro de Villagran, y la habia cojido el Lautaro a tiempo que andaba en estos asaltos tomándola entre las demas, que él y sus secuaes hubieron a las manos, en los pueblos por donde iban entrando. Esta despertó jimiendo y sobresaltada, porque estaba actualmente soñando, que los españoles mataban a los indios de aquel fuerte y a Lautaro entre ellos. Y como Lautaro la oyese referir lo mesmo, que él queria contarle alborotóse mucho más, y por saber si el sueño tenia fundamento llamó a un indio cuyo nombre era Aliacan, famoso en el arte de adivinar, y le dió noticia de lo que pasaba, el cual le metió mas miedo que él tenia diciéndole podria ser que sucediese. Al mesmo punto llegaron los españoles, y entraron por el portillo desamparado, cojiendo a los tres en medio de su plática, i a los demas cargados con el peso del sueño por ser la hora en que mas él predomina en los mortales. Dió entónces Lautaro voces y echó manos a una partesana, con que se defendió mientras acudian algunos de los suyos aunque por presto que despertaron habia ya muchos metidos en sueño mas profundo, que es el de la muerte dada por mano de los españoles que iban entrando, y ofendiendo sin perdonar lance. Mas como los indios eran tantos, acudió gran suma de ellos a la refriega; la cual anduvo por largo rato mui furiosa y sangrienta, sin salir hombre de la fortaleza hasta que echaron de ver a Lautaro muerto de una lanzada sin saber quien se la hubiese dado, entónces desmayaron los indios comareanos de Itata, Nube y Renogulen y se huyeron saliendo cada uno por donde pudo; pero ninguno de los araucanos volvió un punto el pié atras por estar determinados de morir ántes a manos de los españoles que volver a su tierra vivos y vencidos. Y cumplieron tan exactamente su propósito, que no cesaron de pelear hasta que todos quedaron allí tendidos, sin escapar hombre con la vida no habiendo muerto de nuestra parte mas de un soldado que fué Juan de Villagran, deudo del mariscal; en cuya compañía andaba siempre. Fueron capitanes de nuestro pequeño ejército, Gabriel de Villagran, don Cristóbal de la Cueva, Alonso de escobar y Juan Gudinéz, y de los soldados que en él se hallaron, hubo muchos de larga esperiencia y satisfaccion de sus personas de cuyo numero fueron Juan de Lasarte, Alonso de Miranda, Hernan Perez de Quesada, don Pedro Mariño de Lovera, Andres Salvatierra Narvaja, Hernando de Ibarra y Andres de Nápoles, que era hombre de tantas fuerzas, que tomaba una pipa de vino sobre las rodillas, y la levantaba en alto. Sucedió esta felice victoria en el año de 1555, [sic] juéves último del mes de abril. La cual aunque puso algun terror a los enemigos, no por eso desistieron de lo comenzado ántes se embravecieron mas y dieron en hacer mayores daños, pareciéndoles gran locura tornarse a rendir a los españoles habiendo alcanzado dellos tres tan insignes vic-

torias, y echádoslos de la mayor parte de sus tierras despoblando las ciudades en esta historia referidas. Y así estaba la tierra puesta en alborotos, y rodeadas de miserias, no ménos por la rebelion de los indios, que por las disensiones que habia entre el mariscal Francisco de Villagran, y el jeneral Francisco de Aguirre, aunque con esta victoria fué admitido con mejor gana Villagran al oficio de gobernador, que era la piedra del escándalo, y pasara el ruido mas adelante si no viniera del Perú quien lo ocupase.

Al fin deste mesmo año de 1575 estando la ciudad de Valdivia en la mayor prosperidad que jamas habia estado y la jente a los principios de su quietud y contento, quiso nuestro Señor que les durasen poco los solaces acumulando nuevos infortunios a los pasados. Sucedió pues en 16 de diciembre viérnes de las cuatro temporas de Santa Lucía, dia de apisicion de luna hora y media ántes de la noche que todos descuidados de tal desastre, comenzó a temblar la tierra con gran rumor y estruendo yendo siempre el terremoto en crecimiento sin cesar de hacer daño derribando tejados, techumbres y paredes, con tanto espanto de la jente que estaban atónitas y fuera de sí de ver un caso tan extraordinario. No se puede pintar ni describir la manera de esta furiosa tempestad que parecia ser el fin del mundo, cuya priesa fué tal, que no dió lugar a muchas personas a salir de sus casas y así perecieron enterradas en vida cayendo sobre ellas las grandes machinas de los edificios. Era cosa que erizaba los cabellos, y ponía los rostros amarillos, el ver menearse la tierra tan apriesa, y con tanta furia que no solamente caian los edificios, sino tambien las personas sin poderse detener en pié, aunque se asian unos de otros para afirmarse en el suelo. Demas desto mientras la tierra estaba temblando por espacio de un cuarto de hora se vió en el caudaloso rio, por donde las naos suelen subir sin riesgo una cosa notibilísima, y fué que en cierta parte del se dividió el agua corriendo la una parte de ella hácia la mar, y la otra parte rio arriba quedando en aquel lugar el suelo descubierto de suerte, que se vian las piedras como las vió don Pedro de Lovera, de quién saqué esta historia, el cual afirma haberlo visto por sus ojos. Ultra desto salió la mar de sus límites y linderos corriendo con tanta velocidad por la tierra adentro como el rio del mayor ímpetu del mundo. Y fué tanto su furor y braveza, que entró tres leguas por la tierra adentro, donde dejó gran suma de peces muertos, de cuyas especies nunca se habian visto otras en este reino. Y entre estas borrascas y remolinos se perdieron dos naos, que estaban en el puerto, y la ciudad quedó arrasada por tierra sin quedar pared en ella que no se arruinase. Bien escusado éstoí en este caso de ponderar las aflicciones de la desventurada jente de este pueblo que tan repentinamente se vieron sin un rincon donde meterse, y aun tuvieron por gran felicidad el estar léjos del, saliéndose al campo raso por estar mas seguros de paredes, que les cojiesen debajo como a otros que no tuvieron lugar para escaparse, i no solamente perdieron las casas de su habitacion, mas tambien todas sus alhajas, y

(1) Falta en el MS. una hoja que debia contener el fin de este cap. 40 y el principio del libro 3.º, 1.ª parte, cap. 1.º

preseas, estando todas sepultadas, de suerte que aunque pudieron despues descubrirse con gran trabajo fué con ménoscabo de muchas, y pérdida de no pocas, como eran todas las quebradizas con lo que estaba dentro, y otras muchas que cojian los indios de servicio, y otra jente menuda, pues en tales casos suele ser el mejor librado aquel que primero llega. Y demas desto se quedaron tan sin órden de tener mantenimiento por muchos dias, en los cuales padecieron hambre por falta de él, y enfermedades, por vivir en los campos al rigor del frio, lluvias y sereno y (lo que es mas de espantar) aun en el campo razo no estaban del todo seguras las personas; porque por muchas partes se abria la tierra frecuentemente con los temblores, que sobrevenian cada media hora sin cesar esta frecuencia por espacio de cuarenta dias. Era cosa de grande admiracion ver a los caballos, cuales andaban corriendo por las calles y plazas saliéndose de las caballerizas con partes de los pesebres arrastrando o habiendo quebrado los cabestros, y andaban a una parte, y a otra significando la turbacion que sentian, y acojiéndose a sus amos como a pedirles remedio. Y mucho mas se notó esto en los perros, que como animales mas llegados a los hombres se acojian a ellos, y se les metian entre los piés a guarecerse y ampararse mostrando su sentimiento, el cual es en ello tan puntual, que en el instante que apunta el temblor lo sienten ellos alborotándose tanto, que en solo verlos, advierten lo que están delante que está ya con ellos el terremoto. Este mismo sentimiento hubo en todos los animales jeneralmente tanto que se revolcaban por la tierra; y cada especie usaba de sus voces acostumbradas como ahullidos, relinchos, graznidos, cacareos y bufidos, con modo en algo diferente del suyo representando el interno sentimiento, y pavor con que se estremecian imitando a la mesma tierra. Mas oh providencia de Dios nunca echada menos en ninguna coyuntura, aunque sea en los que se muestra Dios mas bravo, y celoso de echar el resto en aflijir a los hijos de los hombres, nunca cansados de ofenderle. Que al tiempo que la tierra está atribulando a los aflijidos manda a los montes que dejada la natural alteza de sus cumbres se arrasen por tierra para remedio de lo que mirado desde abajo parece contrario como quiera que lo dé por medicina el que lo mira desde arriba. Cayó a esta coyuntura un altísimo cerro que estaba catorce leguas de la ciudad, y estendiendo la machina de su corpulencia se atravesó en el gran rio de Valdivia por la parte que nace de la profunda laguna de Anigua, cerrando su canal de suerte que no pudo pasar gota de agua, por la via de su ordinario curso quedándose la madre seca sin participar la acostumbrada influencia de la laguna. Quién dirá que hubo aquí aquellos efectos de la Providencia eterna experimentados en tiempo de Josué, cuando las aguas del Jordan retrocedieron contra su natural curso a la manera que dijimos poco ántes haberse dividido las aguas deste rio; y en tiempo de Moises cuando se abrió el mar Bermejo para dar paso a pié enjuto a los Israelitas. Pues ántes parece haber sido contrario todo lo que aquí sucedió este dia por que como entran en esta gran

laguna cinco ríos oriĝinados de otras de a veinte y treinta leguas de circunferencia cada una, con cuyo concurso era forzoso reventar este gran lago hallando cerrada la puerta por donde suele desaguar, que es este caudaloso río de Valdivia. Mas en efecto de verdad fué la traza de Dios tan importante que a no caer este cerro tan a punto cerrando el paso de las aguas que corrian velocísimamente se anegara toda la ciudad y sus confines con la salida de la mar la cual como halló la madre del río desocupada tuvo lugar de recojerse allí subiendo por ella arriba lo cual no fuera posible si se encontrara con el torrente ordinario que le impidiera el paso con su furia. Y fué tan grande la machina del cerro que tubo cerrada la boca del desagadero por mas de cuatro meses represándose siempre el agua en la gran laguna hasta que reventó haciendo los efectos que se dirán a su tiempo.

Y porque a las personas que han visto y leído poco desto se les podría hacer difícil de creer siendo testigo el reino entero, les quiero avisar de otros muchos prodijios de mayor admiracion que se han visto en el mundo, los cuales hallarán escritos en historias auténticas escritas en romance, latin, y otras muchas lenguas de diferentes. Cosa fué mui notoria, la ruina de la mayor parte de Antioquia, Damasco y Tripoli, causada de un terremoto semejante al que referimos, y lo mesmo sucedió en Sicilia, donde en semejante ocasion murieron mas de quince mil hombres habiendo en ello la circunstancia de la salida del mar con grande daño de toda la costa. Y tambien se sabe que en otro tiempo cayó en Italia gran fuerza de granizo tan grueso como huevos de avestruces, y hubo frecuentes eclípses del sol con otras señales de grande temor, y espanto de aquellas provincias. Y en el año de 1012, cuando los turcos de Persia tomaron la santa ciudad de Jerusalem precedieron a la desastrada pérdida estupendas señales y pronósticos, como salir la luna de color de sangre, y temblar la tierra con gran frecuencia, donde tambien cayó una columna de fuego a manera de una grande torre, y salió la mar de sus límites tan desenfrenadamente que destruyó muchas ciudades cercanas a la costa. Y en el año de 985 hubo en Roma, y su distrito un terremoto tan furioso que se hundieron muchas ciudades, de cuyo número fué la de Capua. Y en la ciudad de Bresa de Lombardía llovió sangre fina tres dias enteros. Y así mismo el año de 974, cayó en Roma una Piedra de extraordinaria magnitud, y se vieron muchas cruces en las capas de los hombres, y en el año de 850 hubo extraordinarios terremotos en la mesma ciudad de cuyos edificios se arruinó gran parte lastimosamente, y caian pedazos de nieve de a quince piés, y algunos mayores, y hubo cometa que echaba rayos tan fuertes que mataban los hombres; lo cual duró por espacio de cuatro meses. Y al tiempo que murió el Papa Silvestre II, y el emperador Oton hombre cristianísimo hubo señales monstruosas: y señaladamente un dia del mes de diciembre del año de 1003, cayó del cielo un grandísimo copo de fuego que ardió por largo rato, y despues parecia que estaba abierto el cielo en el lugar de donde habia caído; y del punto que

se cerró apareció en el mismo lugar una espantosa serpiente que aterraba al mundo con solo su aspecto. Tambien es cosa cierta haber aparecido muchas estrellas juntas al sol descubierto al tiempo que Augusto César tomó la posesion del imperio por muerte de su padre. Y en tiempo del consulado de Spurio Posthumis, y Quinto Minucio se vieron tres soles juntos en el cielo, y semejantemente tres lunas en tiempo de Domicio, y Lucio Antonio, y en el consulado de Marco Acilio, y Caio Porcio se escribe que hubo pluvia de leche y sangre, y otra de pedazos de carne en tiempo de Lucio Volumnio, y Servio Sulpicio. Y en el principado de Tiberio hubo el mas memorable terremoto que se sabe haber sucedido en el mundo con cuya violencia cayeron una noche veinte y una ciudades de las mas populosas que habia en Asia, y en el pontificado de Nicolas V hubo temblor en la ciudad de Nápoles, en que perecieron muchos millares de personas.

Y porque no sean las historias antiguas concluiré con una cuyo suceso es aun mas moderno que este de Chile, que contamos. Porque acaeció el año de 1580 en las terceras en una isla llamada de San George. Y si no fuera tan cierta, y sin jénero de duda la relacion que de ello tengo no me atreviera a referirlo en este lugar. Estando pues harto descuidada la jente de esta isla en el dicho año de 1580 postrero dia del mes de mayo comenzó a temblar la tierra con furor que entraba a capa y espada con zumbido que a los pavorosos oidos de los moradores parecia que hablaba diciendo hecha y derrueca; y así lo hizo, porque a pocos vaivenes dió con todo en tierra; pero no he dicho nada, ni lo es esto en comparacion de lo que resta, aunque fué tanto que hizo a pocos remesones no ser ciudades las que tres credos ántes lo habian sido. Luego inmediatamente reventó un cerrillo abriéndose en él una gran boca, por donde comenzó a salir fuego y tras esto salian piedras encendidas revueltas en una corriente de metal ardiendo: lo cual corrió hácia lo llano haciendo una manera de muro o baluarte espantoso al ver y al decir inesplicable, de jo de entremeterme agora en los llantos y sentimientos de los isleños, y sus fervientes oraciones, y plegarias remitiendo esto a la ponderacion del que leyere las causas dello. Y prosiguiendo con la historia digo que tornó aquel boqueron a lanzar piedras encendidas con tanta fuerza y estruendo como las bombardas arrojan sus balas; y habiendo subido por el aire gran trecho caian a manera de plomo derretido entre espesísimo humo de diversos colores. Abrióse esta boca hácia la parte austral, y habiendo echado de sí tan estupendo espectáculo por espacio de mas de tres horas se abrió otro boqueron hácia la parte del este, el cual tenia quince varas de travesia, comenzó a brotar fuego con gran priesa y arrojar por el aire piedras encendidas, todo lo cual se amontonó en lo llano cerca del otro monton, que salió por la boca austral; y con su grande fuerza atrajo hácia sí toda aquella machina incorporándola en sí misma con crecimiento y cúmulo estupendo. Despues desto se abrieron otras tres bocas, las cuales se fueron ensanchando hasta hacerse una de todas tres, y escupió piedras mayores que una gran casa cada una de las cua-

les, y el fuego que de ella manaba se fué haciendo un cerro, el cual tuvo fuerza para sacar al primero de su lugar uniéndole así mismo. Y hecho todo un cuerpo produjo de sí un río de fuego que fué talando toda la tierra, y abriendo con su fuerza una profunda canal enderezada al desventurado pueblo, fué corriendo por ella como amenazando que quería tragarlo con toda la jente, que por allí estaba. Pero llegando a una cruz que estaba adelante de la ciudad, al tiempo de embestir con ella le tuvo el respeto que se le debía a la que habia tenido en sí al fuego infinito, y consumidor que es Dios. Para apagar el fuego que destruye a los hombre no solamente en las almas, cual es el de la concupiscencia, sino tambien los cuerpos como este, que ahora vamos contando. El cual como no pudiese proseguir su camino prohibiéndoselo la cruz, que es el único remedio de los hombres, se dividió en dos brazos, que corrieron el uno hácia la mar, en cuyo curso topó una roca, y embistió en ella con grande furia, mas como ella era mui fuerte hízole resistencia, de modo que el río batía en ella como suelen las olas del mar estrellarse en semejantes riscos; y con los golpes que en ella daba saltaban chispas con que salpicaba el contorno. Y demas desto salian de aquella lucha unos relámpagos, que espantaban la jente de la isla. Mas como fué tanto el licor que se iba represando en esta peña vino a crecer de suerte que la excedió en altura i fué corriendo por cima de ella hasta dar en el agua de la mar: donde perdió su furia vencido de sus alas: el otro brazo del río se fué entrando por las huertas, viñas y cementeras destruyéndolo todo, aun hasta el mesmo terreno. Lo cual duró toda la noche entera. Y cuando salió el aurora con cuyo refrijerio esperaba la jente tener alguno, se abrió otro boqueron como los pasados exhalando de aquellos humos gruesos, que hacian a los aires no ser líquidos. Y con esto lanzó de sí centellas o ascuas de a 100 piés de largo y ancho, y algunas mayores. Y habiendo volado en tanta altura que se perdian de vista, venian a caer un cuarto de legua del lugar donde salieron, y se hallaba ser a manera de piedras encendidas, lo cual duró hasta la puesta del sol de este día que era tercero de la calamidad y segundo de junio. Y no paró aquí la monstruosidad (que así me parece puede llamarse), porque se abrió otra boca tan grande, que todas las referidas quedaron dentro della haciéndose todas unas, y salieron della escuadrones mui bien ordenados de piedras a manera de metal ardiente, las cuales fueron en órden por el aire, a manera de cuadrillas de zorzales, grullas, cuervos, hombres y otros animales descabezados; y algunas como bolos redondos poniendo en tanta perplejidad a cuantos las vian dudando si eran demonios transfigurados en tales bultos, mayormente por venir envueltos en nubes blancas, negras, verdes, moradas, rubias, azules, coloradas y amarillas. Era ya tres de junio y no tenia talle de ira ménos el tempestuoso torbellino, y juntándose la jente del pueblo en procesion por aquel campo regándole con hartas lágrimas vieron salir una nube a manera de exalacion encendida, que iba a embestirlos, con cuyo aspecto quedaron tan despavorcidos que huyó cada uno por su

parte, dejándose allí una cruz que llevaban y una imájen puesta en sus andas, y acudieron a la playa a meterse en las balsas entrándose desatinados por el agua que les daba a la cinta por escaparse del fuego. Mas como llegase la nube cerca de la imájen y cruz, halló tanta resistencia, que manifestando la violencia con que estaba reprimida estuvo una hora rechonando con un estruendo mayor que el de muchas bombardas juntas, hasta que se vino a deshacer en presencia de la cruz e imájen, por respeto de aquel Señor con cuyo poder se desvanecen como humo las potestades de las tinieblas con mas facilidad que se derrite la cera puesta al fuego.

Todo aquesto se echaba de ver en otro pueblo donde estaba un hombre mui caritativo, i fervoroso, el cual acudió con alguna jente en un batel bogando a toda priesa para dar socorro a los aflijidos con tantas causas y al tiempo que llegaba a desembarcarse tembló la tierra y mar desafortadamente, y se oyeron truenos mas furiosos que nunca juntamente disparó aquel volcan gran suma de balas encendidas y arrojándolas hácia el batel como cuando se juega el artillería de algun castillo marítimo contra los enemigos que entran en el puerto, y menudeaba la lluvia de pelotas de suerte que parecia estaban en el volcan cien condestables, y mil culebrinas y basiliscos. Mas era aquel buen hombre de tan varonil pecho, que por entre aquellos peligros saltó de presto en tierra, y recojiendo toda la jente se fué con ella hácia el volcan en procesion de sangre y lágrimas; y habiendo andado algun trecho toparon otra procesion de la misma forma, y alzando todos a una el alarido pidieron a Dios misericordia. La cual alcanzaron de su benignidad, que oyó sus clamores y puso en olvido (segun piamente se espera) los pecados de aquellos pueblos, como lo ha hecho siempre apiadándose de aquellos corazones rendidos y lo hará todas las veces que el hombre se convirtiere a Su Majestad de veras, no solamente con poner estanco al fuego semejante al de esta tempestad referida, sino tambien al eterno a que estaban condenados los que con sus iniquidades se habian aprovechado mal de su clemencia

CAPITULO II.

Del alzamiento de los indios circunvecinos a la ciudad de Valdivia y la paz a que se redujeron por algun tiempo.

Ya que los moradores de Valdivia pensaban haberse acabado sus trabajos, se les comenzó a tramarse otro de nuevo casi de mayor pesadumbre que el pasado. Y fué que los indios de aquel distrito que jamas habian tomado armas contra españoles, intentaron en esta ocasion dar en ellos por aflijir mas a los aflijidos, y la ocasion con que se movieron a esto fué haber salido algunos dias ántes cuatro mil dellos en favor y servicio de Martin Ruiz de Gamboa que los llevó en su ejército, a pelear con los araucanos, y tucapelinos satisfecho de la fidelidad que ellos guardaban como jente nacida y criada entre cristianos, y doctri-

nada en la policía y costumbres de la religion evanjélica. Y como estos se enseñaron a tomar armas, y estaban ya saboreados en ellas quedaron en tan mala maña que cuando volvieron a sus tierras las quisieron ejercitar contra los mismos cristianos de quien habian recibido la doctrina de la lei que profesaban, y los primeros que pusieron esto en ejercicio fueron los de Renigua y Lame, y Quinchiba, donde por principio de la rebelion mataron a dos españoles, que estaban seguros de semejante traicion y desafuero. Luego que vino el caso a oidos del correjidor que era el capitan Pedro de Aranda, Valdivia despachó con toda presteza un caudillo con algunos soldados, que atajasen el daño ántes que cudiese mas adelante, y por otra parte envió mensajeros a los pueblos de su distrito para que estuviesen con centinela, y atalaya, la barba sobre el hombro, para prevenir los inconvenientes a que suelen dar entrada los descuidos. Y por tomar esto mas de propósito salió el mesmo en persona con el mayor número de jente que halló a mano; pero halló tan fortalecidos y pertrechados a los indios que juzgó ser temeridad el acometer por entónces hasta aumentar mas su compañía. Y para esto envió a dar aviso a un caudillo que andaba corriendo la tierra enviado del correjidor de la ciudad Rica para que acudiese luego a socorrerle segun la necesidad lo demandaba, mas como este era de otra jurisdiccion no se atrevió a hacer mudanza sin comunicar primero a su correjidor, que era Arias Pardo Maldonado, el cual no solamente condescendió con esta peticion tan justa, mas tambien salió el mesmo en persona con estar medio tullido, y llevó consigo 22 hombres, que fueron los mas que pudo juntar en tiempo de tanta priesa. Y como le cojiese la noche junto al desaguadero de Renigua no pudiendo pasar adelante envió doce hombres con su capitan los cuales llegaron al amanecer donde estaba el capitan Pedro de Aranda a coyuntura que los indios intentaban acometerle, mas como vieron jente de socorro se detuvieron algun tanto hasta que aclarase mas el dia, en cuyo intervalo se fué juntando mas jente de a caballo, con la que dieron los nuestros en los indios haciéndolos retirar desamparando su alojamiento. Verdad es que se iban retirando con tal órden, que no cesaban de pélear echando espesa lluvia de piedras sobre los nuestros por ser mui pocas las armas que tenian a causa de no ser jente ejercitada en batallas. Estando en este conflicto llegó el capitan Arias Pardo Maldonado, con cuyo socorro se animaron los españoles, y dieron a huir los enemigos, desapareciéndose en breve tiempo. Y pareciéndole al capitan Valdivia que se negociaria mejor con estos por otro término respecto de ser jente criado en paz, y ejercitada en ella determinó de ir en persona a hablar con los capitanes del bando indio tratando con ellos de su remedio que era dejarse de alborotos y asentar el pié viniendo en paz, y quietud como hasta entónces pues eran cristianos bautizados, y sabian bien quanto les convenia no innovar las cosas tan importantes al bien de las almas, y sociogo de sus hijos y mujeres. A lo cual respondieron ellos que el haber muerto a los dos españoles no se debia atribuir a rebelion sino a cólera encendida con millones

de causas, injusticias, y opresiones, que les hacian por momentos: por ser el uno griego, llamado Dimo, y el otro de tan mala condicion como él cuyo nombre era Pero M. Redondo. Y que cuando hubieron salido de medida pretendiendo alzar bandera contra los españoles no se les debia atribuir a deslealtad, pues eran tantos los motivos que tenian para ello viéndose llevar por fuerza a manadas como carneros, o entender en cosas de excesivo trabajo, y totalmente contra su natural, como eran la guerra, y labor de las minas, y otras ocupaciones, en que los trataban como a jumentos cargándolos de noche, y de dia despues de haberlos apartado muchas leguas de sus casas, hijos, y mujeres. Procuró el capitán apaciguarlos diciendo que ellos tenian la culpa en no haberle dado parte dello representándole los agravios, de que justamente se quejaban. En lo cual él protestaba de poner remedio de allí adelante si querian rendirse luego: donde no los daria luego por rebeldes ejecutando el castigo que merecen los que están declarados por tales. La respuesta que ellos dieron a estas palabras no fué con otras palabras sino con obras tirando muchas piedras y saetas entre grande mormollo de alaridos y amenazas hechas a los nuestros. Los cuales aunque pelearon valerosamente, no pudieron resistir la lluvia de piedras que los cubria, por ser tan espesa como granizo en tiempo de grande tempestad. Por esta causa se retiraron no pudiendo hacer otra cosa hasta que dentro de pocas horas llegaron españoles de socorro con algunos indios amigos. Y a esta sazón se habian los indios encastillado otra vez en su palizada, que era mui alta; y no pudiendo los nuestros acometerles facilmente salió el capitán con 20 de a caballo subiendo a lo alto de la cordillera para cojerlos por las espaldas dando en ellos desde un lugar que estaba mas alto que su fuerte, mas halló en medio del camino un paso mui escabroso y tomado de enemigos, cuya dificultad le obligó a retirarse a su alojamiento topando en el camino otros españoles de la ciudad de Valdivia con algunos indios amigos para socorrerle.

En el interin que el capitán Aranda andaba en esto le pareció al capitán Arias Pardo Maldonado probar la mano en tratar con los indios de los medios de paz llegándose para ello a la entrada de su fortaleza. Era este caballero mui discreto, prudente, y bien hablado, cuyas razones fueron de tanta eficacia para con los indios que los vino a convencer de modo que condescendieron con él, con tal que les asegurase la vida. Volvió Arias Pardo mui contento con esta respuesta, y trató con el capitán Aranda, que habia ya llegado al real; este caso, el cual se puso luego en consulta entre todos los vecinos, y hombres prácticos que allí habia. Y habiendo pasado hartos dares y tomares, y considerado el negocio atentamente fué la resolucion que los indios se admitiesen a la paz con tal que dejasen el fuerte y restituyesen todo el ganado, y herramientas de mina con el oro que habian tomado a los dos hombres que mataron, y que sirviesen en adelante como hasta allí lo habian hecho fiándose de la cristiandad de los españoles que soldaria la quiebra que habia intervenido en su buen tratamiento y justicia que se les debia. Y habiéndose

se declarado a los indios la determinacion de los españoles enviaron a un cacique hermano del capitán jeneral con cuatro indios al real de los españoles como por prenda, y seguridad de la paz, y los demas desampararon el fuerte aquella noche yéndose a vivir a sus pueblos como solian. Y así mismo los españoles habiendo paseado, y desbaratado el fuerte se volvieron seguramente yéndose cada uno a su casa por el camino que habia venido.

Dentro de quince dias tornaron los indios a inquietarse, o por temor de que habian de ser castigados por la rebelion pasada, o por querer restaurar su libertad, como ya lo habian intentado, y confederándose todos los que habian en el distrito de cuatro ciudades que eran Valdivia, Osorno, la Imperial, y la ciudad Rica, salieron todos a una declarándose por rebelados, y corriendo la tierra mataron los españoles que pudieron haber a las manos, y quemaron las sementeras, chozas y caserías de los españoles, cojiendo todo el ganado que habia por los ejidos, y haciendo otros muchos daños semejantes. Y prosiguiendo en esta destruccion llegaron a la laguna de Ranco donde estaban ocho españoles con gran número de indios domésticos, los cuales por tener allí sus casas y haciendas se pusieron en defensa de ellas no osando los agresores proceder adelante por hallar en ellos tanta resistencia, y echando de ver que tenian necesidad de mas jente para llevar adelante la guerra contra los españoles convocaron a unos indios llamados puelches, que es jente mui apartada de la demas del reino y vive en unas cierras nevadas con gran pobreza sin traza de pueblos ni órden en su gobierno sino como cabras monteses, que donde les toma la noche allí se quedan y por ser esta jente mui diestra en el arco y flecha y deseosa de tener dinero; los convidaron estos rebelados prometiéndoles estipendio por que les ayudasen en la guerra. En tanto que ellos andaban haciendo jente envió el capitán Aranda un caudillo con alguna jente a los llanos para impedir a los enemigos sus corredurías, y otro a la provincia de Ranco, y fué Hernando de Aranda Valdivia pariente suyo, y mui versado en las cosas de guerra. Acertaron los indios a dar con una destas cuadrillas, que tenia solos ocho hombres y dando en ellos los hicieron retirar escapándose a uña de caballo excepto uno que quedó en las suyas cuya cabeza pusieron en medio del camino en la punta de una lanza por triunfo de su victoria y temor de los españoles. Y fuera el negocio mui adelante si no concurriera prestamente mucha jente española entre ellos el capitán Juan de Matienzo con doce hombres, que fueron de mucho efecto para refrenar a los indios algun tanto, y mucho mas los que despues llegaron con el correjidor Pedro de Aranda Valdivia que salió con cincuenta hombres a la provincia de Ranco donde estaban mas de 4,000 indios de guerra con propósito de no pasar hasta echar a los españoles de su tierra. Estos no entendian que dieran tan presto con ellos los españoles y así se alborotaron por no estar aun fortalecidos y así se fueron a gran priesa a lo alto de un cerro asperísimo que tiene por una parte la gran laguna de Ranco, y por la otra un caudaloso rio,

y por la subida una piedra tajada por donde no podian subir hombres sino yendo uno a uno. Era el lugar inespugnable, y tan lleno de piedras que con tres hombres que las arrojaran impidieran la subida a un gran ejército. Y así no fué posible acometerles por entónces hasta que estuviesen en lugar mas acomodado para los nuestros. Por lo cual acordaron de dar sobre otro gran escuadron de dos mil indios que estaban encastillados junto a un rio por donde les entraba el mantenimiento, del valle de Maque que está de la otra banda. Tuvo el capitan Juan de Matienzo deseos de hacer suerte en esto y embarcando la jente que pudo en las canoas que fueron treinta hombres se quedó con cincuenta por no haber mas en ellas, y viendo que era poca jente se determinó a pasar el rio a vado aunque con gran peligro arrojándose él delante de todos con lo cual los obligó a ir en su seguimiento. Y fué tan bueno el lance que los indios de aquella tierra se encojieron y arrinconaron no osando ponerse a brazos con los nuestros: y los puelches, que eran noveles, y por no saber de aquel achaque salieron mui orgullosos flechando sus arcs, y crujiendo sus hondas; hubieron de volver sus espaldas a la segunda instancia, y sin mas dilacion salieron renegando de la tierra, y acojiéndose a la suya con propósito de no trabarse mas con los españoles en los dias de su vida.

CAPITULO III.

De la salida que hizo la laguna de Renigua, y desbarate del fuerte de Liben y Mangue.

Ya queda dicho en el capítulo 2.º la represa que hubo en la gran laguna de Renigua a los seis dias del mes de diciembre de 1575. Habiendo pues durado por espacio de cuatro meses y medio por tener cerrado el desaguadero con el gran cerro que se atravesó en él; sucedió que al fin del mes de abril del año siguiente de 76 vino a reventar con tanta furia como quien habia estado el tiempo referido hinchándose cada dia mas de suerte, que toda el agua que habia de correr por el caudaloso rio la detenia en sí con harta violencia. Y así por esto como por estar en lugar alto salió bramando, y hundiendo el mundo sin dejar casa de cuantas hallaba por delante que no llevase consigo. Y no es nada decir que destruyó muchos pueblos circunvecinos anegando a los moradores y ganados, mas tambien sacaba de cuajo los árboles por mas arraigados que estuviesen. Y por ser esta avenida a media noche cojió a toda la jente en lo mas profundo del sueño anegando a muchos en sus camas, y a otros al tiempo que salian de ellas despavoridos. Y los que mejor libraban eran aquellos que se subieron sobre los techos de sus casas, cuya armazon era de palos cubiertos de paja y totora como es costumbre entre los indios. Porque aunque las mismas casas eran sacadas de su sitio, y llevadas con la fuerza del agua, con todo eso por ir muchas de ellas enteras como navíos iban navegando como si lo fueran y así los que iban encima podian escaparse mayormente siendo indios, que es jente mui cursada en andar en el agua. Mas hablando de los de la ciudad de

Valdivia habia tanto que decir acerca desto que excediera la materia a lo que sufre el instituto de la historia.

Estaba en esta ciudad a esta coyuntura el capitán don Pedro de Lovera por corregidor de ella, el cual temiendo muchos dias ántes este suceso habia mandado que la jente que tenia sus casas en la parte mas baja de la ciudad que era al pié de la loma donde está el convento del glorioso patriarca San Francisco, se pasase a la parte mas alta del pueblo; lo cual fué cumplido exactamente por ser cosa en que le iba tanto a cada uno. Con todo eso cuando llegó la furiosa avenida puso a la jente en tan grande aprieto que entendieron no quedara hombre con la vida, porque el agua iba siempre creciendo de suerte que iba llegando cerca de la altura de la loma, donde está el pueblo; y por estar todo cercado de agua no era posible salir para guarecerse en los cerros si no era algunos indios, que iban a nado de los cuales morian muchos en el camino topando en los troncos de los árboles, y enredándose en sus ramas; y lo que ponía mas lástima a los españoles era ver a muchos indios que venian encima de sus casas, y corrian a dar consigo a la mar, aunque algunos se echaban a nado y subian a la ciudad como mejor podian. Esto mesmo hacian los caballos, y otros animales, que acertaban a dar en aquel sitio procurando guarecerse entre la jente con el instinto natural que les movia. En este tiempo no se entendia en otra cosa, sino en disciplinas, oracion, y procesiones, todo envuelto en hartas lágrimas para vencer con ellas la pujanza del agua, aplacando al Señor que la movia. Cuya clemencia se mostró allí como siempre poniendo límite al crecimiento a la hora de medio dia porque aunque siempre el agua fué corriendo por el espacio de tres dias, era esto al peso a que habia llegado a esta hora que dijimos, sin ir siempre en mas aumento como habia ido hasta entónces. Y entenderáse mejor cuan estupenda y horrible cosa fué la que contamos suponiendo que está aquel contorno lleno de quebradas y rios, y otros lugares, tan cuesta abajo por donde el agua iba con mas furia que una jara, que con estos desaguaderos no podía tener el agua lugar de subir a tanta altura, no fuera tan grande el abismo que salió de madre. Finalmente fué bajando el agua a cabo de tres dias, habiendo muerto mas de mil y doscientos indios, y gran número de reses sin contarse aquí la destruccion de casas, chacaras y huertas, que fuera cosa inaccesible.

Y pareciéndole a don Pedro de Lovera que podia haber a rio vuelto ganancia de pescadores, tuvo recelo de algun desban que podia suceder en el valle de Maque y en el fuerte de Lliben por donde andaba el capitán Pedro de Aranda veinte leguas de la ciudad. Envió a Hernando de Salazar vecinos della a visitar aquel distrito dando por él una vuelta a ver si el capitán Aranda estaba necesitado de su socorro. Caminó este caudillo con algunos soldados con gran trabajo por estar la tierra mui mojada y llena de troncos de árboles, y vascosidad que hacia el camino impertransible. Por lo cual cejó por otra vereda de un camino poco usado y a una legua poco mas fué a dar en un pueblecillo, don-

de se iban juntando los indios de guerra en tanta suma, que había ya diez i siete caciques con sus escuadras, mas como no les pasaba por pensamiento haber de llegar español allí en toda la vida estaban tan descuidados de tal suceso que aquellos pocos de españoles con no pasar de doce fueron bastantes a desbaratarlos por dar en ellos tan inopinadamente. Y aunque algunos acudieron a las armas, y se defendieron un breve rato, fueron muchos mas los que huyeron por diversas partes procurando quitarse delante de los ojos de los españoles. Y fueron estos los mejor parados aunque anduvieron, porque los demas que se pusieron a hacer resistencia quedarón mal heridos, y algunos muertos y no pocos presos en manos de los yanacónas que iban en compañía de los españoles. A todos estos que eran mas de doscientos mandó Hernando Salazar poner a recaudo en una casa que allí estaba en la encomienda de Esteban de Guevara, de donde envió aviso al capitan don Pedro de Lovera, el cual acudió a ello con veinte hombres y hizo justicia de los principales cabezas de los rebelados, y con esto se volvió a su casa dejando órden al capitan Salazar de que fuese prosiguiendo el castigo en los demas que eran sus secuaces aunque ménos rigorosamente.

Poco despues acudió el capitan Aranda a poner cerco al fuerte de Lliben, donde habia gran suma de enemigos, y habiendo estado veinte dias sin poder hacer suerte por estar mui trincheados y fortalecidos con todo jéneros de pertrechos, se vino a meter en cólera cansado de tanto esperar, de modo, que quiso aventurarse por no perder mas tiempo sin sacar fruto: para esto llevó su jente, a un lugar que caia sobre la fortaleza para entrar por un paso harto peligroso, por no haber otro descubierto, y aunque los enemigos les arrojaron menuda lluvia de piedras y saetas se abalanzaron por entre ellas, en razon de acabar de una vez con esta empresa. Acudieron los rebelados al lugar por donde eran acometidos dándole a los españoles que estaban fuera para arrojarlos por entre las albarradas miéntras ellos estaban entretenidos con la escuadra en que el capitan andaba, y desta manera les dieron trato por tres partes de suerte, que los desatinaron no dándoles vado a tomar acuerdo, y aunque acometieron a todas partes peleando por un rato cayendo, y levantando hubieron luego de dejar las armas, y desamparar la fortaleza poniéndola toda en los piés y aun quisieran tener para ello alas de ave. Mas con todo eso quedaron mas de quinientos en el lazo. Unos que murieron en la batalla, y otros de quien se hizo justicia por haber sido causa della. Mas el efecto fué un gran temor que se metió en los corazones de los indios, con el cual se fueron rindiendo poco a poco a los españoles acudiendo a dar la paz, y pedir perdon de lo pasado.

CAPITULO IV.

De la batalla y desbarate del fuerte de Renigua y otros encuentros que tuvo el capitán Pedro de Aranda con los indios.

Con estos servicios que el capitán Pedro de Aranda Valdivia iba haciendo a su majestad sin cesar noche, ni día de andar allanándole la tierra, iba cobrando mucho crédito y animándose a proseguir semejantes obras y otras mayores ofreciéndose ocasiones para ello. Y habiendo salido con la victoria pasada salió de allí a poco a otro encuentro del mismo tenor dejando en el sitio de Ranco a un capitán con veinte hombres por acudir él mismo a desbaratar el fuerte de Renigua, a donde se partió con treinta soldados y buen número de indios a 8 días del mes de mayo de 1576. Y habiéndole acudido alguna jente de la ciudad de Valdivia formó un escuadrón de setenta de a caballo, y otro de indios amigos con que acometió el fuerte de Guarou; donde habia pocos mas de 2,000 enemigos encastillados. Estos estaban con las armas en las manos aguardando a los nuestros; pero viendo que eran mas que ellos habian pensado, desampararon el fuerte, y se metieron en un sitio algo mas retirado, que tenia por una parte la gran laguna, y por otra una cerranía mui escabrosa, y lo que estaba en la parte anterior era un espeso bosque de suerte, que por todas partes estaba el lugar fortalecido. Demas de lo cual hicieron sus trincheas, y valuartes de donde salian cada día a escaramuzar con los nuestros retirándose presto sin aguardar largos embites. Y como no fuese posible estar los de a caballo donde ellos estaban, mandó el capitán hacer cuatro canoas, en las cuales entró alguna jente, y fué navegando por la laguna para hallar entrada mas fácil, y para que otra escuadra que iba por tierra tuviese tambien lugar para entrar en el fuerte con el amparo de los que iban en las canoas a facilitarles el paso. Y acometiendo al fuerte por ambas partes se trabó una sangrienta pelea en juéves 7 días del mes de abril [sic] del mismo año de 1576. Y fué tal el aprieto en que se vieron los indios en este trance, que el mayor cuidado que finalmente tuvieron fué el mirar cada uno por donde podia evadirse por estar tan difícil la salida para ellos como lo habia estado la entrada para los nuestros o poco ménos. Mas con todo eso quedaron muchos muertos, y otros presos de los cuales se hizo justicia con ejemplares castigos para escarmiento de los demas rebelados. Fué de mucha estima esta victoria en toda la tierra, y en particular en Valdivia, donde se hicieron devotas procesiones dando gracias a Nuestro Señor por ella; y alegres regocijos en significacion del contento que della procedia. Halláronse en este encuentro, y los pasados, Rodrigo de Sande, Hernando de Aranda Valdivia, Francisco de Herrera Sotomayor, Juan de Matienzo, Juan de Alvarado el mozo; Alonso Dominguez de Blanca, y don Alonso Mariño de Lovera entre los demas caballeros que están arriba nombrados.

Y aunque el capitán Arias Pardo Maldonado se habia hallado en

algunos de los lances referidos como está dicho, mas en este último estuvo ausente por permission divina acudiendo a la ciudad Rica, donde era correjidor para evitar una maraña, que se iba tramando entre los indios. Y fué que uno de ellos llamado don Juan Vilinango cacique principal, y gran hechicero, tanto que era tenido de los indios por inmortal, intentó destruir a la ciudad Rica matando en una noche a todos los moradores della. Para esto envió mensajeros a los pueblos comarcanos, y con ellos un collar suyo de piezas de oro perlas, y turquesas, que por ser mui conocido en la provincia lo envió por señal para que los indios viniesen seguramente certificados de la victoria con la palabra de una persona de tanta autoridad entre todos ellos. Y habiéndose juntado hasta doce mil poco mas o ménos se conjuraron de matar a los españoles sin dejar hombre a vida so pena de perjuros, y de ser tenidos por infames. Para efectuar esto tomaron ocasion de las procesiones de la semana santa con cuyo achaque metió este cacique a los doce mil indios en la ciudad para ejecutar sus intentos el último dia de la pascua que era el de San Márcos, y pretendiendo hacerlo mas a su salvo se confederaron con los yanaconas de servicio, los cuales habian de cojer las sillas, y frenos a sus amos para que no fuesen señores de sus caballos, que era lo mesmo que dejarlos sin pié y manos. Estando el negocio tan a pique que no faltaba sino llegar la hora señalada plugo a Nuestro Señor de descubrir la conjuracion por medio de un inlio del Perú yerno del mesmo don Juan Vilinango, el cual por ser de otra nacion mas noble, y tener mas arraigada en su alma la lei de Cristo que los chilenes, no quiso permitir tan gran traicion pudiendo facilmente desbaratarla con dar el aviso que dió al correjidor Arias Pardo Maldonado. Este por ser hombre discreto y buen cristiano acudió ante todas cosas al remedio mas eficaz, que fué mandar que se dijese una misa solemne con invocacion del Espíritu Santo a la cual hizo que se juntase la mayor parte de la ciudad hallándose él allí con la mayor devocion y lágrimas que pudo. Y comunicando allí lo que se tramaba con algunas personas secretamente se fué luego derecho al lugar donde estaba el jeneral Vilinango con el capitan Antequin, Coninango, don Francisco Guembo, Talmavida, Juan Reque, y los demas que por todos eran doce, y los prendió y mandó poner a recado, donde los examinó haciendo escrutinio de sus intentos, los cuales descubrió manifestamente por confesion de muchos dellos, y en particular por la de un cacique mui ladino llamado don Martin Vilinango, que declaró de plano todo lo que se tramaba. Y por ser negocio en que iban tantas cabezas lo consultó el correjidor con algunas personas graves, y llevó algunos relijiosos que dispusiesen para morir a los presos estando él mesmo toda aquella noche a caballo con alguna jente armada por prevenir con bastante resguardo el alboroto que podria haber entre los indios. Y cuando queria ya amanecer mandó ahorcar los caciques presos en la plaza de la ciudad para que saliendo la luz del dia fuesen vistos de los suyos, y tomasen escarmiento con tan doloroso espectáculo para ellos. Y cuando vió que habia gran número

de indios puestos a la mira llorando a sus capitanes salió él mesmo a la plaza, y les hizo un largo razonamiento intimándoles cuan mal les estaba intentar ocultamente cosa contra los cristianos teniendo experiencia de que siempre Dios descubria sus lazos al tiempo que ellos pensaban tenerlos asidos en ellos.

Con todo esto estaban los indios tan obstinados, y con el freno entre los dientes, que aunque por algun tiempo no osaron descomponerse, finalmente vinieron a brotar la ponzoña, congregándose como primero en un lugar que estaba seis leguas de Valdivia. Y por haber allí muchas casas de mita a donde solian acudir españoles las quemaron todas dejando solo una, donde ellos se iban recojiendo para la guerra. Tuvo el capitan Arias Pardo Maldonado noticia de este desconcierto, y despachó con gran presteza a un capitan llamado Juan de Almonacid con alguna jente que lo remediase. La cual habiendo caminado toda la noche llegó ántes de amanecer a la casa donde estaban los indios totalmente descuidados y dormidos. Y aunque al punto que los nuestros llegaron a la puerta comenzaron algunos indios a alborotarse, pero valióles mui poco por haberla cerrado el capitan por de fuera sin dejarles portillo por donde pudiesen evadirse y por acabar de una vez con ellos puso fuego a la casa queriendo quemarlos con ella como lo hizo, sin escapar hombre de los ciento y setenta que dentro estaban. Al alarido que estos levantaron con la agohía de la muerte, y mucho mas al resplandor del fuego, y volar del humo acudieron los indios que se hallaron mas cercanos, y juntándose quinientos dellos trabaron furiosa refriega con los nuestros arremetiendo como tigres con la rabia que tenian de ver quemados a los suyos tan lastimosamente, mas lo que medraron en la feria fué dejar allí las vidas los mas de ellos escapando mui pocos y esos con harta ocasion de quedar escarmentados.

Andaban en este tiempo las cosas tan revueltas en los términos de Valdivia, Osorno, i la ciudad Rica, que parecia la mesma tierra brotar enemigos, pues apénas se habian allanado en una parte cuando salian por otra en mayor número. Esto sucedió en particular con achaque del desbarate referido en el fuerte de Lliben, de donde salieron los indios de vencida como está dicho, y el capitan de ellos fué preso por mano de un cacique de los confederados con los españoles llamado Mellid, que vivia cerca de estos indios rebelados. Los cuales por tomar venganza del cacique por haber puesto a su capitan. Tipantue en mano de españoles acudieron poco mas de dos mil de ellos al distrito de Mellid, donde le mataron con muchos de los suyos, y ejecutaron su crueldad en destruir sementeras y ganados llevándose de camino los que podian. Y así por esto como por ver que les llevaban las mujeres se pusieron en defensa los indios de aquel repartimiento del capitan Juan de Mantienzo usando de una estratajema para poder valerse que fué echar fama, que llegaba cerca jente española en su defensa diciendo a voces; aquí, aquí, señores, como si los tuvieran a la vista. Retiráronse con esta voz los enemigos creyendo ser verdad lo que se decia; pero

despues que entendieron haber sido burla, i finjimiento de esotros indios tornaron a revolver sobre ellos a tiempo que llegaban españoles de los llanos tan a punto, como si hubieran medido el número de los instantes de tiempo, y pasos de camino. Y como los vieron los contrarios al tiempo que se abalanzaban sin tal pensamiento dieron la vuelta con tanta velocidad como habian tomado la corrida para dar en los otros indios. Dióles esto mucho que pensar y mucho mas sus mismo agüeros por los cuales tienen por cierto que nunca les podrá ir bien en alguna fortaleza donde una vez fueron vencidos y por esta causa se apartaron un poco de aquel lugar acojiéndose a otro de una llanada, que está entre la laguna y el rio fortalecida de uno y otro para no ser acometidos facilmente. Miéntras andaban ellos en estas mudanzas despachó el capitán Pedro de Aranda Valdivia doce hombres con un caudillo llamado Francisco de Pereira Sotomayor, que a la sazón era alcalde de la ciudad, persona mui benemérita en este reino y en el Perú donde habia servido a su majestad, y poco despues envió a su hermano Hernando de Aranda Valdivia con otra compañía de soldados saliendo él mesmo a acompañarle hasta una loma que llaman de Curaca, desde la cual tomó él otro camino hacia los llanos para llegar a la ciudad de Osorno, a recojer jente con que llegó dentro de tres dias a la provincia de Lliben a ordenar el campo con los que habia enviado adelante, y algunos otros enviados del correjidor don Pedro Mariño de Lovera con la munición y arcabucería. Tenian los indios ya hechas sus trincheras, y baluartes, y un foso mui malo de pasar por el mucho lodo y agua que habia con la aspereza del invierno, que era entónces tres de julio del dicho año. Mas con todo eso se arrojaron los españoles a pasar aquella cava tan dificultosa tomando para ello la madrugada a la sazón que los mas de los indios estaban algo retirados en un lugar donde se habian juntado a sus borracheras dejando solos 300 en guarda del foso y albarradas. Y aunque estos que estaban en custodia, y centinela quisieron al primer ímpetu defenderse, fué tanta la fuerza de los españoles que les hicieron ir mas que de paso habiendo alanceado muchos dellos. Y no contentos con esta presa prosiguieron, en rompiendo el dia, por la tierra adentro corriéndola a todas partes hasta dejarla limpia de enemigos tomándoles el ganado que ellos habian robado a los indios de paz de la comarca.

CAPITULO V.

De la batalla que hubo entre el capitán Arias Pardo Maldonado y los indios de la ciudad Rica y otros encuentros.

Nunca faltaban en estos tiempo frecuentes desasociados en todo el reino y mui en particular en los lugares circunvecinos a las ciudades de arriba tanto que aun el dia de la fiesta de Corpus Cristi no dejaron los bárbaros de inquietar a los que se habian recojido en la ciudad Rica a celebrarla juntándose ellos dos dias ántes a fiestas de embriaguez, y bailles segun sus ritos en un cerro mui escabroso para sustentar en él gue-

rra contra los nuestros. Y así la víspera de esta festividad hubo de salir la mayor parte de la jente de pelea que habia en el pueblo, que fueron hasta treinta hombres con su capitan Arias Pardo Maldonado llevando consigo hasta dos mil indios yanaconas. Y habiendo caminado todo el dia llegaron a la noche a la vista del fuerte de los enemigos, para cuyo encuentro y asalto se dividió la jente en dos escuadras que acometieron por diversas partes segun la disposicion del sitio permitia. Y aunque a los principios se tuvieron los indios en buenas con la primera cuadrilla que acometió por la frontera, mas despues que vieron otro escuadron que cargaba por las espaldas perdieron luego el ánimo, y desampararon el fuerte con disminucion de su jente, y aun los que salieron huyendo no todos se fueron alabando por el gran coraje con que los indios yanaconas iban siguiendo el alcance sin perdonar a hombre que pudiesen cojer debajo de su lanza. Con esta victoria se vino a celebrar la fiesta del Santísimo Sacramento con mayor solemnidad que se habia pensado añadiéndose la accion de gracias que por tal merced se debia al Señor, a quien aquel dia estaba dedicado.

No se descuidaba en este tiempo el capitan Pedro de Aranda Valdivia de correr la tierra y enviar jente que hiciese lo mismo por todas partes señalando adalides, que capitaneasen los corredores y en particular a Gaspar Biera vecino de Valdivia, hombre de calidad animoso y de buenas costumbres, a quien puso por caudillo de la provincia de Mangué. Este usó de los medios posibles para traer a los indios de paz, aunque tambien era riguroso con los que hallaba rebeldes, y así redujo a muchos dellos en el tiempo que tuvo este cargo hasta que le sucedió en él Salvador Martín por estar él necesitado de algun descanso. Empleóse siempre estecaudillo en correr el campo, que a la sazón estaba mal seguro por andar en él los indios puelches haciendo suertes en los naturales dándoles su merecido por haberlos ellos convocado contra los españoles cuando se rebelaron segun está arriba referido. Dióse este capitan tan buena maña que venció dos veces a los puelches en batallas que con ellos tuvo y limpió el distrito de estas sabandijas, que andaban robando a los naturales de él no solamente las haciendas y ganados, sino tambien los hijos y mujeres.—A esta conyuntura llegaron a este reino trescientos y setenta y siete españoles enviados de su majestad con el capitan Juan de Losada del hábito de Santiago para aumento de las ciudades, y persecucion de la guerra comenzada. De estos envió al gobernador Quiroga setenta hombres a la ciudad de Valdivia con el capitan Gaspar Verdugo que los llevó por mar, y los entregó al mariscal Martín Ruiz de Gamboa que habia ya llegado con poderes del gobernador su suegro para asistir a las cosas ocurrentes en los términos de las ciudades de arriba. Fué esto de mucho efecto para impedir una conjuracion de indios convocados por un cacique de Renigua, y Guaron llamado Ripillan contra el cual salió el mariscal Gamboa con los soldados que habian venido de refresco con cuya salida cesó el daño que se iba tramando por el temor que los indios tuvieron de oponerse a tanta jente, y así

se hubo de quedar solo el cacique promotor del alzamiento. Y lo que resultó de la maraña fué el venir los indios cruzados las manos a los piés del mariscal rindiéndose a él con grandes ofertas, i servicios, y dando escusas de las sospechas que de ellos habia tenido. Admitiéndolos Gamboa con buen semblante con tal que le trajesen a su presencia al indio Ripillan causador del desasociado dándoles palabra de poner en olvido todos sus delitos si se le ponian en las manos. Juntáronse para esto cincuenta caciques con toda la jente de sus pueblos, y echaron todos los rodeos que al parecer dellos podian para cojerlo, aunque se entendió ser de cumplimiento, pues al cabo de 8 dias volvieron al mariscal sin la presa que deseaba. El mostró entónces mucho enojo, y los persuadió a que le diesen contento, donde no, que esperasen de él poca amistad, pues andaban tan fuera de su gusto con esta amenaza, y otras en que les mostraba mas los dientes tomaron los indios el negocio de veras, sin dejar rincón donde no le buscasen hasta dar con un cuñado suyo que murió a puros tormentos por no querer confesar donde estaba; como tambien lo negó su mesmo hijo, que murió despues en el tormento por guardar a su padre la lealtad que le debía, mas en fin donde entran mujeres de por medio no hai que hacer mucho caso de secreto. Despues de haber muerto, el hijo, y el cuñado por no descubrir el lugar donde Ripillan estaba, vino su mesma mujer a caer en manos de los indios que andaban en la pesquisa, la cual con temor femeníl, que suele ser casi tan grande como sus bríos y coraje, cuando se enciende, los llevó a un risco, donde su marido estaba metido entre unas peñas donde apenas acertara el mesmo diablo de la peña. Y como los indios intentasen persuadirle a que fuese de su voluntad, i pidiese perdón del crimen cometido, pretendió él por el contrario inducirlos a proseguir el alzamiento sin querer rendirse por bien, ni por mal hasta que un cacique llamado Chao le atravesó la lanza por el cuerpo, cuya cabeza quitada de los hombros fué llevada en la punta de la mesma lanza al mariscal Gamboa acompañada de otras dos, que eran de un hijo, y una mujer que consigo tenia demas de los referidos. Mas no es de espantar que una persona que era india y mujer las cuales son dos cosas que arguyen pusilanimidad y falta de firmeza entregase por temor a su marido mayormente no siendo ella sola su esposa, pues no sabemos haber hecho lo mesmo Eriphila por solo el interés del oro que le dió Adraastro en un collar entregándole a su marido Anfiaro, que estaba escondido en un lugar oculto. Y tambien se lee haber caído en la mesma nota la famosa Helena que vencida del amor puso a su marido Deiphomo en manos de los griegos al tiempo que estaba durmiendo. En efecto con este castigo de Ripillan y la riza, que iba haciendo Gaspar Viera, en el valle de Mangué, donde venció tres veces a los puehles se vino a pacificar la tierra por entónces dando algun vado a los ejercicios militares.

CAPITULO VI.

De una batalla que hubo en la ciudad Imperial y otra en el valle de Congora entre el mariscal Gamboa y los indios.

Habiendo pasado algunos meses sin alborotos salió el mariscal Gamboa de la ciudad de Valdivia para Villa-Rica, donde se habian descubierto unas minas y envió por otra parte a su sobrino Andres Lopez de Gamboa a la ciudad Imperial con jente de socorro por tener noticia que se percibian los indios para combatirlos. Este capitán llegó a tiempo que estaban ya los enemigos en una loma a vista de la ciudad, en cuyo medio está una quebrada, y el hermoso rio llamado de las Damas por su amenidad y frescura. Y como los ciudadanos se vieron favorecidos con tal refresco salieron a dar en los indios trabando con ellos batalla en que los desbarataron y vencieron matando a muchos dellos sin que hubiesen llegado a la ciudad, como ni otra alguna vez lo han podido poner por obra habiendo venido con tal determinacion a destruirla.

Apenas se habia ganado esta victoria cuando llegó el mariscal con toda la mas jente que habia podido recojer en los lugares por donde habia andado, y habiendo hecho alto allí pocos dias fué marchando con ciento y ochenta españoles y muchos indios yanaconas a encontrarse con el gobernador que venia con su campo a entender en las cosas de la guerra; y llegando Gamboa al valle de Congora una legua de la ciudad de los infantes tuvo aviso de que andaban por allí cerca algunos indios inquietos hacia la parte de la sierra; por lo cual hubo de dejar su camino metiéndose por la serranía hasta dar en los escuadrones de los indios, con quien tuvo una refriega mui reñida. Mostróse mucho en este conflicto Rafael Puerto Carrero entrándose el primero de todos en medio de los enemigos, que estaban con su capitán Mellicande, los cuales serian obra de 500. Y con este capitán cerró con grande impetu el Rafael Puerto Carrero peleando valerosamente hasta rendirle con muchos de los suyos ganando mucho nombre entre los soldados. Finalmente los enemigos fueron desbaratados con pérdida de muchos de los suyos muertos y presos en la batalla, la cual duró poco rato por haber tan conocidas ventajas de parte de los nuestros.

Concluido esto retornaron al camino real prosiguiendo por sus jornadas hasta llegar al campo del gobernador, que estaba con buen número de soldados, con los cuales y los de Gamboa se formó un ejército de quinientos ultra de los indios yanaconas que eran de tres mil arriba. Estaba el campo en este tiempo mui bastecido de bituallas, munición y armas, y mucho mas de caballos que pasaban de 10,000, los que habian de guerra i de servicio. El efecto que imprimió en los indios el ver un campo tan opulento y ordenado no fué acobardarse ni rendirse sino cobrar mas orgullo para oponerse convocándose unos a otros en particular los del valle de Congora, que con esta ocasion se resolvie-

ron de dar sobre la ciudad de los Infantes por ser como terreno y blanco donde siempre han asestado sus tiros, dándole batería sin que se pasase mucho tiempo libre de zozobras y inquietudes. Estaba a esta sazón el capitán Pedro Fernandez de Córdova por correjidor de la ciudad el cual sabiendo el alboroto que se rujía salió con veinte hombres muy bien armados a cojerlos ántes que se reforzasen para venir sobre el pueblo con mas pujanza. Pero por mucha priesa que se dió venia ya el capitán Guacaya con su ejército formado precediendo 26 indios escojidos para corredores del campo, los cuales como vieron a los españoles se subieron en tatanquera enviando a toda priesa un mensajero que diese aviso al capitán bárbaro de la jente que le salia al encuentro. Y aunque ellos quisieran volver las espaldas acompañando al embajador, no se atrevieron a hacerlo pareciéndoles que se les habia de dar alcance con la lijereza de los caballos, y así hubieron de hacer rostro a los nuestros viniendo con ellos a las manos, donde pelearon como hombres desesperados de la vida. Apenas hubo soldado en ambos bandos que no saliese herido, y entre los demas no fueron los mejor librados los dos capitanes, por que el de los indios llamado Arruay recibió algunas lanzadas, y el Pedro Fernandez de Córdova, una que le pasó la mano habiéndola ejercitado valerosamente en este trance. Finalmente se hubo de volver cada escuadra por su parte quedando algunos indios muertos y un español entre ellos cuyas canillas sacaron despues para hacer flautas, como suelen para tocarlas en las batallas.

Quedaron con esto los indios llenos de avilantez y orgullo viendo que se habian tenido los de su nacion con los nuestros casi tantos a tantos con haber ventajas en los españoles que es la de los caballos y armas en que exceden a los contrarios. Y así tomaron motivo para convocar mas jente, y acudir a esto con mas veras lo cual hicieron con eficacia poniéndose a punto de dar sobre la ciudad sin faltarles cosa para ello. Pero fué nuestro señor servido que en esta coyuntura sobreviniese un estraordinario torbellino de viento desgarron y torrasca con una manera de oscuridad tan espesa que en cuatro horas no se vieron los unos a los otros. Hallose allí un indio principal, y tenido en opinion de discreto, el cual dijo al capitán Guacaya que le parecia mal agüero salir en tal ocasion a un negocio de tanta importancia en que siempre los capitanes prudentes atendian con grande vijilancia a los prenuncios i pié con que entraban. Mas era tanto el señorío y gravedad de Guacaya que mostrando semblante muy airado de oír, tales palabras respondió al consejero llamándole de cobarde y supersticioso, no contentándose con solo esto sino con hacerle matar en su presencia. Viendo la jente la muerte de Calboqueo orijinada de haber dado consejo sin pedírselo procuraron cerrar sus bocas por no caer en las manos de Guacaya, el cual considerando mejor el negocio desistió por entónces del acometimiento que intentaba.

Dentro de ocho dias se tornaron a congregarse mas de 4,000 indios con el mesmo capitán Guacaya, y comenzaron a marchar a 2 de febrero de

1577 dia de la purificacion de nuestra Señora con intento de dar en la ciudad ántes que amaneciese por cojer a los moradores de sobresalto. Pero quiso nuestro Señor que ántes que llegasen a vista della comenzó a asomar la aurora de suerte que se vieron perplejos y muchos dellos se resolvieron de no pasar adelante viendo que habian de ser vistos necesariamente. Mas era el Guacaya tan animoso que dijo en voz alta: el que fuese hombre venga en mi seguimiento; y prosiguiendo su viaje sin dilacion con 1,500 que le acompañaron se puso media legua de la ciudad en una estancia de Nuño Fernandez Rasura vecino del mismo pueblo. Estaba a esta sazón el famoso jeneral Lorenzo Bernal de Mercado en esta ciudad de los Infantes donde tenia su casa de asiento como vecino della, y viendo lo que pasaba no pudo sufrir la insolencia de los indios porque no estaba hecho a sufrir gasquetas; y armándose como solia subió en su caballo, y fué derecho a donde estaba el correjidor y capitán de la ciudad, que era Pedro Fernandez de Córdova, dando traza en recojer las mujeres, y jente menuda, y prevenir lo necesario para la defensa del pueblo, y se le ofreció para esta empresa rogándole que le dejase salir al encuentro ántes que los enemigos llegasen a poner cerco. Admitió el capitán esta oferta, y dióle solos 14 hombres, quedándose él con 70 en guarda del pueblo, porque no diesen los enemigos en él mientras los demas andaban peleando. Salió este pequeño escuadron de Bernal aunque grande en los brios, y esperiencia, y en llegando a lo alto de un pequeño collado fueron vistos de los indios que venian marchando mui en órden sin pensar que hallarian estorbo en el camino, mas como reconocieron ser poca jente hicieron rostro con mui buen ánimo ordenando su ejército en forma de media luna con un escuadron mui bien dispuesto en cada cuerno para cojer los españoles en medio. Pero como Bernal era tan eminente en conocer las trazas y ardidés de los indios dijo a sus soldados; que acometiesen con él a desbaratar una de las dos alas descuidándose de la otra porque ella mesma se desordenaria, y que al punto que él revolviere la dejasen todos y fuesen en su seguimiento. Y como si lo hubiera visto efectuado así sucedió puntualmente porque al tiempo que acometió al cuerno derecho acudieron los indios del otro cuerno a favorecer a los suyos y viéndolos Bernal fuera de sus puestos dejó a los de aquel lado que iba acometiéndolo, y revolvió sobre los otros que estaban desconcertados, y trabó con ellos la batalla. Viendo los del cuerno derecho que los españoles los habian burlado dejándolos con las picas caladas y blandiendo las lanzas para dar en sus consortes, acudieron con grande ímpetu desamparando el puesto en que estaba el escuadron formado, y así se desbarataron ambas escuadras, y anduvo la refriega de revuelta. Dos cosas solas ocurren que decir en este lance que bastan para que se entienda lo que intervino en este encuentro: la una haber sido catorce estos soldados que parece es número encantado en este reino, pues siempre han sido de catorce sus mas memorables hazañas que se han visto, la otra ser Lorenzo Bernal el que guiaba la danza, el cual aunque cayó con el caba-

llo por habérsele muerto con bravas heridas se levantó lijeramente poniendo mano a la espada, con que hizo de las suyas sin perder golpe ni simbrarla en parte donde no fuese muerte. Y eran tan nobles los pocos secuaces que llevaba que apeándose algunos a ponerse a su lado le hicieron instancia a que subiese a caballo quedándose a pié el soldado que se le ofreció. De esta manera estuvo un rato sangrienta la pelea, en la cual se señaló estraordinariamente Nuño Fernandez Rasura matando por sus manos gran número de indios, y ejercitando sus fuerzas, y ánimo que era mucho y mui conocido por las presentes ocasiones, en que se probó con gran ventaja. Mas aun que el esfuerzo de los nuestros era el que se ha dicho, no dejaban de recibir heridas, y sentir el cansancio por ser excesivo el número de los contrarios, los cuales no andaban lerdos en ofender y en defenderse, y se vieran en mayor affixion si no les acudiera el ausilio primeramente de Dios, y su gloriosa Madre, a quien era el día dedicado; y despues de este el de algunos indios amigos, y tal cual español que venia del pueblo con cuyo socorro comenzaron a desmayar los indios y a poco rato volvieron las espaldas con pérdida de 300 hombres, y el capitan Guacaya entre ellos, quedando los nuestros con gran regocijo reconociendo lo mucho que a la Vírjen se le debía, a cuyo templo acudieron todos a celebrar la victoria y dar las gracias a ella y a su hijo.

CAPITULO VII.

De la batalla que hubo en Mague entre los indios puelches y el capitan Cosme de Molina, donde él fué desbaratado.

Entre otros nombramientos de correjidores y capitanes que el gobernador Quiroga hizo quando salió a visitar la tierra proveyó al licenciado Hernando Bravo de Villalba por correjidor de Valdivia; que entró en ella a tomar la posesion con el mariscal Gamboa. Estaba en la ciudad en este tiempo un vecino llamado Cosme de Molina, en cuya casa se hospedó el mariscal los pocos dias que allí estuvo, y al cabo dellos le dejó nombrado por capitan del pueblo y su distrito para los lances que se ofreciesen. Y no tardó mucho uno que le obligó a salir a ponerle remedio; y fué que en el valle de Mague andaban hasta quinientos indios puelches haciendo asaltos en los demas indios robándoles sus haciendas y llevándoles sus hijos y mujeres. Para castigar estos salteadores juntó Cosme de Molina 30 hombres no mui diestros, ni apercebidos de los requisitos para la guerra, y con ellos se fué en busca de los enemigos que estaban encastillados en un lugar alto de la cerranía, donde apénas pudieron recibir daño de un gran ejército, que los buscara. Mas con todo eso se puso el capitan al pié de la sierra y de allí envió a un caudillo con algunos españoles de a pié por no ser lugar apto para andar caballos, y poco despues mandó subir otro caudillo que hiciese espaldas al primero con 400 indios amigos, que le siguieron con sus armas y flechas. Quando los puelches vieron esta jente comenzaron a subirse mas arriba para llevarlos ceba-

dos hasta una punta donde hicieron rostro a los nuestros y comenzaron a echar tan espesa lluvia de piedras, flechas, y dardos de caña brava tostada, que en breve tiempo hirieron y mataron muchos indios, y con ellos a un vizcaino llamado Pedro Solorzano, y un jenovés cuyo nombre era Juan Nativio. Viendo los cristianos que les llovía en la cabeza el acometiimiento de su osadía volvieron mas que de paso por donde habian subido dando en ellos los enemigos tan victoriosos que les hacian ir rodando por la cuesta abajo hasta llegar al pié de ella, donde estaba su capitán Cosme de Molina en cuyas manos dieron tan molidos que no les pudo poner otro remedio sino sacarlos a toda priesa, de aquel distrito llevándolos a la ciudad de Valdivia.

Pocos dias despues de este desastre envió el gobernador a Luis de Toledo vecino de la Concepcion, y conquistador de los primeros del reino, a la ciudad de Valdivia por correjidor de ella, en lugar de licenciado Hernando Bravo de Villalba. Este comenzó a disgustarse en hallar la tierra tan revuelta que le daba mucha inquietud sin algun provecho habiendo dejado el sociogo de su casa, donde vivia descansadamente con su mujer y hijos, y no pudiendo sufrir tal vida se volvió a su casa dentro de seis meses dejando el oficio al capitán Cosme, de Molina consintiéndolo el mariscal Gamboa que a la sazón estaba en Valdivia. Y pareciéndole ser suficiente este capitán para tal cargo se fué con su campo a la Imperial, habiendo visitado las ciudades comarcanas. Y como los indios vieron que se habia recojido a descansar con su jente comenzaron a hacer de las suyas, y en particular un cacique llamado Andinango que fué el que salió con el trofeo del encuentro retirado de que salió desbaratado el capitán Molina. Vino esto a noticia del mariscal con relacion de que este indio andaba con otros muchos destruyendo los pueblos, que estaban de paz talándoles sementeras, y haciendo otros robos, y daños, con que los naturales de Mague estaban demasíadamente apurados. Y como el Gamboa no era amigo de parar cuando habia lances de importancia no quiso tomar el reposo a que habia entrado en la ciudad, ántes saliendo luego della se fué con la mas jente que pudo en busca de los enemigos. Y para tomar esto mas de propósito despachó un mensajero a la Villa-Rica donde estaba el maese de campo, Juan Alvarez de Luna con órden de que saliese luego con 40 hombres bien aderezados al valle de Llangague a refrenar los indios, que andaban desbocados haciendo en ellos ejemplar castigo: y que le esperase allí; porque él llevaba su disignio hácia el mesmo lugar para concluir de una vez con los rebelados. Miéntras el maese de campo se aprestó para ejecutar este mandato iba el mesmo Gamboa haciendo jente a orillas de la laguna de Rodrigo Alonso y Vitalauquen que es la que desagua en la laguna de Renigua. Y habiendo juntado buen número de soldados entró en el valle de Llangague, donde ya andaba Juan Alvarez de Luna metido en obra; y haciéndose un ejército de 130 donde se incorporaron ambas compañías, se fueron entrando por unos valles, que están entre las sierras nevadas, donde pasaron innumerables calamidades por ser el

camino de los mas ásperos que pueden imaginarse así en cuestras agrias y cenegosas, como por los muchos rios que bajan de la cordillera, y en particular corre uno por una quebrada de una peña viva tan recojida, y derecha, que parece hecha a mano por donde va el agua con extraordinaria furia por ser mucha y el lugar estrechísimo. Y habiendo corrido dos leguas con este ímpetu, por la parte alta de la montaña viene a dar en vago y cae toda de golpe por el aire mas de 2,000 estados, con tal velocidad que quita la vista de los ojos. Y aunque va la canal a este rio tan angosto que se pasa por una puente de veinte y cuatro piés de largo; con todo eso apénas habia soldado que se atreviese a ir por ella por ser tan angosta que no pasa de una vara y tan alta respecto del rio, que dista de él mas de veinte lanzadas. Y así se hubo de atravesar en ella el capitan don Pedro de Lovera con una lanza en una mano y con la otra iba pasando a los flacos de cabeza por que no cayesen desvaneciéndoseles con la mucha altura. En este camino iban los nuestros topando muchos indios rebelados en quien se hacian ejemplares castigos para que los demas escarmentasen, y demas dentro se echaron al agua en la laguna dos canoas que se habian traído por tierra con grandísima dificultad, en las cuales se embarcó el capitan don Pedro del Barco para escudriñar una isleta que está en la mesma laguna de Vitalauquen, donde halló alguna jente que envió a la ciudad de Valdivia para ser castigada segun la culpa de cada uno. Tambien envió Gamboa por otra parte al maese de campo Juan Alvarez de Luna a cojer la jente de otra isleta; la cual viendo se les acercaban los españoles, desampararon la isla, y se fueron a la tierra firme dejándolos burlados.

Estando los unos y los otros en medio de grandes trabajos sobrevino una gran tempestad con tanta fuerza de nieve que les cubria a todos poniéndoles en gran peligro por el poco reparo del lugar, y aderezos que ellos llevaban. Y en especial se vieron a punto de perecer los que iban con el maese de campo por cojerles el torbellino en parte donde no tuvieren otro amparo sino una peña en que se acojieron. Y así no aguardaron los unos y los otros mas perentorias dando vuelta a los reales, a donde llegaron primero los que iban con Martín Ruiz, y prepararon algun regalo y abrigo para la escuadra del maestre de campo, que llegó despues con harta necesidad de todo esto. Y por que estaba ya el gobernador aguardando a su yerno Gamboa con jente de socorro para entrar en Arauco se fué luego el mesmo Gamboa a la ciudad de Valdivia a ordenar sus escuadrones dejando en aquellos reales del valle de Llangague al maestre de campo para correr la tierra y al capitan Hernando de Aranda Valdivia, que asistiese en ellos con alguna jente.

Llegado el mariscal a la ciudad echó derrama entre todos los vecinos y mercaderes para que contribuyesen con ropa, armas, y caballos con que aderezar los soldados, y así mesmo con municion y vituallas, y los demas requisitos a propósito. Lo cual causó gran desabrimiento a todos los moradores jeneralmente por ser ya como lei en Chile el echar seme-

jantes derramas cada año en esta ciudad mas que en otras, como si por particular sazón fuera sujeta a pechos y tributos. Y teniendo ya el mariscal su jente a punto supo que un indio llamado Andinango andaba haciendo estrago en el valle de Mague, y habia pervertido a otro cacique cuyo nombre era Netinangue, que le hacia espaldas en sus insultos, y como era tan puntual en acudir a donde quiera que se ofrecia ocasion de castigar enemigos; dilató la jornada para que se iba apresando, y fué a dar órden en remediar este alboroto por ser grave el detrimento que los indios de paz recibian de los rebelados. Y habiendo estado allí veinte dias haciendo algunos castigos sin poder haber a las manos al autor del alboroto se volvió a la ciudad para proseguir su designio dejando en este valle de Mague al capitán Gaspar Viera, al cual entretuvieron los indios tratando algunos medios de paz sin tener efecto cosa de las que prometian. No estuvo mucho el mariscal Gamboa en sacar la jente de Valdivia por tenerla ya apercibida ántes de salir a este castigo. Y así comenzó luego a marchar con su campo dejando por capitán de la ciudad a Juan de Matienzo, por ser persona experimentada, y suficiente para ello. Y teniendo este capitán relacion de la cautela de los indios, que traian en palabra a Gaspar Viera. Y de una pesadumbre que intervino entre los dos caciques rebelados por lo cual murió Andinango a manos de Nitinangue, se partió luego de la ciudad con 70 hombres con deseo de allanar el valle de Mague, que de tantos dias ántes estaba en frecuentes desasocios. Y habiendo hecho de su parte las diligencias posibles para cojer a Nitinangue, que retaba cada dia a los cristianos con demasiada soberbia y orgullo sin poder asirlo como se deseaba: fabricó un fuerte en que puso 20 españoles con Juan de Montoya que los acaudillase, teniendo esto por importante para que los indios no se desmandasen como solian.

No quiero dejar de apuntar aquí como apareció en este tiempo aquel famoso cometa de extraordinaria magnitud, que dió vuelta a todo el universo por espacio de 40 dias segun es notorio en todas las naciones, y está escrito en muchos libros y así no quiero detenerme en esto contentándome con haber apuntado que comenzó el primero dia de noviembre de 1577, y tuvo fin cerca del remate del mismo año. Causó este espectáculo grande admiracion en los indios, y muchos dares y tomarés en adivinaciones, y agüeros, como se podia presumir de jente tan amiga dellos: pues aun los que están mui léjos de semejantes supersticiones escribieron espantosos pronósticos, de los cuales salieron algunos verdaderos como es de la muerte de don Sebastian rei de Portugal en la batalla que dió a los moros en las molucas: y la peste jeneral del sarampion y tabardillo, que corrió desde cabo Verde hasta el estrecho de Magallanes, con extraordinaria y presurosa mortandad de la jente nacida en las mismas tierras, lo cual sucedió desde el principio del año de ochenta y ocho hasta el fin del 89. Cuyas circunstancias así de las calidades de la jente y tierra en quien la enfermedad caia, como las demas de los dolores, hinchazones de garganta, y mal olor que

traia consigo con otras muchas menudencias se escribieron en un libro impreso en Aragon mas de ocho años ántes de que la peste sobreviniese.

Estando pues los indios amedrentados con esto se volvió el capitán Matienzo a la ciudad de Valdivia por acercase le pascua de Navidad, donde estuvo mui pocos dias con sociogo, porque el segundo dia de la pascua tuvo nueva de que iba gran fuerza de indios sobre la fortaleza nuevamente edificada, para cuyo socorro comenzó a apercibir jente con harta pesadumbre del pueblo, que via no solamente cumplirse el dicho del Espíritu Santo que a los fines del gozo los ocupa el llanto mas aquel que dice que la mesma fiesta se torna en lloro. Mas porque segundó otra nueva de que los contrarios tenian tomados todos los caminos sin dejar paso seguro se atrevió Matienzo a salir en tal coyuntura por ser el riesgo manifesto; pero no faltó la Providencia divina con el auxilio necesario a los que lo esperaban en el fuerte: porque acudió el capitán Hernando de Aranda Valdivia que andaba corriendo la tierra con algunos soldados, y por otra parte el capitán Rodrigo de Sande con su pequeño escuadron que todo junto fué motivo de ánimo para los que estaban en la fortaleza hartos faltos de él y de ella y para el capitán Matienzo a que saliese de la ciudad rompiendo por entre los enemigos, que por estar ya desmayados del socorro ajeno, no le hicieron mucha resistencia hasta que se encastilló en el fuerte con los demas que llevaba. Entónces el caudillo que estaba con los veinte hombres viendo flaquear a los indios salió a dar en ellos con grande ímpetu y los puso a todos en huida hiriendo y matando a los que alcanzaba sin dejar de seguir la victoria hasta haber hecho grande riza en ellos. Y pareciendo que ya estarian escarmentados de esta y las pasadas se volvieron los capitanes españoles a sus puestos quedando en la fortaleza los 20 hombres con su caudillo.

CAPITULO VIII.

De la ruina del fuerte de Gualqui, donde el jeneral Lorenzo Bernal de Mercado venció a los enemigos, y otra victoria que alcanzó en Millapoa del ejército de Anguilmo.

No fué pequeña la inmutacion que causó en los indios araucanos, y penquinos el ver que venian por diversas partes dos ejércitos de españoles para reducirse a uno, mayormente viniendo en el que salia de Santiago el mesmo gobernador Quiroga, con 500 hombres, y en el otro el mariscal su yerno con 130, y para imitar ellos en algo desto a los nuestros se dieron buena maña a convocar jente de su bando y habiendo juntado gran suma della pusieron su campo en los términos de la ciudad de la Concepcion, donde fabricaron una fortaleza en un lugar llamado Gualqui para irse recojendo allí todos los confederados para la guerra. Miétras andaban ellos en esta obra llegaron los dos ejércitos de españoles al lebo llamado Quinel ocho leguas de la Concepcion, don-

de se juntaron en un solo campo para acabar de una vez con las cosas de la guerra. Y viendo el gobernador que tenia tan a mano gran suma de enemigos, para comenzar por ellos, envió a llamar a Lorenzo Bernal de Mercado queriendo aprovecharse de su valor, industria y fuerzas tan notorias en todo el reino, y mui en particular en el tiempo que el mismo Quiroga tuvo la gobernacion por nombramiento del licenciado Castro. Acudió Bernal a este mandato con gran presteza con buen número de soldados escojidos de todo el ejército con los cuales puso cerco a la fortaleza de Gualqui, donde estaba ya gran suma de indios con las armas en la mano. Mas acometió Bernal con tanta gallardía, que con solo ver su persona comenzaron a temblar los indios, y aunque a los primeros encuentros se defendieron, no lo llevaron adelante vencidos de los españoles, de suerte que desamparando la fortaleza fueron huyendo casi sin ver por donde hasta dar consigo en el caudaloso rio de Bio-bio a donde se abalanzaron teniéndose por mas seguros en medio de su raudal, que en el de la cólera de los españoles y así se ahogaron muchos dellos, y otros quedaron alanceados en el camino sin los que fueron presos, que por todos fueron en gran suma.

Habida esta victoria puso en órden el gobernador su ejército basteciéndole de mucha arcabucería, lanzas, dardos, y armas defensivas con mucha municion, y vituallas, y sobre todo con mas de 10,000 caballos, y lo demas anexo a lo que toca al bagaje. Y queriendo marchar hácia los estados distribuyó los oficios del campo entre las personas mas aptas para ello nombrando por coronel al mariscal Gamboa su yerno; por maese de campo al jeneral Lorenzo de Bernal de Mercado: por alférez jeneral a don Antonio de Quiroga Losada: por capitanes a Gaspar de la Barrera, Tomas Pasten, Antonio de Avendaño, Gregorio Sanchez, Gaspar Verdugo, Francisco Jofré, Campo Frio de Carabajal, Alonso Ortiz de Zúñiga: por sarjento mayor a Juan Martínez Palomeque: y finalmente a Basco Zabala por capitan de la artillería. Con esta disposicion pasaron el rio de Bio-bio, por la parte que cae hácia Talcamavida, donde es su anchura de media legua, y habiéndole pasado todos en salvamento entraron en Arauco, donde asentaron los reales mui despacio con propósito de invernar allí para tener a raya a los enemigos.

Viendo los indios araucanos tan grueso ejército de españoles en medio de su tierra donde se enseñoreaban de ellos no dejándoles alzar cabeza, comenzaron a tratar de medios de paz, mas por temor y necesidad, que por gana que tuviesen della. Y en particular en el distrito del cacique Colocolo se trató de darla finjidamente por industria de un mulato facineroso que andaba entre los rebelados, y un mestizo, que tambien estaba con ellos habiendo huido de entre cristianos por un delito de los mas enormes, que se pueden imajinar en el mundo, y fué que estando prendado excesivamente del amor de una india con quien vivia en mal estado vino a morir ella en medio de sus ilícitos deleites, y el desventurado hombre estaba tan captivo en los lazos de la lascivia que embalsamó a la india

no queriendo dar a la india sepultura por estarse él sepultado en ella, estándolo tambien en las tinieblas de la muerte; pues hacia vida con la difunta con el mismo estilo, o por mejor decir, desórden que cuando estaba viva. En lo cual se manifiesta la mui lamentable miseria de los que viven en semejante ceguedad, pues llega a tanto su torpeza que los confunde en tan profundo abismo de inmundicia. Qué males han sucedido en el mundo en que no haya intervenido ocasional o principalmente algun rastro de esta ceguera? Notorio es, i mui cierto por la gravedad del autor, que lo refiere (que es Tertuliano) haber muerto Espensipo en el mismo acto de lujuria, en que se estaba deleitando. I no ménos lo que refiere Plinio de Quinto Heterio que despidió el alma estando encenagándose en el mismo pantano enviándola de un infierno de culpa a uno de pena. I aun en los siglos mas propincuos a los nuestros le sucedió lo mismo a un barcelones llamado Baltrando Ferrerio, como lo refiere Juveniano Pontano. Dejo aparte los que murieron en el mismo ejercicio detestable a manos de otros, que cocieron con sus espadas a los que estaban irritando a la de la justicia divina, como le aconteció al ateniense Alcibíades, que al punto de que estaba en esta abominacion con Timandra murió a manos de Lisandro. Siendo pues los autores y guías de los indios tan buenas dos cabezas como éstas, que se podia esperar de la paz procurada por consejo suyo sino que toda era finjida para asegurar a los nuestros con intento de proceder mas libremente en sus insultos. Con todo eso no quiso el gobernador recibirlos tan rasamente que dejase de mostrar enojo por lo pasado, y hacer alguna manera de castigo desterrando algunos a Coquimbo para que sirviesen en las minas; y los demas entendiesen que habian de estar sujetos a la disposicion de su gobierno. Y experimentase luego cuanta razon tenia de ir con ellos con la rienda en la mano pues en son de paz andaban por los caminos salteando, y cojiendo lo que podian, en especial armas, y caballos, de los cuales llevaron mas de 2,000 en pocos dias. A este tiempo tuvieron los nuestros oportunidad de haber a las manos a los enemigos con ocasion de una trama, que habia entre unos indios naturales de Millarapue. Y fué que un indio llamado Nilandoro andaba en malos pasos con una india llamada Quida mujer de un cacique mui poderoso cuyo nombre era Anguilemo. Y como viniese a noticia del marido el mal recado en que su mujer andaba determinó de matar al adúltero tomando en él venganza con un jénero de muerte cruelísimo. Supo esto la india malhechora, y por evitarlo eficazmente dijo a Nilandoro que no habia otra puerta para su remedio sino irse a poner en manos de los españoles ofreciéndoles su persona con protestacion de que les entregaria al cacique su marido con toda la jente rebelada, que estaba debajo de su bandera. Ejecutó el indio este consejo dando al gobernador noticia de la ladronera donde estaban los enemigos ofreciéndose por guia de los escuadrones que fuesen en su busca: y admitiéndolo el gobernador envió a Lorenzo Bernal con 200 arcabuceros que diesen cabo de tal jente. Y habiendo llegado donde los indios estaban en su junta, dió el in-

dio la traza en distribuirse los soldados para acometer por los lugares mas oportunos lo cual se hizo segun su direccion y consejo. Y dando todos a una en los enemigos se trabó batalla mui sangrienta en que murió el cacique Anguilemo, y los demas de su bando fueron desbaratados con pérdida de muchos dellos quedando la india en manos de Nilandoro, que la tomó por mujer por haber muerto su marido como ámbos deseaban. Consiguieron los nuestros esta victoria el octavo dia de setiembre de 1577.

Con estos sucesos estaban ya los indios tan apurados que a mas no poder mostraban algun rendimiento de suerte que cesaron por algunos meses las inquietudes de Arauco, aunque sin salir de él el gobernador no contentándose con cualquier muestra de paz por la experiencia que tenia, que no siempre era verdadera. Mas envió a su yerno Gamboa a las ciudades de arriba pareciéndole que en Arauco no habia por entónces tanta necesidad de su persona como [en] otros distritos que estaban algo desordenados. Y en el entretanto mandó al maese de campo Bernal correr la tierra hasta no dar lado a los enemigos si acaso intentasen menearse. Y como anduviese corriendo los lebos de Ongolmo, Paicabí, Tucapel, y Millarapue, se le antojó de hacer un chaco de indios como de ordinario se hace de ganado. Y para que se entienda el vocablo que es propio del Perú, es de saber que muchas veces se juntan 6,000 o mas indios en campo poniéndose todos en rueda o cerco a manera de corrillo cojiendo en medio gran distrito, y luego se van juntando poco a poco de suerte que todo el ganado que anda en aquel espacio del cerco se va recojiendo hácia el medio huyendo de los indios, que se van acercando, y cerrando mas la rueda hasta venir a acorrallar tanto las reses que las cojen a manos sin dejarles resquicio, por do evadirse: y esto es lo que propiamente llaman chaco. Y pareciéndole a Lorenzo Bernal que era buena la traza para cazar hombres juntó gran suma de indios amigos de todos estos lebos, y disponiéndolos como está dicho cojió en medio mas de 400 enemigos a los cuales desterró el gobernador a Coquimbo como a facinerosos y alborotadores.

Despues desto alzó el gobernador los reales de aquel sitio y los situó dos leguas de la Imperial con intento de aguardar al mariscal Gamboa, y a su alférez jeneral don Antonio de Quiroga, que habia ido a traer jente de la ciudad de Santiago. Y al tiempo que entraba por el valle de Puren cargaron de improviso algunos escuadrones de enemigos, que le dieron en la retaguardia la cual llevaba el capitán Rodrigo de Quiroga el mozo. Y por ser la entrada mui estrecha pusieron a los nuestros en aprieto, aunque no se detuvieron mucho contentándose con hacer suerte de primer ímpetu, por no llevar la medra que solian. Mas habiendo los nuestros salido a lo llano se hizo castigo ejemplar en algunos de los rebeldes aunque algo de paso porque pretendia el gobernador llegar presto al lebo de Tomelmo, donde asentó sus reales para proseguir las cosas de la guerra. No estaban los adversarios lerdos en convocarse unos a otros y ponerse en mas de ocho mil de ellos para defender su partido no

dejándose sujetar de los españoles. Y por esto se pusieron en emboscada en las lomas de Longonaval por donde habia de pasar el gobernador con su ejército. Mas como Lorenzo Bernal les penetraba sus intentos dió luego alcance a su designio y para sacarlo de rastro mandó echar un caballo cerca de donde ellos estaban para que entendiesen que daban sobre ellos los españoles, y con el alboroto descubriesen la emboscada. Y como si lo hubiera visto por sus ojos así sucedió: de suerte que los indios hubieron de desamparar aquel lugar por ser ya notorio a los nuestros habiendo sido ya su pretension cojerlos repentinamente y aunque la escuadra en que venia el mestizo llamado Alonso Diaz por la república de Colocolo, y la de Miguel Caupe, que entró por el lebo de Codico se fueron retirando; con todo eso tuvo ánimo para acometer un indio llamado don Juan, el cual con solos cien indios dió una noche cerca del cuarto del alba en los reales de los españoles poniendo fuego a algunas tiendas con harto daño de las alhajas, que en ellas habia, aunque plugo o Nuestro Señor que el fuego no cundiese mas adelante, Tuvo el gobernador tanto coraje de esto que salió el mesmo en persona a correr la tierra para castigar este atrevimiento y habiendo hecho escrutinio por espacio de una legua lo cometió a su sobrino Rodrigo de Quiroga para que no parase hasta dar con los contrarios. Dióse tan buena maña este capitán que a pocas vueltas dió con los indios agresores, de los cuales mandó el gobernador matar algunos empalando al capitán de ellos que habia en otras ocasiones sido preso y perdonado.

CAPITULO IX.

De como los capitanes Juan de Matienzo, y Hernando de Aranda Valdivia redujeron a la paz algunos pueblos de indios puelches.

Ya queda dicho en el capítulo 7.º como el capitán Juan de Matienzo dejó en el fuerte de Lluen solo veinte hombres de pela por haber otras muchas partes que socorrer con la demas jente que le seguia. Pues como los indios de estos términos eran tan inquietos, y vieron la poca fuerza de los españoles juntáronse en un copioso número para dar sobre el fuerte con mano armada. Y para hacer esto mas a su salvo tomaron los pasos del camino por donde podia entrar socorro aunque no por eso lo impidieron por la mucha presteza que el capitán Matienzo tuvo en acudir a esto con setenta hombres. Con esta venida acordaron los indios de mudar lugar subiéndose en un alto risco, donde no podian recibir daño de los agresores, por ser grande la suma de piedras que de allí arrojaban, y algunas tan grandes como de molino, que una sola bastaba a desbaratar un ejército por la furia con que iba dando saltos dividiéndose en diversos pedazos en cualquier punta que tocaba y ultra de esto llovía gran fuerza de flechas enarboladas con una yerba tan ponzoñosa que mataba dentro de 24 horas irremediabilmente con la cual murieron todos los heridos sino se atinara con el remedio que es echar

sal en la herida, con que no ha lugar el efecto de la ponzoña. Y experimentando los nuestros lo poco que podian con los indios por fuerza de armas acudieron a las sementeras y ganados destruyéndolo todo hasta que los indios desaparecieron por no incitar con su presencia a los españoles para proseguir este destrozo.

Y por no volver con las manos vacias se fué el capitán Matienzo entrando por la sierra nevada en busca de los indios puelches, teniendo noticia de que se iban congregando en un lugar de aquella cerranía para bajar con grandes huestes a trabar guerra con las ciudades de Valdivia, Osorno, y las demas comarcas. Y cuando estaban cerca unos de otros precedió el capitán Hernando de Aranda con treinta hombres los cuales dieron de improviso en los indios a tiempo que estaban en un solemne banquete derramándoles los solaces, y obligándolos a tomar las armas, aunque con la turbacion pudieron hacer poco daño con ellas teniendo por mejor remedio volver las espaldas para ponerse en la punta de un cerrillo escabroso donde no podian llegar caballos, y como el intento de los nuestros era pacificar la tierra llagáronse a un lugar de donde pudiesen ser oídos de los indios, y les intimaron cuanto les convenia dejarse de guerras, y allanarse con los españoles si no querian ver perpétua inquietud por sus casas. A esto respondió su capitán llamado Irpantue que ellos no tenian intencion de meterse en guerras, i así lo mostrarian desde luego sujetándose a los cristianos si les daban palabra de seguro. I habiéndola Hernando de Aranda interpuesto de bajo de la fé de caballero con grandes promesas de regalo y buen tratamiento bajaron los indios a donde él estaba, y prosiguieron su compañía hasta el valle donde habia quedado el capitán Matienzo, el cual recibió a los suyos y a los nuevamente reducidos con salva de arcabucería, y otras muestran de regocijo y se fué con ellos a la ciudad de Valdivia.

CAPITULO X.

De la entrada que hizo el gobernador con su ejército en la provincia de Mareguano.

De la segunda parte del libro 2.º de esta historia consta ser los indios del distrito de Mareguano los mas difíciles de allanar que se han hallado en todo Chile así por la aspereza del famoso cerro de Catirai, donde se fortalecen con grandes ventajas, como por las memorables victorias que han conseguido de los españoles. Por esta causa determinó el gobernador de entrar en estos términos por ser mucha la jente y aparejo que a la sazón tenia para valerse con estos indios, que estaban demasadamente orgullosos i soberbios. Y lo primero con que toparon los nuestros fué una cuadrilla de jente desarmada que andaban con otros pensamientos entendiendo en cosas concernientes a su hacienda. Echó mano de esta compañía un capitán que dió con ella, lo cual fué de grande pesadumbre para un cacique llamado Upillan, que tenia prendas entre los presos de algunos parientes y mujeres suyas y viéndose afijido con

esta desgracia procuró valerse de un español llamado Juan de Fuentes, a quien él habia captivado en una batalla, el cual le consoló con firme promesa de su remedio escribiendo una carta al gobernador en un pedazo de cuero con un palo en lugar de pluma la cual llevó un indio enviado del cacique con mas miedo que vergüenza. Y aunque el gobernador cuando recibió la carta no entendió la letra a lo ménos entendió el punto a lo que era escribir en cuero por falta de papel, y para remediarlo dió al indio papel y tinta que llevase a la persona que lo habia enviado. La cual escribió por extenso su captiverio suplicando a su señoría le rescatase en trueco de aquella jente, que habian tomado. Salió el gobernador a este partido tanto con mas voluntad cuanto mas entendió haber sido el tratamiento que el cacique habia hecho a Juan de Fuentes era como de hermano, y no como de enemigo. No fué poco venturoso este soldado en haber sido captivo hasta entónces por ser costumbre de los indios despedazar luego al español que han a las manos de suerte que son contados los que han sido libres habiendo caído una vez en ellas. De las cuales fué el primero Antonio de Rebolledo que estuvo dos años preso en la isla de la Mocha, y Juan Sanchez que habia sido preso en una de las batallas del gobernador Valdivia, y don Alonso Mariño de Lovera que estuvo cinco dias preso entre los adversarios con tres heridas peligrosas y fué libre de las prisiones por la buena diligencia de su padre don Pedro Mariño de Lovera, que con el amor paternal se atrevió a sacarle con solos nueve de a caballo, y catorce arcabuceros que llevaba el capitan Lamero, los cuales dieron a los indios batalla campal y libertaron al capitan con otro compañero suyo hijo del capitan Rodrigo de Sande.

Efectuado el sobredicho rescate anduvo el ejército español corriendo todos aquellos campos de Mareguano, Millapoa, y Talcamavida por todo el mes de febrero del año de 1578, sin cesar de destruir sementeras, huertas y ganados para oprimir a los indios con estas vejaciones con intento de reducirlos a la paz, que solo esta se deseaba.

Ya que los indios de este distrito no se atrevian a manifestarse por enemigos escarmentados de los frecuentes asaltos que ordinariamente hacian en ellos los corredores que salian de nuestro ejército le pareció al gobernador que se podian levantar los reales, para acudir a otros lugares mas necesitados de su presencia y fuerzas de sus capitanes, y sin detenerse mas dió una vuelta por las provincias mas alteradas entrándose por la de Puren, y prosiguiendo por la de Guadaba: Tomelmo, Quiaupe, Coipo, y las tierras que están a la falda de la cerranía, y llanos de los Coyuncos. Y habiendo hecho algunos castigos por donde quiera que pasaban se tornaron a juntar las compañías que el mariscal Gamboa traia de la ciudad de Valdivia con las demas que el gobernador tenia en su campo. Tambien llegó a esta coyuntura el capitan don Antonio de Quiroga con los soldadados que habia recojido en Santiago y la Serena. Todos los cuales vinieron a hacer un copioso ejército respecto de los españoles que hai en Chile. Y sin descansar muchos

días, tornó a salir el mesmo don Antonio de Quiroga a correr la tierra de los Coyuncos acompañados de cien hombres bien aderezados, los cuales hallaron gran resistencia, en los escuadrones que tenían los indios apercebidos viniendo a darse con ellos de las astas con efusion de sangre de ámbas partes, y muerte de muchos de los indios, hasta que fueron de vencida quedando el campo por los españoles.

En este tiempo se fueron recojiendo los indios de Mareguano y algunos otros que apellidaban, al escabroso cerro de Catiray; donde siempre habian probado bien la mano. Vino esto a noticia del gobernador el cual mandó alzar sin dilacion alguna los reales, y se fué marchando a Mareguano donde los asentó una legua del mesmo cerro. No fueron pocos los pareceres que allí hubo entre todos los capitanes sobre el acometer al lugar tan dificultoso y desgraciado para españoles; y en especial tuvieron sobre ello larga contienda el gobernador y el maestro de campo, aunque con gran resignacion y modestia de parte de Lorenzo Bernal que se proferia a seguir el mandato de su cabeza, lo cual obligaba al mesmo gobernador a proceder con mas recato cargándosele todo a él para tener excusa si algun desastre sucediese. Mas como Bernal era experimentado y sabia bien lo que le convenia dijo que él estaba presto de ejecutar la orden de su señoría con tal que se la dicese firmada de su nombre para que despues hubiese claridad de la persona a quien se habia de atribuir el suceso. Seguia en esto el parecer de Bernal Martin Ruiz de Gamboa, como quien habia probado la dificultad de este cerro volviendo con las manos en la cabeza segun se dijo en la segunda parte del segundo libro. Y finalmente era de esta opinion el alférez jeneral i el capitan Alonso Ortiz de Zúñiga, y Antonio de Avendaño a las cuales contradecian otros pareciéndoles que no se podria despues hallar tan buena oportunidad como la presente para acabar de una vez con la guerra, cuyo fin consistia en ser los indios vencidos solo una vez en este fuerte, en que tenían toda su confianza; pues seria mui malo de juntar en otra ocasion la multitud de jente española que se hallaba en esta con grande abundancia de armas caballos, y vituallas con todo lo demas que podia desearse para provision del ejército. Y apoyaban mas esta sentencia con el orgullo que los indios cobrarían de ver tantos españoles temerosos para entender que ellos eran inespugnables, y podían tenerse en buenas en todas las demas ocasiones que se ofreciesen. Las cuales razones, y otras muchas acumulaban Alonso de Alvarado: el capitan Baltazar Verdugo, Gabriel Gutierrez, Juan de Torres Navarrete, el capitan Cortez, y Hernando de Alvarado; todos los cuales se ofrecían a venir con la victoria, o poner las cabezas al cuchillo para pagar su atrevimiento. Con todo esto no quiso el comendador Quiroga resolverse por entónces por mirarlo mas despacio contentándose con hacer reseña de toda su jente con ostentacion del número, galas y bizzarria, para causar temor a los indios que estaban a la mira. Y el dia siguiente habiéndolo encomendado a Dios con mucho cuidado envió al mariscal, y al maestro de campo con

200 hombres, que marcharon por una loma contraria a la que ocupaban los enemigos, mas por hacer aspavientos, y quitarles la sospecha de cobardía que por venir a las manos. Mas como Bernal era tan amigo de no perder lance no pudo acabar con su condicion el contentarse con lances echados al aire. Y así se adelantó con 25 hombres con que dió alcance a un escuadron de contrarios, que estaban disimulados en defensa de aquel paso. Y arrojándose en su seguimiento hasta lo alto de la loma se vino a carear con todo el campo de los contrarios que estaba en la otra punta sin haber lugar de darse de las hastas por no haber paso por aquella parte. Por esta ocasion se volvieron los nuestros a los reales de donde partieron luego sin haber acometido a los enemigos y se fueron marchando la vuelta del rio grande de Bio-bio sin cesar de hacer lances en el camino cojiendo indios, y destruyendo sementeras hasta pasar de estotra banda por la provincia de Talcamayida, donde tambien se hicieron algunas presas. No pasaré en silencio una cosa que sucedió en este lugar, y fué que estando mas de 4000 caballos junto al ejército parte atados, y parte sueltos paciendo por el ejido se alborotaron todos de repente como si hubieran visto algun espectáculo estupendo, y partieron de carrera sin haber cabestro que no quebrasen por huir de lo que nadie entendia que cosa pudiese ser, y con el mismo pavor se alborotó el ganado que era en gran suma, de suerte que por espacio de una legua no hubo animal que parase obligando a sus dueños a ir en su seguimiento como lo hicieron corriendo gran trecho sin poder dar alcance a los caballos y ganado. Antes en lugar de cojerlos fueron cojidos de algunos indios, con quien pelearon valerosamente aunque iban desapercibidos. Acabada esta refriega, y recojidos los caballos se distribuyó la jente del ejército para acudir a diversos puestos entrándose el mariscal en la Concepcion con buena parte de la jente, y llevando el capitán Rafael Puerto Carrero casi todo el resto a las ciudades de arriba, que a la sazón estaban necesitadas. Mas como estos soldados fuesen a tan diversas partes hubo de quedar el capitán Puerto Carrero con solos tres, y esos mal apercibidos y desarmados, y sucedió que llegando a los llanos a orillas del rio Nibiqueten, que es poderosísimo se determinó a pasarlo, y aunque en efecto le pasaron no por eso les quedaba poco por pasar pues en la salida dieron en un escuadron de 100 indios que los esperaban con las lanzas en las manos. Y viendo el capitán tan manifiesto riesgo de la vida no por eso se olvidó del fardaje, con que iban algunos indios, y por asegurarle mas dijo a sus tres compañeros que se fuesen a favorecerlos porque los enemigos no los robasen, ofreciéndose el mismo a entretenerlos a todos confiado de sus fuerzas i buen caballo, y las lucidas armas que tenia. ¿Quién dirá que al primer encuentro no quedó este capitán en manos de los contrarios? como quiera que haya sido tan al contrario que peleó tres horas enteras sin flaquear punto hasta que vino a cansar los cien hombres con quien tenia la contienda, los cuales viendo un caso tan extraordinario hincaron las lanzas en tierra, y le preguntaron que hombre era, y don-

de habia nacido pues nunca habian visto cosa semejante? A esto respondió ser él uno de los conquistadores primeros del reino, y un hombre muy hecho a matar indios, y así lo haria en esta coyuntura si no se le sujetaban de su voluntad. Y aunque ellos no vinieron en esta a lo ménos dejaron la pelea, y se fueron de su presencia dejándole solo herido, y merecedor de diuturna fama.

CAPITULO XI.

De la batalla de Guaron, donde murió el capitán Cosme de Molina.

Llegado el mes de abril de 1578 hubo nueva en la ciudad de Valdivia de que los indios de Mague habian vuelto a su pertinacia tomando armas contra los que estaban de paz, y asaltando a los españoles que iban descuidados. Para remediar este daño comenzó el capitán Juan de Matienzo a juntar algunos soldados, entre ellos a un vecino que por resistir a su mandato fué puesto en prisiones contra voluntad del corregidor, que era Cosme de Molina, y vino a proceder tan adelante la disension que hubo sobre esto, que estuvieron a canto de venir a las manos con grande alboroto de la ciudad que tenia hartas guerras de los de fuera sin que hubiese otra entre los domésticos. Finalmente vino a parar el negocio en que el mesmo corregidor tomó la mano en hacer jente y salir a los enemigos, aunque la tuvo tan mala, que no juntó mas de siete hombres con los cuales salió en busca de los contrarios. Y aunque le persuadieron muchos que no pasase del lugar de su encomienda, donde habia alguna mas seguridad, que en la tierra que está mas adelante; con todo eso hizo poco caso de admoniciones, y se dejó ir hasta el sitio de Guaron orilla de la gran laguna de Renigua. Apenas habia sacado el pié del estribo cuando los rebelados dieron sobre él arremetiendo con gran coraje, y fué tal la triste suerte del capitán Molina que al primer encuentro cayó de su caballo en medio de los enemigos; los cuales se cebaron en él aunque se levantó de presto, y procuró safarse de sus manos. Viendo sus compañeros el pleito mal parado picaron a los caballos volando por el campo raso, sin socorrer al desventurado capitán, que les daba voces corriendo tras ellos a pié hasta emparejar con un monte, donde se metió a buscar remedio aunque lo halló poco, porque le cojieron luego los indios, y le sacaron del bosque, y el alma del cuerpo. Y era tanta su rabia y barbaridad que por tomar en él toda la venganza que quisieran haber de esotros siete le cortaron los brazos, y piernas por todas sus coyunturas habiéndole quitado el cuello de los hombros, y así lo dejaron como a un tronco, donde fué hallado al cabo de pocas horas y llevado a la ciudad, que hizo no menor llanto en ver un cuerpo tan diforme, qué sentimiento en ver a su corregidor muerto a manos de sus contrarios.

Y aunque la huida de los siete consortes fué tan a tiempo que no aguardaron a segundo lance, con todo eso murieron dos de ellos, a quienes siguieron los enemigos hiriendo otros tres con saetas enarboladas, de

cuyas heridas vinieron a morir dentro de 24 horas. En este alcance se mostró mui animoso y esforzado un mancebo llamado Juan de Padilla, que habia pretendido hacer rostro a los indios ayudando a su capitán, y lo puso por obra por un rato hasta que vió que lo dejaban solo obligándole a retirarse, aunque siempre peleando sin volver las espaldas, como los demas de su compañía.

CAPITULO XII.

De la entrada del gobernador en los estados de Arauco donde tuvo algunas batallas con los indios.

No poco orgullosos quedaron los indios de Catiray de la pusilanidad que los españoles mostraron en no querer acometerles segun se refirió en el capítulo décimo. Y teniendo entre sí larga consulta con ánimo de dar sobre algunas ciudades del reino hizo el jeneral un largo razonamiento a todos sus capitanes, y las demas personas de su campo, que pasaban de 15,000 animándolos a esta empresa, y juntamente haciendo dejacion del cargo de jeneral por estar ya mui viejo, y cargado de enfermedades. Sintieron todos mucho la mudanza de gobierno por ser Longonaval hombre de grande autoridad entre ellos, y mui aprobado en las cosas de la guerra. Mas por el mesmo caso que el tenia esta opinion entre ellos tuvo por necesario para conservarla el no proseguir en el oficio, donde la falta de los pasados brios le habia de disminuir la opinion y autoridad ganada. Y midiendo el cargo con sus fuerzas como viese la desigualdad tan patente, les persuadió que admitiesen en su lugar al capitán Antimangue así por la satisfaccion que sus obras daban de su persona como por un sueño que su madre habia tenido, de que no podria ser vencido de cristianos ántes los rendiria a todos quedando por señor del reino. Y así por esto como por la autoridad de Longonaval que lo mandaba fué electo por jeneral con aplauso de todo el ejército, y regocijo de los Estados de Arauco.

Y como entendiese el gobernador Quiroga los nuevos brios que habian cobrado los araucanos se puso luego en camino para los Estados comenzando a marchar con su campo hasta el valle de Chivilingo, que es paso peligroso, y desgraciado para los españoles, como se vió en la pérdida del ejército del mariscal Villagran, y otros encuentros referidos en esta historia. Y como fuesen subiendo la cuesta de Avenan con mucho recato comenzaron a descubrir gran suma de enemigos que la tenian ocupada toda, y cerrado el camino sin ser posible pasar sin dar en ellos. Y por estar el gobernador tan enfermo y viejo que le llevaban en una silla no quiso el maestre de campo que pasase adelante, sino asentando los reales en el lugar donde estaba actualmente el ejército salió con 180 hombres de a caballo, y mil indios amigos a reconocer el campo de los contrarios. Y aunque su intento no era pelear por entónces, sino solamente tomar noticia de lo que habia del bando araucano: con todo eso no pudo dejar de venir a las manos por la presteza con que los in-

dios acudieron a trabar escaramuza por un rato con la jente de a caballo, y despues con los indios de nuestro ejército que pelearon valerosamente. Mas en pudiéndose evadir de esta refriega volvió Bernal a ordenar sus escuadrones con los 500 españoles que allí tenia estando toda aquella noche en vela por estar cercado de los adversarios, que dieron tres armas falsas en los tres cuartos que se suelen velar en los reales. Venida la mañana se puso nuestro ejército en órden subiendo el mismo gobernador a caballo para tomar el tercio de la batalla, y poniendo al maestre de campo en la vanguardia con cien arcabuceros y ochenta de lanza y adarga, y en la retaguardia al mariscal Martin Ruiz de Gamboa con ánimo de romper por medio de los enemigos sin volver el pié atrás por mas resistencia que hiciesen. Y habiendo hecho un breve razonamiento para alentar a sus soldados con palabras, que procedian de pecho cristiano y prudencia de valeroso capitán mandó acometer en nombre de Jesucristo Nuestro Redentor y su gloriosa madre. Y fué tan buena la suerte del primer encuentro que murió en él el nuevo jeneral Antimangue de un arcabuzazo, que travesó los corazones de los suyos. Acudió luego su sarjento mayor llamado Polican a usar oficio de cabeza, y para mejor bandearse envió a llamar a uno de sus capitanes el mas diestro, y estimado del ejército, el cual estaba peleando con los soldados de la retaguardia del nuestro, y cuando llegó el mensajero donde él estaba le halló muerto con otros muchos, que estaban tendidos en tierra. Viendo esto los enemigos perdieron el animo, y se fueron retirando sin salir de órden dándoles batería los nuestros sin cesar de seguir el alcance hasta pasar toda la cuesta. Fué extraordinariamente lastimoso el estrago que se hizo en los indios este dia, que fué juéves a 20 de marzo de 1578 una semana ántes de la santa.

Sintió el jeneral viejo Longonaval esta pérdida entrañablemente acordándose de la victoria, que habia alcanzado en aquella mesma cuesta del mariscal Villagran, y para restaurar algo de lo perdido quiso él tomar la mano en volver por su tierra usando de su antiguo oficio de jeneral. Y se pusiera luego a ello, si no lo impidiera un cacique llamado Anguilande, que era entre ellos de mucha estima, el cual hizo una larga plática a todo su ejército persuadiéndoles ser total destruccion del reino andar haciendo asaltos donde no medraban otra cosa que volver con las manos en la cabeza y que el remedio estaba en juntarse todas las provincias de una vez, y dar en los nuestros para matarlos todos, o morir todos.

CAPITULO XIII.

De la entrada que el capitán Diego Masó de Alderete hizo en el archipiélago de Chiloé, y algunas batallas que tuvieron con los indios el mariscal Gamboa, y otros capitanes.

En tanto que la gruesa de la jente española andaba con mucho contento de haber vencido a los enemigos en Arauco sin cesar de destruir-

372 les las sementeras i ganados i despojarlos de sus haciendas, hijos i mujeres en frecuentes asaltos le pareció al capitán Diego Maso de Alderete correjidor de Castro de Chiloé que seria acertado seguir el descubrimiento de aquel archipiélago, como se habia hecho en tiempo de don Garcíade Mendoza, yel doctor Saravia. Y metiéndose en un bergantín con nueve españoles, y treinta indios embocó por un brazo de mar de cien pasos de ancho, y vino a dar en la anchura del archipiélago, donde halló mas de 1,500 islas, y parte de ellas tan pobladas, que pasan de 200000 indios los que en ellas habitan de ordinario. Halló tambien gran suma de piraguas hechas de tablas cocidas con cortezas de árboles y calafateadas con yerbas molidas en lugar de estopa y betumen. De estas acudieron a dar muchas en el bergantín para matar los que en él estaban, aunque les salió tan al revés que los mismos agresores tiñeron el piélago con sangre por arrojarse sin órden y concierto y por tener los españoles dos tiros de campo, cuatro arcabuces, y tres alabardas, ultra de sus espadas, y las flechas de los indios de su compañía, y aunque los contrarios arrojaban gran fuerza de dardos y piedras y peleaban con lanzas y macanas, no pudieron hacer daño a los del bergantín por falta de esperiencia y destreza, la cual tenian valerosamente los nueve españoles, que fueron Maso de Alderete, Leonardo Rosa, Hernán Rodríguez de Gallegos, Andrés Aguado, Francisco Gonzales, Manuel Alvarez, Diego Muñoz, Juan Hernández de Cepeda, y Pedro de Pórras, los cuales volvieron a sus casas al cabo de dos meses sin haber hecho otro efecto mas de descubrir islas y derramar sangre.

Pasáronse algunos dias despues de las batallas referidas sin que los indios tomasen armas contra los nuestros cansados de tanta desventura como veian por sus tierras causadas de la contínuas guerras, y en especial los indios de Arauco que vian a nuestro ejército alojado en medio de su comarca junto al río de Pangue, y una laguna donde él entra por ser sitio, que dejaba solo un portillo para entrar los enemigos y muy cómodo para salir a correr la tierra, y traer bastimentos en abundancia para la jente que estaba allí invernando. Y por no haber rumor de enemigos envió el gobernador a su yerno Gamboa con treinta hombres a visitar las ciudades de arriba, el cual llegando al camino de Ancapel, que está junto al valle de Angol, dió con una gran junta de indios de guerra que estaban preparándose para dar batalla a nuestro ejército, y acometiendo repentinamente los desbarató y mató muchos dellos, y les quebró cuatro mil cántaros y mas de mil tinajas de vino y chicha de la que ellos beben, que lo sintieron mas que la efusión de sangre de sus heridas.

Habiendo conseguido esta victoria se entró en la ciudad Imperial, de donde envió cincuenta hombres al valle de Langague para socorrer al capitán que allí estaba, que era Juan Alvarez de Luna, y él se fué por otra parte a castigar la muerte de Cosme de Molina, y para ello se alojó con sus soldados a orilla de la laguna por ser sitio cómodo para acudir de él a todas partes. Con esta novedad despertaron tambien los enemigos para defender sus tierras y personas, y se juntaron mas de

tres mil de ellos en una fortaleza donde tenían mucha provision de vituallas y armas de diversos jéneros, y no ménos de piedras para tirar de lo alto del fuerte, y muchas tinajas de yerba ponzoñosa molida para enerbolar las flechas, cuyo número era excesivo. Con esta preparacion estaban los indios a pique para acometer a los reales del maestro de campo Juan Alvarez de Luna; pero viendo el mariscal tan cerca que le hacia espaldas con cien españoles, y muchos indios amigos, no usaron desmandarse por entónces y con esta ocasion hubieron de volverse a sus casas sin apróvechase de las prevenciones que con tanta solicitud habian acaudalado. Con este tenor estuvo la tierra en continuo desasosiego porque en llegando el mariscal, se refrenaban los indios, y en apartándose de aquel distrito llevando la jente a los estados de Arauco tornaban los indios a rebelarse. Y para poner resguardo a esto no quiso Gamboa levantar esta vez los reales hasta llamar a su presencia al capitán Juan de Matienzo dándole instruccion para quedar en aquel lugar favoreciendo a Juan Alvarez de Luna, por ser necesaria mas fuerza que la que él tenia. Hecho esto se fué Gamboa a la ciudad de Valdivia donde juntó alguna jente, y mucho mantenimiento, para ir con ello a los estados de Arauco, donde estaba el campo del gobernador esperando a que pasase el invierno.